

NORA ROBERTS

Fuego irlandés

Corazones
Irlandeses I

de

El fuerte temperamento de Adelia Cunnane había prendido una llama en el corazón de Travis Grant. Ahora, el orgulloso propietario del rancho Royal Meadows había decidido domar a esta fogosa irlandesa... y hacerla suya.



Nora Roberts

Fuego irlandés

Corazones irlandeses - 1

ePub r1.0
Titivillus 23.04.15

Título original: *Irish thoroughbred*

Nora Roberts, 1981

Traducción: Fernando Hernández Holgado

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





www.epublicbre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Capítulo 1

Adelia Cunnane permanecía asomada a la ventanilla, sin ver el mágico manto de nubes que se extendían más abajo. Algunas formaban montañas, otras glaciares, estrechándose y alisándose en lo que semejaba un lago cubierto de hielo. Sin embargo, pese a tratarse de su primer viaje en avión, Adelia no encontraba el panorama nada inspirador.

Su mente estaba plagada de dudas e incertidumbres, unidas a una intensa punzada de nostalgia por su pequeña granja de Irlanda. No obstante, tanto la granja como Irlanda estaban ya muy lejos, y cada minuto transcurrido acercaba más a Adelia a América y a personas desconocidas. Pensó, con un suspiro de resignación, que no se hallaba adecuadamente preparada para hacer frente ni a una cosa ni a la otra.

Sus padres habían muerto en un accidente de camión, dejándola huérfana a la tierna edad de diez años. En las semanas siguientes al fallecimiento de sus padres, Adelia había flotado a la deriva en la niebla de la conmoción, refugiándose en sí misma para resistir la agonía de la separación; para soportar la sensación, extraña y aterradora, de abandono. Poco a poco, fue erigiendo un muro en torno a su dolor, y se consagró al trabajo de la granja con la dedicación de un adulto.

Lettie Cunnane, su tía paterna, se había hecho cargo de la niña y de la granja, cuidando de ambas con mano firme. Tenía buen fondo, pero era poco cariñosa; por añadidura, carecía de la paciencia o el talante comprensivo necesarios para sobrellevar a una chiquilla imprevisible y, a menudo, tempestuosa.

La granja había sido lo único que tenían en común, y la mujer y la niña habían construido su relación a partir de la fértil tierra y las horas de trabajo que esta requería. Habían vivido y trabajado juntas durante casi trece años; posteriormente, Lettie sufrió una parálisis, y Adelia se vio obligada a repartir su tiempo entre las tareas de la granja y el cuidado de una inválida. Adelia había pasado los días y las noches librando una decidida batalla para hacer frente a unas responsabilidades cada vez mayores.

Sus enemigos habían sido la escasez de tiempo y de dinero. Cuando, al cabo de seis largos meses, volvió a quedarse sola, Adelia bordeaba la desesperación. Su tía había muerto y, a pesar de que ella había trabajado incesantemente, la granja tuvo que ser vendida para sufragar los impuestos.

Adelia había escrito a su único pariente vivo, Padrick, el hermano mayor de su padre, que había emigrado a América veinte años antes, para informarlo de la muerte de su hermana. Su respuesta había sido inmediata. En una carta afectuosa y llena de cariño, había pedido a Adelia

que se fuera a vivir con él. La última frase de la misiva era una orden escueta y amable: «Vente a América; ahora tu hogar está aquí, conmigo».

De modo que Adelia había empacado sus pertenencias, vendiendo o regalando lo que no podía llevarse consigo, y se había despedido de Skibbereen y del único hogar que había conocido...

Un súbito movimiento del avión sacó a Adelia de sus recuerdos. Se recostó en el respaldo acolchado del asiento, recorriendo con los dedos la pequeña cruz de oro que siempre llevaba al cuello. No le quedaba nada en Irlanda, se dijo, combatiendo el hormigueo de su estómago. Todo lo que amaba había muerto, y Padrick Cunnane era su único pariente vivo, el único nexo de unión con lo que antaño había tenido.

Adelia reprimió una súbita oleada de miedo. América, Irlanda... ¿qué diferencia había? Movié los hombros con inquietud. Se las arreglaría. ¿No lo había hecho siempre? Estaba decidida a no ser una carga para su tío, aquel hombre impreciso y lejano a quien solo conocía de sus cartas, pues lo había visto por última vez cuando tenía apenas tres años. En América encontraría trabajo, se dijo, quizá en la granja de caballos que su tío había mencionado a menudo en su correspondencia.

Adelia poseía una habilidad innata para trabajar con animales, y había asimilado vastos conocimientos de veterinaria en sus años de experiencia. Su pericia era tal, que a menudo solían requerir su ayuda en partos difíciles o para coser alguna herida. Era fuerte, a pesar de su baja estatura; además, recordó cuadrando los hombros inconscientemente, era una Cunnane.

Seguramente, se dijo con más confianza, habría un lugar para ella en Royal Meadows, donde su tío trabajaba como adiestrador de caballos purasangre de carreras. No habría campos que arar ni vacas que ordeñar, pero se ganaría el pan aunque fuese fregando suelos.

Una vez que el avión hubo tomado tierra, Adelia desembarcó y se adentró en la terminal de Dulles, Virginia, donde se quedó boquiabierta ante el caos reinante, fascinada por la escena, confusa por el chapurreo de idiomas extranjeros y la abigarrada mezcla de gente. Se fijó en una familia de indios del Este, ataviados con sus indumentarias nativas. Luego se giró para observar a dos quinceañeros, con vaqueros desgastados, que paseaban de la mano, seguidos de un ejecutivo de mediana edad con un maletín de piel en la mano.

Luego, en el vestíbulo, miró alrededor con la esperanza de ver alguna cara conocida. Todo el mundo parecía tener prisa, pensó. Un cuerpo podía perderse bajo los pies de aquella multitud frenética y no aparecer nunca más...

—¡Dee! ¡Pequeña Dee! —Un hombre se acercó presuroso a ella. Era fornido y compacto, con una rizada mata de cabello gris, y Adelia atisbó brevemente unos ojos azules como los de su padre, antes de verse envuelta en un cálido y fuerte abrazo. Se le ocurrió que hacía siglos que nadie la abrazaba así.

—Pequeña Dee, te habría reconocido en cualquier parte —el hombre se retiró para mirarle la cara, con los ojos empañados y una sonrisa tierna—. Es como estar viendo de nuevo a Kate. Eres la viva imagen de tu madre.

Siguió contemplándola mientras ella trataba de recuperar la voz, su mirada posándose en el lustroso cabello castaño rojizo que caía en relucientes ondas sobre sus hombros; en los grandes y profundos ojos verdes de largas pestañas; en la nariz respingona y la boca de labios carnosos que tía Lettie había descrito como «impúdica».

—Eres una auténtica belleza —dijo él por fin, con un suspiro de puro placer.

—¿Tío Padrick? —inquirió Adelia, sintiendo que una multitud de preguntas y de emociones se agolpaban en su interior.

—¿Y quién voy a ser, si no? —Padrick la miró con ojos llenos de amor y de alegría, y las dudas, los miedos y los interrogantes de ella se desvanecieron en una oleada de júbilo.

—Tío Padrick —susurró al tiempo que le rodeaba el cuello con los brazos.

Mientras viajaban por la autopista, tras salir del aeropuerto, Adelia miró en torno con asombro. Nunca había visto tantos coches, todos ellos corriendo a una velocidad vertiginosa. Todo se movía muy deprisa, y el ruido, se maravilló Adelia en silencio, era suficiente para despertar a los muertos.

Moviendo la cabeza, empezó a bombardear a su tío con preguntas.

¿Estaba muy lejos el lugar adonde iban? ¿Todo el mundo conducía tan deprisa en América? ¿Cuántos caballos había en Royal Meadows? ¿Cuándo podría verlos? Las preguntas relampagueaban en su mente y a través de sus labios, y Paddy las respondió pacientemente, antojándosele el sonido de su voz dulce como una brisa estival.

—¿Y en qué voy a trabajar?

Él apartó los ojos de la carretera un momento para mirarla.

—No hará falta que trabajes, Dee.

—Pero, tío Paddy, tengo que hacerlo —discrepó Adelia girándose hacia él—. Puedo trabajar con los caballos; se me dan bien los animales.

Las cejas espesas de Paddy se unieron, formando un dubitativo ceño.

—No te pedí que vinieras para trabajar —antes de que ella pudiera protestar, siguió diciendo—: y no sé qué pensaría Travis si contrato a mi propia sobrina.

—Haré cualquier cosa —Adelia se retiró su cabello castaño—. Cepillar los caballos, limpiar los establos, acarrear heno... Lo que sea. Por favor, tío Paddy. Me volvería loca en una semana si no tuviera nada que hacer.

Su mirada ganó la batalla, y Paddy le apretó la mano.

—Bueno, ya veremos.

Tan absorta había estado en la conversación y en el fascinante flujo del tráfico, que perdió la noción del tiempo. Cuando Paddy tomó un camino particular y detuvo el coche, Adelia contempló los alrededores con una nueva sensación de maravilla.

—Royal Meadows, Dee —anunció Paddy con un gesto—. Tu nuevo hogar.

La entrada del largo y sinuoso camino estaba flanqueada por dos grandes pilares de piedra, y arbustos tachonados de incipientes flores se extendían a lo largo del sendero, hasta donde Adelia alcanzaba a ver. Un verde manto de hierba alfombraba las suaves colinas, y los caballos pacían perezosamente a lo lejos.

—La mejor granja de caballos de todo Maryland, a fe mía —añadió Paddy con orgullo mientras enfilaba el serpenteante camino—. Y, en opinión de Padrick Cunnane, la mejor de toda América.

El coche rodeó una curva, y Adelia contuvo el aliento al contemplar la casa principal. Una estructura inmensa, o así se lo pareció a ella, con tres magníficas plantas de piedra antigua. Docenas de ventanas brillaban al resplandeciente sol, como enormes ojos. Amplias y relucientes, contrastaban con el tono apagado de la piedra.

Rodeando las dos plantas superiores había una serie de balcones, con un diseño de sus

barandas de hierro forjado intrincado y exquisito como el más fino encaje. La casa se alzaba sobre una suave loma cubierta de verde hierba, adornada con arbustos y árboles majestuosos que acababan de despertar de su sueño invernal.

—Hermosa, ¿verdad, Dee?

—Sí —convino Adelia, asombrada por su tamaño y su elegancia—. Es la casa más espléndida que he visto nunca.

—Bueno, la nuestra no es tan impresionante —Paddy giró hacia la izquierda cuando hubieron dejado atrás el edificio de piedra—. Pero está muy bien, y espero que seas feliz en ella.

Adelia se giró hacia su tío, dirigiéndole una sonrisa que transformó su rostro en una obra de arte.

—Seré feliz, tío Paddy, mientras estés a mi lado —dejándose guiar por un impulso, se inclinó hacia él y le besó la mejilla.

—Ah, Dee, cuánto me alegro de tenerte aquí —Paddy le tomó la mano con fuerza—. Has traído la primavera contigo.

El coche se detuvo, y Adelia se giró para mirar por el parabrisas, boquiabierta ante la vista que aparecía ante sus ojos. Un enorme edificio blanco, que Paddy identificó como los establos. Había vallas y corrales por toda la zona, y el aroma del heno y los caballos impregnaba el aire.

Con solemne asombro, Adelia contempló los alrededores. En su mente relampagueó el pensamiento de que no se había trasladado de una granja a otra, sino de un mundo a otro. En su país, la granja contenía unos cuantos acres de tierra, con sus ventajas y sus inconvenientes, un cobertizo que había que reparar constantemente y una franja de pasto. Aquí, el espacio bastaba para desorbitar sus ojos. Era increíble que tanto espacio perteneciera a una sola persona. Sin embargo, Adelia también reparó en el orden y la eficiencia reinante en los blancos edificios y las dobles vallas. A lo lejos, donde las colinas iniciaban su suave elevación, vio yeguas pastando mientras sus potrillos retozaban con la alegría de la juventud y la primavera.

«Travis Grant», se dijo, recordando el nombre del dueño del rancho, que su tío le había mencionado en las cartas. Travis Grant sabía cuidar de lo suyo...

—Ahí está mi casa —Paddy señaló hacia la ventana opuesta—. Nuestra casa.

Siguiendo la dirección de su gesto, Adelia emitió un suspiro de placer. La primera planta de la casa consistía en un enorme garaje de fachada blanca, que alojaba los remolques y las camionetas utilizados para el transporte de los purasangre. Encima había una estructura de piedra, casi el doble de grande que la casa donde ella había vivido siempre. Era una réplica en miniatura de la casa principal, con la misma sillería nativa y resplandecientes ventanas y balcones.

—Pasa, Dee. Echa un vistazo a tu nuevo hogar.

Paddy la condujo por un angosto sendero de piedra, hasta las escaleras del porche. Una vez en la puerta principal, la abrió y animó a Adelia a entrar.

Le dio la bienvenida una sala luminosa y acogedora, con paredes verde pálido y un brillante suelo de roble. Un sofá con tapicería a cuadros, y un conjunto de sillas a juego, la invitaban a sentarse delante de la elevada chimenea cuando empezara a hacer frío, o a contemplar las irregulares colinas por los amplios ventanales.

—¡Oh, tío Paddy! —Adelia suspiró, haciendo un gesto inadecuado pero muy expresivo.

—Ven, Dee. Te enseñaré el resto.

Paddy acabó de mostrarle la casa, y Adelia abrió los ojos como platos con cada nuevo

descubrimiento; desde la cocina, con sus muebles amarillos y sus immaculadas encimeras, hasta el cuarto de baño, donde los azulejos color marfil la hicieron soñar con languidecer durante horas en una bañera de agua caliente y espumosa.

—Este es tu cuarto, cariño.

Paddy abrió la puerta situada frente al cuarto de baño, y Adelia entró en la habitación. No era excesivamente grande, pero a ella se le antojó enorme. Las paredes estaban pintadas de azul verdoso, y unas cortinas blancas se mecían al viento delante de las dos ventanas. Los tonos blancos y azules también estaban presentes en el estampado de flores de la colcha, y en el suelo de madera había una mullida moqueta blanca. Saber que aquella habitación iba a ser suya hizo que los ojos de Adelia se ribetearan de lágrimas. Pestañeando para enjugárselas, se giró y rodeó el cuello de su tío con los brazos.

Más tarde, dieron un paseo por el prado, dirigiéndose a los establos. Adelia se había cambiado el vestido del viaje y llevaba unos vaqueros y una camisa de algodón, con la melena castaño rojiza recogida bajo un desgastado sombrero azul. Había convencido a su tío de que no necesitaba descansar, y de que lo que más deseaba era ver los caballos. Al mirar su rostro iluminado y sus ojos suplicantes, Paddy halló imposible negarse.

A medida que se acercaban a los establos, divisaron a un pequeño grupo reunido alrededor de un caballo castaño. Las voces llegaron a oídos del tío y la sobrina antes de que su presencia fuese advertida.

—¿Qué problema tenéis ahí? —inquirió Paddy.

—Paddy, menos mal que has vuelto —un hombre alto y fornido lo recibió con visible alivio—. Majesty acaba de sufrir uno de sus ataques. Le ha dado una coz a Tom.

Paddy desvió su atención hacia un joven que, sentado en el suelo, se tocaba el muslo y musitaba entre dientes.

—¿Estás bien, chico? ¿Te has roto algo?

—No, nada —tanto la voz como la expresión del joven reflejaban más disgusto que dolor—. Pero creo que no podré montar en un par de días —mirando al caballo, movió la cabeza con una mezcla de rencor y de diversión—. Ese caballo puede ser el más rápido de estos contornos, pero es más feroz que un gato panza arriba.

—A mí su mirada no me parece feroz —comentó Adelia y, por primera vez, varios pares de ojos se volvieron hacia ella.

—Esta es Adelia, mi sobrina. Dee, te presento a Hank Manners, mi ayudante. Tom Buckley, el del suelo, es jinete. Y George Johnson y Stan Beall, mozos de cuadra.

Una vez hechas las presentaciones, Adelia volvió a centrar su atención en el caballo.

—No te comprenden, ¿verdad? Ah, pero eres un buen chico.

—Señorita —previno Hank cuando ella alzó la mano para acariciarle el hocico—. Yo en su lugar no lo haría. No está de buen humor y recela de los desconocidos.

—Pero nos conoceremos pronto —sonriendo, Adelia le acarició el hocico, y Majesty emitió un relincho.

—Paddy —empezó a decir Hank en tono de advertencia, pero el otro hombre alzó una mano para silenciarlo.

—Eres un caballo precioso. Nunca había visto uno que se pudiera comparar a ti, y lo digo de veras —Adelia siguió hablando al caballo mientras le pasaba la mano por el cuello y el costado

—. Has nacido para correr. Patas largas y fuertes, un pecho ancho y poderoso —continuó acariciando al animal mientras este permanecía inmóvil, con las orejas atentas. Adelia le acarició el hocico antes de recostar la mejilla en su cuello—. Seguro que te sientes solo y necesitas a alguien con quien hablar.

—Que me aspen —Hank observó cómo Adelia se ganaba confiadamente al fogoso potro, y movió la cabeza—. Nunca deja que nadie le haga eso. Ni siquiera a ti, Paddy.

—Los animales también tienen sentimientos, señor Manners —Adelia se retiró del cuello del purasangre y se dio media vuelta—. Solo quiere que lo mimen un poco.

—Bueno, señorita, parece que ha sabido ganárselo —Hank esbozó una sonrisa de admiración antes de girarse otra vez hacia Paddy—. Aún tiene que hacer el entrenamiento diario. Avisaré a Steve.

—Tío Paddy —movida por un impulso, Adelia agarró el brazo de su tío. Sus ojos emitían un brillo de excitación—. Puedo hacerlo yo. Déjame intentarlo.

—No creo que una muchachita como usted pueda manejar a un caballo tan fogoso como Majesty —terció Hank antes de que Paddy pudiera hablar. Adelia se puso muy derecha y ladeó el mentón.

—No hay caballo que yo no pueda montar.

—¿Ha vuelto ya Travis? —preguntó Paddy a Hank, disimulando una sonrisa.

—No —Hank lo miró entrecerrando los ojos—. No pensarás dejarla montar, ¿verdad?

—Yo diría que mi sobrina tiene la estatura necesaria. Y pesará unos cincuenta kilos —Paddy examinó a Adelia con la mirada, al tiempo que se frotaba la barbilla con la mano.

—Paddy —Hank le colocó la mano en el hombro, pero su gesto fue pasado por alto.

—Eres una Cunnane, ¿verdad, muchacha? Si dices que puedes montarlo, por todos los santos que es verdad.

Adelia sonrió a su tío y le dijo firmemente que, en efecto, era una Cunnane.

—Sabe Dios qué dirá el jefe cuando se entere —musitó Hank, descubriendo que se topaba con una sólida pared de lealtad familiar.

—A Travis déjame a mí —respondió Paddy con serena autoridad.

Con un encogimiento de hombros y otro balbuceo incoherente, Hank se resignó a la falta de sentido común de Paddy.

—Da una vuelta al circuito, Dee —indicó su tío—. Ve todo lo deprisa que puedas. Por su expresión, veo que tiene ganas de correr.

Adelia asintió, calándose el sombrero, al tiempo que observaba cómo las cuidadas pezuñas del caballo golpeaban el suelo con impaciencia.

Se montó en la silla impulsándose con facilidad y, cuando Hank abrió la verja principal, condujo a Majesty hasta el circuito. Luego, inclinándose hacia delante, le susurró al oído mientras el caballo se agitaba, ansioso por emprender la carrera.

—¿Preparada, Dee? —gritó Paddy. A continuación, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, sacó su cronómetro.

—Sí, estamos preparados —Adelia se enderezó y respiró hondo.

—¡Ya! —gritó Paddy, y caballo y jinete se precipitaron hacia el circuito.

Inclinada sobre el cuello del purasangre, Adelia lo apremió a alcanzar el galope que ansiaba. El viento le azotó la cara y los ojos mientras corrían sobre el terreno con una velocidad que ella

jamás había experimentado ni imaginado, aunque sí anhelado. Era una aventura salvaje, estimulante; tanto el caballo como el jinete disfrutaban con aquella sensación de libertad mientras galopaban juntos por el circuito, con el sol, el viento y la velocidad como únicos acompañantes. Adelia se rio y gritó a su compañero, notando que se diluían las preocupaciones y los miedos que siempre habían formado parte de su existencia. Por unos breves momentos, cabalgó sobre las nubes, lejos de la responsabilidad, de las presiones, en un santuario glorioso que la devolvió a los días despreocupados de la infancia. Cuando por fin llegaron a la meta, detuvo al caballo gradualmente y rodeó su lustroso cuello con los brazos.

—¡Lo veo pero no lo creo! —exclamó Hank con asombro.

—¿Qué esperabas? —le preguntó Paddy, orgulloso como un pavo real—. Es una Cunnane —detuvo el cronómetro y se lo mostró a Hank—. Y no ha hecho una mala marca —con una última sonrisa, avanzó hacia Adelia, que en ese momento se bajaba del caballo.

—¡Oh, tío Paddy! —Sus ojos relucían como esmeraldas sobre su sonrosado rostro. Se quitó el sombrero y lo agitó con entusiasmo—. Es el mejor caballo del mundo. ¡Ha sido como cabalgar a lomos del mismísimo Pegaso!

—Lo ha hecho estupendamente, señorita —Hank le tendió la mano al tiempo que movía la cabeza, admirando tanto su talento como el radiante cabello que se desparramaba por sus hombros.

—Gracias, señor Manners —Adelia aceptó su mano con una sonrisa.

—Hank.

Ella sonrió.

—Hank.

—Bueno, Adelia Cunnane —Paddy le echó el brazo por los hombros—. Royal Meadows acaba de contratar a un nuevo jinete. Ya tienes trabajo.

* * *

Esa noche, Adelia permanecía tumbada en la cama, con la mirada fija en el techo. Habían sucedido tantas cosas en tan poco tiempo, que su mente se negaba a relajarse y a permitir que su cuerpo descansara.

Después de la cabalgata con el purasangre, le habían mostrado los establos, donde conoció a más trabajadores del rancho y vio más caballos. Seguidamente, le enseñaron un almacén que contenía más cuero del que ella había visto en toda su vida. Y todo en un solo día.

Paddy había preparado la cena, rechazando tajantemente su ayuda, de modo que Adelia se había limitado a observar mientras él trabajaba en la cocina. La cocina, se dijo, tenía que ver más con la magia que con la tecnología, y una máquina que fregaba y secaba los platos con solo pulsar un botón. ¡Prodigioso! Leer y oír hablar de tales aparatos era una cosa, pero verlos con los propios ojos... En fin, resultaba más fácil creer en los cuentos de hadas. Cuando, con un suspiro, se lo comentó a su tío, él se echó a reír hasta que las mejillas se le llenaron de lágrimas, y luego la envolvió en un abrazo casi tan fuerte como el que le dio en el aeropuerto.

Habían cenado junto a la ventana de la cocina, y Adelia había respondido todas las preguntas

de su tío sobre Skibbereen. La comida estuvo acompañada de una gran dosis de charla y de risas, y los ojos de Paddy centelleaban continuamente ante sus pintorescas descripciones y sus historias escandalosas. Adelia completaba con gestos sus explicaciones, arqueando las cejas cuando exageraba alguna verdad. Su tío, no obstante, se había fijado en sus leves ojeras, de modo que la había animado a acostarse temprano, venciendo sus protestas con la sugerencia de que debía estar descansada por la mañana.

Adelia, pues, le hizo caso, no sin antes llenar la bañera y disfrutar de un desconocido lujo durante lo que tía Lettie hubiera considerado una pecaminosa cantidad de tiempo. Cuando, por fin, se halló entre las limpias y blancas sábanas, le resultó imposible relajarse. Su mente rebosaba de experiencias e imágenes nuevas, y su cuerpo, tan habituado a experimentar una extenuación total antes de dormirse, era incapaz de asimilar la falta de ejercicio físico.

Levantándose de la cama, Adelia se puso los pantalones vaqueros y la camisa y, tras recogerse de nuevo el cabello bajo el sombrero, salió en silencio de la casa.

La noche era clara, fría y serena. Una leve brisa endulzaba el aire. Solo la insistente llamada de un chotacabras quebraba el silencio. La luz de la media luna la guio hasta los establos, mientras paseaba sin un destino concreto sobre el césped recién crecido. La quietud y el conocido olor de los animales le trajeron recuerdos de su hogar y, de repente, Adelia sintió una dicha y una paz que ni siquiera era consciente de haber echado en falta durante el transcurso de su vida.

Titubeando ante las puertas del enorme establo blanco, Adelia dudó si entrar y pasar el resto del tiempo con los caballos. Finalmente, decidiendo que no tendría nada de malo, alargó el brazo hacia la puerta, cuando una mano fuerte como el hierro la sujetó y la obligó a darse media vuelta, como si fuera poco más que una muñeca de trapo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? ¿Y cómo has entrado?

Adelia se quedó mirando en silencio al dueño de la áspera y airada voz; apenas era una sombra recortada contra el resplandor de la luna, que se alzaba sobre ella como un vengativo gigante.

Intentó recuperar su propia voz. Las palabras empezaron a brotar de su garganta cuando notó que la arrastraban al interior del establo.

—Vamos a echarle un vistazo —gruñó la voz mientras su dueño encendía las luces. Obligó a Adelia a darse la vuelta y le quitó el sombrero, permitiendo que su gloriosa melena escapara de su prisión y cayera sobre su espalda en forma de fogosa cascada.

—¿Pero qué diablos...? ¡Si es una chica! —La soltó, y Adelia retrocedió.

—Naturalmente. Se ve que es usted muy observador —se frotó el brazo vigorosamente mientras sus ojos verdes miraban con hostilidad al atónito agresor—. ¿Quién se cree que es para agarrar así a las personas y triturarles los huesos? Un matón estúpido, eso es lo que es. Se merecería que lo azotaran con un vergajo por darme un susto de muerte y, de paso, casi romperme el brazo...

—Quizá seas pequeña, pero estás llena de dinamita —observó el hombre, visiblemente divertido. Mientras contemplaba sus redondas formas de mujer, se preguntó cómo había podido confundirla con un muchacho—. Por tu acento, yo diría que eres la pequeña Dee, la sobrina de Paddy.

—Para usted soy Adelia Cunnane, no la pequeña Dee —lo miró con abierto rencor. Él echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas, incrementando la furia de Adelia—. Oh, celebro que se

lo esté pasando tan bien a mi costa —cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza, haciendo que sus espesos mechones castaños se agitaran salvajemente—. ¿Y quién diablos es usted, a todo esto? Quisiera saberlo.

—Soy Travis —respondió él sin perder su rictus burlón—. Travis Grant.

Capítulo 2

Esta vez fue Adelia quien se quedó boquiabierta. Cuando las brumas de la furia se hubieron disipado de sus ojos, vio con claridad a su acompañante por primera vez. Era alto y de complexión robusta. Llevaba las mangas de la camisa enrolladas por encima de los codos, revelando unos antebrazos musculosos y bronceados. Sus facciones eran perfectas, marcadas y bien definidas, y sus ojos azules resaltaban sobre el tono moreno de su piel. Su cabello, brillante y abundante, era negro, y caía en forma de descuidados rizos hasta la altura del cuello. Su boca, que continuaba sonriendo, mostraba unos dientes fuertes y blancos.

Aquel era el hombre para el que debía trabajar, el hombre al que debía impresionar, registró vagamente el cerebro de Adelia. Y ella acababa de fulminarlo con su furiosa lengua.

—Maldición —susurró, cerrando los ojos un momento y deseando que la tierra se la tragara.

—Lamento que nos hayamos conocido en unas circunstancias tan... eh... —Travis titubeó y su boca se curvó de nuevo—. Tan confusas, Adelia. Paddy ha estado en el séptimo cielo desde que hizo las gestiones para traerte de Irlanda.

—No esperaba conocerlo hasta mañana, señor Grant —Adelia se aferró a su orgullo y mantuvo un tono de voz sereno—. Tío Paddy me dijo que no volvería usted hoy.

—Ni yo esperaba encontrar a un hada invadiendo mis establos —replicó Travis con una sonrisa.

Adelia se puso muy recta y le lanzó una mirada altanera.

—No podía dormir, así que decidí dar un paseo. Se me ocurrió echarle un vistazo a Majesty.

—Majesty es un animal nervioso —le reprochó Travis, recorriéndola de arriba abajo con la mirada—. Más vale que te mantengas a una distancia respetable de él.

—Me parece que eso será imposible —observó ella imperiosamente, desconcertada ante su viril escrutinio—. Voy a montarlo regularmente.

—¡Y un cuerno vas a montarlo! —Los ojos de Travis se alzaron hacia ella, entrecerrados—. Si crees que voy a permitir que una muchachita como tú monte a mi mejor potro, es que no estás en tus cabales.

—Ya he montado a su mejor potro —Adelia notó que la sensación de ira regresaba, y sacudió la cabeza—. Dimos una vuelta al circuito e hicimos una buena marca.

—No me lo creo —Travis dio un paso hacia ella, inclinando un poco la cabeza—. Paddy jamás te dejaría montar a Majesty.

—No tengo por costumbre mentir, señor Grant —replicó Adelia con gran dignidad—. El chico, Tom, recibió una coz, de modo que yo cabalgué con Majesty en su lugar.

—¿Cabalgaste con Majesty? —repitió él lentamente.

—Pues sí —confirmó ella y, a continuación, notando cómo la furia endurecía la expresión de sus ojos azules, se apresuró a añadir—: Es un encanto. Cabalga como el viento, pero no tiene mal carácter. No habría coceado a Tom si el chico lo hubiese comprendido mejor —hablaba rápidamente, sin dar a Travis oportunidad de responder—. El pobre solo necesitaba alguien que le hablara, que le demostrara que se le quiere y se le aprecia.

—¿Y tú sabes hablarles a los caballos? —Los labios de Travis se curvaron mientras formulaban la pregunta.

—Sí —afirmó Adelia, ajena al brillo burlón que iluminaba los ojos de él—. Cualquiera que se lo proponga sabe hacerlo. Conozco a los animales, señor Grant. Colaboré con el veterinario de Skibbereen, de modo que también tengo algunos conocimientos de medicina. Jamás haría nada que perjudicase a Majesty o a los demás caballos. Tío Paddy confía en mí; no debe enfadarse con él.

Travis no respondió nada, sino que se limitó a contemplarla mientras sus extraordinarios ojos ejercían, sin saberlo, todo su poder. Conforme su silencioso e intenso escrutinio se prolongaba, ella sintió una punzada de miedo, mezclada con otra sensación, extraña y desconocida, que no acertaba a descifrar.

—Señor Grant —empezó a decir suplicante, tragándose el orgullo—. Por favor, deme una oportunidad... Quince días, nada más —respiró hondo y se humedeció los labios—. Si, transcurrido ese tiempo, decide prescindir de mí, no tiene más que decirlo y me atenderé a su decisión. Le diré a tío Paddy que no estoy contenta con el trabajo, que deseo dedicarme a otras cosas.

—¿Y por qué vas a decirle eso? —Travis ladeó la cabeza, como si empezara a ver las cosas con una nueva perspectiva.

—Porque es necesario —respondió ella encogiéndose de hombros, al tiempo que se echaba hacia atrás el cabello—. De lo contrario, mi tío se vería en una situación incómoda. Es muy leal a usted y a este rancho, tal como me explicó en sus cartas, pero ahora se ha responsabilizado de mí. Si le dijera que usted me ha despedido, su lealtad quedaría dividida, y no deseo que eso ocurra. ¿Querrá concederme dos semanas de prueba, señor Grant?

«El orgullo siempre precede a la destrucción», citó Adelia en silencio, recordando las lecciones de humildad de tía Lettie.

Permaneció firme, decidida a no amedrentarse ante su silencioso examen, deseando que no la mirase como si pudiera leer los pensamientos que recorrían su cerebro.

—Está bien, Adelia —contestó Travis por fin—. Dispondrás de un período de prueba de dos semanas. Que quede entre nosotros.

Una brillante sonrisa iluminó el rostro de ella. Le extendió la mano.

—Gracias, señor Grant. Le estoy muy agradecida.

Él aceptó su mano, pero su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una expresión ceñuda mientras hacía girar su palma y la examinaba. Tenía unas manos exquisitamente menudas, de dedos largos y finos, pero estaban ásperas y encallecidas por los años de excesivo trabajo. Aquel contacto prolongado produjo un extraño hormigueo en el interior de Adelia, que se limitó a mirar impotente su propia mano, sometida a tan crítico escrutinio.

—¿Sucede algo? —inquirió con una voz que apenas reconocía.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos con una expresión indescifrable.

—Es un crimen que una mano tan pequeña sea tan áspera y dura como la de un minero.

Inesperadamente afectada por aquellas palabras amables, Adelia retiró la mano y se la escondió detrás de la espalda.

—Lamento que no sean suaves, señor Grant. Pero no necesito las manos de una señorita para trabajar en su rancho. Ahora, con su permiso, me voy —Adelia lo dejó atrás rápidamente, y él observó cómo desaparecía por el prado, corriendo como una liebre asustada.

* * *

El trino de los pájaros despertó a Adelia al apuntar el alba. Se vistió rápidamente, feliz ante la perspectiva de iniciar su nuevo trabajo. Un trabajo que, para ella, semejaba un deseo hecho realidad. Estaba segura de poder mostrarle su valía a Travis Grant. Un nuevo hogar, una nueva vida, un nuevo comienzo; contempló el incipiente sol y comprendió que el día no podía depararle sino maravillas.

El olor del tocino frito atrajo a Paddy hasta la cocina, y permaneció unos segundos observando los movimientos de Adelia, sin que ella hubiera reparado aún en su presencia. Tarareaba una vieja canción que él recordaba de su infancia, y personificaba la esencia de la radiante juventud.

—Eres lo más hermoso que han contemplado estos viejos ojos en muchos años.

Ella se giró, con una sonrisa que eclipsaba el resplandor del sol.

—Buenos días, tío Paddy. Hace un día precioso.

Mientras desayunaban, Adelia mencionó de pasada su encuentro con Travis Grant la noche anterior, mientras paseaba.

—Esperaba presentártelo personalmente esta mañana —Paddy tomó un trozo de crujiente tocino y enarcó las cejas—. ¿Qué te ha parecido?

Prudentemente, Adelia se guardó su opinión y respondió con un encogimiento de hombros.

—Estoy segura de que es un buen hombre, tío Paddy, aunque no hablé con él lo suficiente para formarme una opinión —«grande, arrogante, déspota», añadió mentalmente—. Pero le hablé del accidente de Tom, y le dije que lo he sustituido como jinete.

—¿En serio? —Paddy esbozó una sonrisa lenta mientras untaba mermelada en el pan—. ¿Y qué respondió él?

—Es lo bastante listo como para fiarse del criterio de Padrick Cunnane —Adelia cruzó los dedos debajo de la mesa, y se preguntó si se habría ganado otro punto negativo en el Registro de los Ángeles, tan mencionado por tía Lettie.

Poco tiempo después, Adelia se hallaba al lado de Majesty, acariciándole el hocico y manteniendo una conversación íntima con el animal, sin saber que sus actos eran observados por un par de ojos azules.

—Buenos días, Paddy. Tengo entendido que has fichado a un nuevo jinete.

Paddy interrumpió su conversación con Hank y saludó a su patrón.

—Buenos días, Travis. Dee me ha dicho que os conocisteis anoche.

—¿Sí? —Los labios de Travis se curvaron mientras seguían contemplando a la mujer y al

caballo.

—Espera a verla cabalgar —terció Hank moviendo la cabeza—. A mí me dejó estupefacto.

Travis inclinó la cabeza.

—Pronto lo veremos —se dirigió hacia Adelia, que seguía hablándole con suavidad al enorme purasangre—. Hola, pequeña. ¿Te contesta tu amigo alguna vez?

Ella se giró rápidamente, sorprendida, y reaccionó ante su broma con indignación.

—Sí que me contesta, señor Grant. A su manera —pasó junto a Travis, disponiéndose a montar, pero él la detuvo agarrándole la muñeca.

—Dios santo, ¿yo te hice eso? —Recorrió con un dedo los oscuros cardenales de su brazo, y Adelia siguió la dirección de sus ojos antes de alzar la cabeza para mirarlo.

—Sí, usted me lo hizo.

Travis entrecerró los ojos por un momento, sin dejar de agarrarle suavemente la muñeca.

—Tendré que ser más cuidadoso contigo en el futuro, ¿verdad, pequeña Dee?

—No es la primera vez que me hago un cardenal, ni será la última, pero usted jamás volverá a agarrarme de esa manera —dicho esto, Adelia se subió a lomos de Majesty y lo guio hasta el circuito. Al dar Paddy la señal, la pareja emprendió el galope y avanzó por la pista circular a un ritmo fluido y uniforme.

—No creerás que he cometido una locura contratando a mi sobrina, ¿verdad?

—Bueno, admito que al principio dudé de tu cordura —respondió Travis, sin retirar los ojos de la menuda mujer pegada al veloz caballo—. Pero siempre he tenido fe en tu criterio, Paddy; nunca me has fallado.

* * *

Más tarde, esa misma mañana, Adelia estaba trabajando en los establos, tras vencer las objeciones que había puesto Paddy a que ayudara a cepillar los caballos. Un sonido tras ella le hizo girar la cabeza, y se encontró con dos niños pequeños, prácticamente idénticos. Cerró los ojos con burlona alarma.

—¡Que los santos me protejan, estoy perdiendo la cabeza! Ahora veo doble.

Los chicos prorrumpieron en risitas y contestaron al unísono:

—Somos gemelos.

—¿De verdad? —Adelia exhaló un profundo suspiro de alivio—. Vaya, me alegra saberlo. Temía que alguien me hubiera hechizado.

—Hablas igual que Paddy —observó uno de los niños, mirándola con abierta curiosidad.

—¿En serio? —Adelia dirigió una sonrisa a sus rostros idénticos. Los pequeños tenían unos ocho años, calculó. Tenían la tez morena, como los gitanos, y unos vivarachos ojos castaños.

En las dos caras se dibujó un ceño dubitativo.

—Él te llama «pequeña Dee», pero no eres pequeña, sino mayor —se quejó uno de los niños al tiempo que el otro asentía, mostrándose de acuerdo.

—Me temo que sí. Pero apenas era una niñita la última vez que vi a tío Paddy, y nunca crecí mucho, en realidad, de modo que para él sigo siendo la «pequeña Dee». ¿Cómo os llamáis

vosotros? —preguntó Adelia mientras soltaba la almohaza que había estado utilizando.

—Mark y Mike —anunciaron ellos, de nuevo con una única voz.

—No me digáis quién es quién —pidió ella entrecerrando los ojos—. Lo adivinaré. Se me da muy bien —dio una vuelta alrededor de los pequeños mientras ellos reanudaban sus risitas—. Tú tienes que ser Mark, y tú Mike —aventuró posando una mano en sus respectivas cabezas. Los dos se quedaron mirándola con asombro.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió Mark.

—Soy irlandesa —respondió Adelia simplemente, reprimiendo una sonrisa—. En Irlanda hay muchos videntes.

—¿Videntes? ¿Y eso qué es? —terció Mike con los ojos ensanchados por la curiosidad.

—Significa que tengo poderes extraños y secretos —afirmó Adelia haciendo un gesto espectacular con la mano. Los dos niños se miraron, y luego la miraron a ella, convenientemente impresionados.

—Mark, Mike —una mujer entró en el establo y movió la cabeza con desesperación—. Debí imaginar que estaríais aquí.

Adelia se quedó mirando a la recién llegada, asombrada por su belleza y su elegancia. Era alta y esbelta, vestida con un sencillo pero atractivo conjunto de pantalones negros ajustados y blusa blanca. Una brillante mata rizada de cabello negro enmarcaba su rostro. Sus suaves labios rosados y su clásica nariz recta ascendían hasta unos ojos azules, de largas pestañas, que Adelia identificó con los de Travis.

—Espero que no te hayan molestado —dijo la mujer al tiempo que miraba a los niños con indulgente exasperación—. Resulta imposible seguirles la pista.

—No, señora —aseguró Adelia, preguntándose si existiría en el mundo una mujer más hermosa que aquella—. Son buenos chicos. Nos estábamos conociendo.

—Tú debes de ser Dee, la sobrina de Paddy —la generosa boca se arqueó formando una sonrisa.

—Sí, señora —Adelia consiguió sonreír.

—Yo soy Trish Collins, la hermana de Travis —Trish extendió la mano, y Adelia se quedó boquiabierta de horror.

Después del comentario que Travis había hecho la noche anterior, era muy consciente del estado de sus manos. ¿Cómo podía tocar con su mano, rugosa y encallecida, aquella otra tan hermosa? Pero no podía mostrarse descortés, de modo que, tras limpiarse la palma en los vaqueros, tomó la mano de Trish. Esta había notado la indecisión de Adelia, y comprendió el motivo en cuanto sus manos se rozaron, pero no dijo nada.

En ese momento, Travis entró en el establo, acompañado de Paddy y de un hombre menudo y enjuto a quien Adelia no conocía.

—¡Paddy! —Los gemelos se lanzaron hacia la fornida figura.

—Vaya, si son Pulgarcito y Garbancito. ¿Qué travesura habéis tramado para hoy?

—Hemos venido a conocer a Dee —declaró Mark—. Adivinó quién era cada uno.

—Es vidente —añadió Mike muy serio. Paddy asintió, con expresión igualmente grave, y sus ojos brillaron cuando se encontraron con los de Adelia, por encima de las pequeñas cabezas.

—Sí, cierto. En la familia de los Cunnane ha habido muchos videntes.

—Adelia Cunnane —Travis procedió a hacer las presentaciones, con una sonrisa bailando en

sus labios—, el doctor Robert Laman, nuestro veterinario.

—Encantada de conocerlo, doctor —Adelia lo saludó, manteniendo estratégicamente las manos detrás de la espalda.

—Rob ha venido para examinar a Solomy —explicó Paddy—. Parirá muy pronto.

El rostro de Adelia se iluminó, lleno de placer, y Travis la miró enarcando las cejas.

—¿Te gustaría verla, Adelia?

—Sí, mucho —ella le dirigió una amplia sonrisa, olvidando cualquier animosidad previa.

—Va a parir bastante tarde —comentó Travis mientras el grupo recorría el largo pasillo de los establos—. Oficialmente, las yeguas de la ganadería Pura Sangre paren en enero, y siempre planificamos los apareamientos teniendo en cuenta ese detalle. Cuando adquirimos a Solomy, hace tan solo seis meses, ya venía preñada. Es de buena casta, y el semental que la cubrió es del mismo padre que Majesty.

—Entonces, habréis depositado muchas esperanzas en el potrillo —dijo Adelia, pensando en el estilo y la velocidad de Majesty.

—De eso puedes estar segura —respondió Travis con una sonrisa. Seguidamente, colocándole una mano en el hombro, le indicó uno de los establos—. Adelia —dijo con desenfadada formalidad—, te presento a Solomy.

Ella suspiró encantada al ver al animal, una lustrosa yegua negra cuya crin fluía como un torrente de oscura seda. Mientras le acariciaba el lunar blanco de la frente, Adelia contempló sus ojos negros e inteligentes.

—Eres una chica preciosa —la caricia sobre la suave piel fue recibida con un relincho de aprobación.

—Seguro que querrás verla más de cerca —observó Travis al tiempo que abría el portón del establo y le hacía un gesto para que entrase.

Adelia entró en el establo, seguida de Travis y el veterinario, y en seguida entabló una queda conversación con Solomy, mientras le exploraba el hinchado vientre con dedos cuidadosos y capaces. Al cabo de unos momentos, se giró y miró con preocupación a los ojos risueños de Travis.

—El potrillo está mal colocado.

Los ojos azules de Travis perdieron su aire risueño y la estudiaron detenidamente.

—Es cierto, señorita Cunnane —convino Robert Loman asintiendo con la asepsia propia de un profesional—. Ha efectuado el diagnóstico con extraordinaria rapidez —tras entrar en el establo, recorrió el vientre de la yegua con las manos—. Esperamos que el potro se dé la vuelta antes de que concluya el período de gestación.

—Pero no creen que sea probable; ya casi está cumplida.

—No, no lo creemos —el veterinario se giró hacia ella, levemente sorprendido e intrigado por sus conocimientos—. No descartamos la posibilidad de un parto de nalgas. ¿Tiene usted alguna formación?

—Más práctica que formación —Adelia se encogió de hombros, incómoda al constituir el centro de atención—. Trabajé con un veterinario en Irlanda. He asistido algunos partos y suturado varias heridas —salió del establo para situarse junto a Paddy y observar cómo el veterinario hacía su trabajo. Paddy le echó el brazo por encima de los hombros, y ella recostó la cabeza en su hombro.

—Temo pensar en el mal rato que tendrá que pasar. Una vez tuvimos una yegua con un caso similar, y yo tuve que darle la vuelta al potrillo —Adelia suspiró al recordarlo—. Aún veo los ojos de la pobre madre, mirándome llenos de confianza. Sentí mucho hacerle daño.

—¿Asististe el parto de un potro tú sola? —inquirió Travis, devolviéndola al presente—. Es una tarea difícil para un hombre adulto, no digamos para una cosita como tú.

Ella hizo una mueca, estirándose cuan alta era.

—Quizá sea pequeña, señor Travis, pero tengo la fuerza suficiente para hacer lo que haga falta —lo miró con rabia, herida en su orgullo, y alzó el mentón—. Puedo asegurarle una cosa. ¡A pesar de nuestra diferencia de estatura, trabajando puedo seguir su ritmo durante todo un día!

Reprimiendo una carcajada, Paddy clavó la vista en el techo mientras Travis miraba a Adelia con ojos fijos y fríos. Después de un momento, ella se volvió y echó a andar hacia la parte delantera de los establos.

—¿De verdad has visto nacer un caballo, Dee? —Los gemelos la siguieron, rebosantes de entusiasmo.

—Muchas veces, y vacas, y cerdos, y toda clase de animales —tomó a cada pequeño de la mano y siguió andando sobre el suelo de cemento—. Una vez vi el nacimiento de dos corderos gemelos, y fue lo más hermoso que jamás haya...

Travis siguió mirándola hasta mucho después de que su voz se extinguiera en la distancia.

* * *

Los siguientes días transcurrieron sin problemas mientras Adelia se iba acostumbrando a su nueva vida y a su nuevo entorno. En las ocasiones en que hablaba con Travis, hacía verdaderos esfuerzos por contener la lengua, pues él parecía tener la virtud de provocarla hasta lo indecible. Suscitaba extrañas sensaciones en su interior. Unas sensaciones que Adelia no podía comprender ni evitar.

Cierto día, se sorprendió a sí misma observándolo mientras caminaba hacia los establos. Su camisa vaquera de trabajo se ceñía a sus anchos hombros mientras andaba sobre la hierba. Travis parecía devorar el terreno con una despreocupada vitalidad. Adelia suspiró, sintiendo una opresión extraña en el corazón, y a continuación se mordió el labio inferior, molesta consigo misma. Simplemente se debía a que Travis era un hombre fuerte y atractivo, se dijo, esbelto y poderoso.

Adelia desmontó del purasangre que había estado ejercitando y le frotó el cuello vigorosamente. Siempre había admirado la fuerza y el poder físico, del mismo modo que admiraba a aquel animal poderoso y bien proporcionado. Todo el mundo parecía sentir gran respeto y admiración por Travis Grant. Solo Paddy, al parecer, tenía derecho a darle consejos o a cuestionar sus decisiones.

Pero ella era Adelia Cunnane, se dijo, y no se amedrentaría ante ningún hombre. No se inclinaría respetuosamente para reverenciarlo cada vez que pasara por su lado. Hacía su trabajo, y lo hacía bien. Travis no tendría motivos de queja en ese aspecto. ¡Pero ella expresaría su opinión cuando quisiera, y al diablo con él si no lo veía bien!

Cada tarde, a última hora, Adelia visitaba a Solomy. Estaba segura de que la yegua pariría de

un momento a otro y, a sabiendas de que el parto sería difícil, dedicaba las visitas a confortar al animal y a ganarse su confianza.

—Muy pronto tendrás una potrilla o un potrillo sano y fuerte —le dijo Adelia mientras cerraba la puerta del establo—. Me gustaría agarraros a ti y al pequeño y llevaros lejos conmigo. ¿Cómo crees que reaccionaría el patrón?

—Quizá se sintiera tentado de hacerte colgar, por ladrona de caballos.

Adelia se giró rápidamente, y vio la poderosa figura de Travis apoyada sobre la puerta del establo contiguo.

—Tiene usted la mala costumbre de andar a hurtadillas y asustar a los demás —le espetó ella, suponiendo que el golpeteo de su corazón era producto de la sorpresa.

—Da la casualidad de que este rancho es mío, Adelia —replicó él con un tono sereno que solo contribuyó a aumentar su agitación.

—No creo que eso se me olvide. No hace falta que me lo recuerde constantemente —Adelia ladeó el mentón con aire desafiante, sabiendo que debía medir sus palabras. Sabiendo, asimismo, que le resultaría imposible—. Cumplo con mi trabajo impecablemente, pero quizá usted piense que olvido cuál es mi lugar. ¿Debo inclinarme ante usted, señor Grant?

—Jovenzuela descarada —musitó Travis, enderezándose y abandonando su postura relajada—. Ya me estoy cansando de que me apuñales con esa lengua tan afilada que tienes.

—Pues lo siento mucho. El mejor consejo que puedo darle es que no converse conmigo.

—Me parece una excelente idea —Travis la agarró por la cintura, alzándola en vilo mientras los ojos de ambos entablaban una batalla—. Esperaba la oportunidad de hacer esto desde la primera vez que me agrediste con tu lengua irlandesa.

Apretó su boca contra la de ella, sofocando una acalorada réplica. Demasiado sorprendida para defenderse inmediatamente, Adelia comenzó a experimentar sensaciones desconocidas e inquietantes; un calor y una debilidad semejantes a los que podría sentir tras un arduo día de trabajo en los campos. Las manos de Travis parecían de acero en torno a su menuda cintura; la sostenía a un palmo del suelo mientras la asaltaba con sus labios, invadiéndole la boca con la lengua, en un beso devastador, completamente distinto de cualquier cosa que ella hubiese experimentado con anterioridad.

Apretada contra él, contra sus labios, Adelia sintió cómo su calor y su esencia se filtraban en ella, exigiendo su total entrega. Percibió la autoridad de los brazos que la rodeaban, paladeó la sabiduría de los labios que reclamaban los suyos, y tanto su mente como su cuerpo se rindieron a ambos. Incapaz de combatir la turbulencia de aquellas emociones inexploradas, Adelia sintió cómo se arremolinaban en su interior, con la fuerza de un ciclón, elevándola hacia el sol hasta que el calor amenazó con tornarse fuego.

Y, mientras todos sus sentidos eran asaltados y conquistados, Travis continuó explorando su boca, devorándola como el hombre que conocía a la perfección el sabor de una mujer. Se alimentó de ella, sin que Adelia imaginara la riqueza del banquete que le estaba brindando.

Después de lo que pareció una eternidad, Travis la soltó, dejándola otra vez en el suelo, y ella lo miró en silencio, con los ojos desorbitados por la confusión.

—Bueno, pequeña, es la primera vez que te quedas sin palabras —se burló él abiertamente, con los labios que acababan de conquistar los suyos arqueados en una sonrisa satisfecha y presuntuosa.

Su provocación rompió el extraño hechizo que había paralizado tanto la mente como la lengua de Adelia. Sus ojos se iluminaron con un verdoso fuego.

—Hijo del diablo —estalló de repente, y prosiguió con una furibunda retahíla de maldiciones y malos augurios irlandeses, pronunciados con un acento tan cerrado, que sus palabras resultaban prácticamente ininteligibles.

Cuando, por fin, su imaginación se agotó, y solo pudo seguir mirándolo sin resuello, Travis echó hacia atrás la cabeza y se echó a reír, durante tanto rato que Adelia pensó que acabaría reventando.

—¡Ah, Dee, eres una hermosa visión cuando exhalas fuego! —Travis ni siquiera se tomó la molestia de ocultar su regocijo, ni la irritante sonrisa dibujada en su rostro—. Cuanto más enfadada estás, más se te nota el acento irlandés. Tendré que provocarte más a menudo.

—Voy a hacerte una advertencia —repuso ella con voz lúgubre, que solo contribuyó a ensanchar la sonrisa de él—. Como vuelvas a acosarme otra vez, sentirás algo más que mi lengua.

Irguiendo la cabeza, Adelia salió de los establos, aferrándose a los últimos vestigios de dignidad que le quedaban.

No le dijo nada a Paddy acerca de la escena con Travis y se limitó a deambular ruidosamente por la cocina mientras preparaba la cena, musitando frases incoherentes sobre grandes brutos arrogantes y matones musculosos. Su furia hacia Travis se mezclaba con la que experimentaba hacia sí misma.

El hecho de que su contacto la hubiera excitado, provocándole un inesperado placer, solo contribuía a incrementar su rabia. De modo que se maldijo por la atracción incontrolable que sentía hacia él.

Capítulo 3

Al día siguiente, la ira de Adelia había desaparecido. No solía ser propensa a los enfados prolongados; más bien, experimentaba arrebatos de intensa furia y, posteriormente, se iba calmando poco a poco. Seguía presente en ella, sin embargo, una nueva e inquietante conciencia de sí misma y de sus deseos de mujer, así como del hombre irritante y atractivo que los había despertado.

Consiguió evitar encontrarse con Travis a lo largo de la mañana, ocupándose de sus tareas con normalidad mientras permanecía pendiente por si él aparecía.

Una vez acabado su trabajo, dio un paseo e hizo su visita diaria a Solomy. En lugar de encontrar a la yegua esperándola junto al portón del establo, como acostumbraba, Adelia la halló tumbada de costado en el montón de heno, respirando con pesadez.

—¡Por todos los santos y apóstoles! —Entrando apresuradamente, se arrodilló junto a la resollante yegua—. Ya ha llegado la hora, cariño —le susurró al tiempo que le acariciaba el hinchado vientre—. Quédate así. En seguida vuelvo —tras incorporarse, salió a la carrera de los establos.

Divisó a Tom en el corral más alejado y, ahucando las manos, le gritó:

—¡Solomy va a parir! Avisa a Travis... ¡que llame al veterinario! ¡Deprisa! —Sin aguardar una respuesta, volvió a los establos para confortar al animal.

Estaba murmurándole y acariciándole la sudorosa piel cuando Travis y Paddy se unieron a ella. Sus palabras suaves y sus tiernas caricias habían aliviado a la yegua, cuyos profundos ojos castaños permanecían clavados en los verdes de Adelia.

Travis se agachó a su lado, uniéndose su mano a la de Adelia sobre el lustroso pelaje. Ella le habló, aunque sus ojos no se apartaron de los de la yegua.

—El potro sigue mal colocado; hay que darle la vuelta cuanto antes. ¿Y el doctor Laman?

—Está atendiendo una llamada de urgencia... No vendrá hasta dentro de una media hora —la voz de Travis era brusca y entrecortada. También su atención estaba puesta por entero en Solomy.

Adelia se giró para mirarlo a los ojos.

—Señor Grant, le estoy diciendo que no disponemos de ese tiempo. Hay que darle la vuelta al potro ya, o los perderemos a ambos. Puedo encargarme de ello; ya lo he hecho antes. Le juro por Dios, señor Grant, que no queda mucho tiempo.

Se miraron mutuamente durante largos momentos, los ojos de Adelia muy abiertos y suplicantes, los de él entrecerrados e intensos. Solomy emitió un relincho de dolor al iniciarse una nueva contracción.

—Ya, ya, cariño —Adelia volvió a concentrarse en la yegua, murmurándole palabras de consuelo.

—Está bien —convino Travis al tiempo que exhalaba una larga bocanada de aire por entre los dientes—. Pero yo me ocuparé de darle la vuelta. Paddy, trae a algunos hombres para que la sujeten.

—¡No! —La yegua se sobresaltó con la protesta de Adelia, y esta volvió a susurrarle con ternura, calmándola con la voz y con las manos—. No permitiré que una panda de brutos la sujete. Solo conseguirían aterrorizarla —de nuevo alzó los ojos hacia Travis y habló con una serena seguridad—. Solomy permanecerá quieta; sé cómo conseguirlo.

—Travis —terció Paddy cuando su patrón se dispuso a protestar—. Dee sabe lo que se hace.

Asintiendo, Travis se retiró para lavarse las manos y los brazos.

—Tenga cuidado —advirtió Adelia cuando él se disponía a empezar—. El potrillo tiene las pezuñas muy afiladas, y el útero puede cerrarse en torno a su mano muy deprisa —respirando hondo, pegó la mejilla a la yegua y empezó a acariciarle la húmeda piel con movimientos uniformes y circulares, al tiempo que le canturreaba en gaélico.

La yegua se estremeció cuando Travis introdujo la mano, pero permaneció inmóvil, escuchando la voz confortadora de Adelia.

El aire pareció espesarse, saturado con la respiración de Solomy y la mágica belleza de la lengua antigua en que murmuraba Adelia.

—Ya lo tengo —anunció Travis, con el rostro empapado en sudor. Empezó a respirar aceleradamente al tiempo que musitaba una silenciosa retahíla de maldiciones. Adelia no oía nada, pues se hallaba totalmente volcada en la yegua.

—Hecho —Travis retrocedió, apoyándose sobre los talones, y desvió su atención hacia la mujer que estaba a su lado. Ella no reaccionó. Prosiguió su canturreo rítmico y suave, acariciando con ternura a Solomy, con el rostro enterrado en el cuello del animal.

—Ahí está —gritó Paddy, y Adelia se giró para contemplar el milagro del nacimiento. Cuando, por fin, el potro emergió al mundo, tanto ella como la yegua suspiraron y se estremecieron.

—Has tenido un hijo fuerte y sano, Solomy. ¡No hay nada más hermoso en el mundo que la visión de una vida nueva e inocente!

Adelia giró su rostro radiante hacia Travis y le dirigió una sonrisa cuya luz rivalizaba con la del propio sol. Los ojos de ambos se encontraron, y sus miradas se profundizaron hasta que Adelia tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido. Se sintió irresistiblemente atraída hacia las profundidades azules de sus ojos, incapaz de hablar o de respirar, como si un escudo invisible hubiese descendido sobre ambos, aislándolos del resto del mundo.

¿Podía el amor llegar en un solo instante?, preguntó su aturdido cerebro. ¿O acaso había estado allí desde el principio? La respuesta se vio postergada por la aparición de Robert Loman, cuya llegada rompió el hechizo en el que Adelia se hallaba suspendida.

Se incorporó rápidamente mientras el veterinario interrogaba a Travis sobre el alumbramiento del potro. Una oleada de vértigo la invadió mientras se levantaba, de modo que se clavó los dientes en el labio inferior para combatir la súbita sensación de debilidad. Mantener calmada a la yegua había supuesto una tensión enorme, como si ella misma hubiera experimentado los dolores del parto, y el inesperado torrente de emociones provocado por la mirada de Travis la había

dejado mareada y exhausta.

—¿Qué te pasa, Dee? —le preguntó Paddy con preocupación, tomándola del brazo.

—Nada —Adelia se llevó la mano a la sien—. Me duele un poco la cabeza, eso es todo.

—Llévala a casa —ordenó Travis, observándola detenidamente. Sus ojos resaltaban, enormes y brillantes, sobre la palidez de su rostro. De repente, parecía pequeña e indefensa.

Levantándose, Travis se acercó a Adelia, pero ella retrocedió, aterrada por la posibilidad de que la tocara.

—No es necesario —dijo con voz serena y firme—. Iré a lavarme un poco. Estoy bien, tío Paddy —miró sonriente a su ceñudo tío, rehuendo los ojos de Travis a toda costa—. No te preocupes —a continuación, salió presurosa de los establos para llenar sus pulmones de aire fresco y limpio.

* * *

Por la tarde, Adelia se hallaba silenciosa y pensativa. No estaba acostumbrada a experimentar confusión o incertidumbre, pues siempre sabía por instinto lo que debía hacer. Hasta entonces, había llevado una vida básica y sencilla, haciendo frente a las necesidades según iban presentándose. No había lugar para las indecisiones o para la confusión mental en un mundo que era, en esencia, blanco o negro.

Permaneció un rato en la cocina después de cenar, reflexionando. El parto había sido difícil, hasta el punto de que la tensión la había extenuado por completo. Asimismo, la visión del potrillo recién nacido había nublado su cerebro. Tales eran los motivos de su intensa reacción hacia Travis.

No podía estar enamorada de él; apenas lo conocía, y lo poco que sabía de él no le gustaba en absoluto. Era demasiado fuerte, confiado y arrogante. Le recordaba a un señor feudal, y Adelia era demasiado irlandesa como para simpatizar con los terratenientes.

No obstante, tras haber concluido aquel ejercicio de autoanálisis, seguía sintiéndose extrañamente recelosa e inquieta. Se sentó en el suelo, a los pies de Paddy, y recostó la cabeza en su regazo al tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

—Pequeña Dee —murmuró él acariciándole los espesos rizos castaño rojizos—. Estás trabajando demasiado.

—Tonterías —repuso Adelia, acomodándose para disfrutar de aquella nueva sensación de confort—. No he trabajado ni un solo día completo desde que llegué. En la granja, aún estaría trabajando a estas horas.

—¿Fue muy duro para ti, pequeña? —inquirió Paddy, pensando que quizá estuviera ya dispuesta a hablar de ello.

Adelia volvió a suspirar y agitó los hombros, inquieta.

—No tanto como eso, tío Paddy, pero todo cambió tras la muerte de papá y mamá.

—Pobrecita mía. Fue una gran pérdida.

—Pensé que mi mundo se había acabado cuando murieron —susurró Adelia, apenas consciente de estar hablando en voz alta—. Creo que, durante un tiempo, también yo morí. Me

sentí asustada y llena de rabia. Luego, experimenté una sensación de aturdimiento, de vacío. Pero empecé a recordar cómo eran las cosas entre ellos. No hubo en el mundo dos personas que se amaran más la una a la otra. Estaban tan enamorados, que hasta una niñita como yo podía darse cuenta.

Tan enfrascados estaban en la conversación, que ninguno de los dos oyó el ruido de pisadas en la escalera. Travis alzó la mano para llamar, pero se detuvo al contemplar la conmovedora escena, a través de la ventana de la puerta, y oír las palabras de Adelia.

—Lo único que me quedó de ellos fue la granja... Pobre tía Lettie. Trabajó muy duro, y yo suponía para ella una cruz que debía soportar constantemente —se echó a reír conforme los recuerdos acudían a su mente—. Nunca entendió por qué tenía que cabalgar tan deprisa. «Un día de estos te romperás el cuello», solía gritarme agitando el puño. «¿Quién me ayudará a labrar la tierra si te rompes la crisma?». Yo solía reaccionar con uno de mis arranques de genio, y me ponía a gritar y a maldecir, y muy a menudo, me temo. Tía Lettie se persignaba y empezaba a rezar por mi alma condenada. Pero trabajábamos bien juntas —cerró los ojos mientras emitía un prolongado suspiro—. Sin embargo, era demasiado trabajo para una mujer y una adolescente. Carecíamos de dinero para contratar a gente que nos ayudase, de modo que no teníamos nada que hacer. ¿Sabes lo que es, tío Paddy, eso de ver que necesitas algo y, cuanto más te acercas a ello, más lejano te parece? Siempre más lejano, siempre fuera de tu alcance. A veces, cuando echo la vista atrás, apenas puedo distinguir un día concreto de los demás. Más tarde, tía Lettie sufrió el ataque. Dios santo, cómo odiaba estar tumbada en la cama, desvalida, un día tras otro.

—¿Por qué no me pusiste al corriente de lo que pasaba? —inquirió Paddy, contemplando su oscuro cabello—. Podía haberte ayudado, enviando dinero o volviendo a la granja.

Adelia alzó la cabeza y le sonrió.

—Sí. Pero ¿de qué habría servido? Solo habrías malgastado tu dinero y abandonado la vida que habías elegido... Yo jamás lo hubiera consentido, como tampoco tía Lettie ni mis padres. La granja ha desaparecido de mi vida, igual que Irlanda. Ahora te tengo a ti. Y no necesito nada más —al mirar a su tío a los ojos, y percibir la tristeza y la preocupación reflejadas en ellos, Adelia deseó haberse guardado sus penas para sí—. Dime, Padrick Cunnane, ¿cómo es que un hombre bueno y guapo como tú no se ha casado nunca? —Su sonrisa se tornó traviesa, y un brillo diabólico bailó en sus ojos—. Debe de haber docenas de mujeres dispuestas. ¿Nunca te has enamorado de alguna?

Él le acarició la mejilla, sonriéndole con melancolía.

—Sí, pequeña. Pero ella prefirió a tu padre.

Los profundos ojos verdes de Adelia se llenaron de sorpresa, que al punto dio paso a la compasión.

—¡Oh, tío Paddy! —Rodeó a su tío con los brazos, mientras Travis se alejaba de la puerta y bajaba las escaleras en silencio.

* * *

Al día siguiente, el aire parecía suspirar, lleno de primavera, susurrando promesas de flores y

árboles frondosos. A Adelia le evocó recuerdos de otras primaveras. Era la época del año en que la tierra pedía ser fecundada y se preñaba de nueva vida. El mundo de Adelia siempre había girado alrededor de la tierra, de sus dones y sus dificultades, de sus exigencias y sus promesas.

Desde el balcón de la casa de Paddy contempló los terrenos que pertenecían a Travis. Parecían extenderse en la distancia como las plácidas olas de un mar en calma. Aquellas olas verdes y marrones aparecían moteadas no de barcos, sino de bellos purasangre. Adelia cayó en que ignoraba qué había más allá de la última colina. Aquella tierra aún le era extraña. Desde que llegó a América, apenas había visto poco más que las posesiones de Travis Grant.

En el aire, puro y dulce, flotaba ocasionalmente un relincho o la fugaz llamada de un pájaro. Aparte de eso, reinaba el silencio. No se oía el canto estridente del gallo, anunciando el nuevo día, ni se veían campos removidos en espera de la siembra, ni hierbajos que aguardaran a ser arrancados. Súbitamente, Adelia se sintió invadida por una oleada de nostalgia tan intensa, que solo pudo cerrar los ojos para resistir la tempestad.

Había perdido tantas cosas, se dijo, abrazándose a sí misma para consolarse. Nunca regresaría, nunca volvería a ver la granja. Suspirando, abrió los ojos y trató de sacudirse la morriña. Aquel era ahora su hogar y, aunque en realidad no fuera suyo, era lo más cercano.

—¿Dónde estás, pequeña?

Adelia se sobresaltó un poco al sentir el brazo de Paddy alrededor de su cintura; luego exhaló un nuevo suspiro y recostó la cabeza en el hombro de su tío.

—En la granja, supongo. Pensando en la siembra de primavera.

—Hace un día idóneo para ello, ¿verdad? El aire es fresco y el sol calienta —Paddy le apretó cariñosamente el hombro. Luego chasqueó la lengua, como si se lamentara—. Hoy tengo que ir al pueblo. Es una lástima.

—¿Una lástima?

—Esperaba poder plantar algunas semillas junto al sendero de entrada. Pensé que tampoco iría mal un lecho de flores delante de la casa —Paddy movió la cabeza y suspiró—. Pero no sé de dónde sacaré el tiempo necesario para hacerlo.

—Oh, yo lo haré, tío Paddy. Tengo tiempo de sobra —retirándose, Adelia lo miró con una inocencia tal, que él estuvo a punto de esbozar una sonrisa.

—Pequeña Dee, no puedo pedirte que te tomes esa molestia en tu día libre —Paddy frunció el ceño dubitativamente y le dio una palmadita en la mejilla—. No, es demasiado. Ya lo haré yo en cuanto tenga un rato.

—No seas tonto, tío Paddy. Me encantaría hacerlo —la sonrisa de Adelia volvió a florecer, disipando las nubes que habían encapotado sus ojos momentos antes—. No tienes más que decirme lo que quieres.

—Bueno... —Paddy dejó que su sobrina insistiera unos minutos más antes de dejarse convencer.

Pertrechada con un sinfín de bolsitas de semillas y una pequeña pala, Adelia se situó en la franja de hierba que circundaba la casa de Paddy y trazó un plano mental del terreno, petunias junto al sendero de entrada, caléndulas delante de la casa, lirios en el margen. En el otoño, decidió, plantaría bulbos, tantos como permitiera el terreno. Narcisos y tulipanes. Satisfecha con su planificación, empezó a excavar la tierra.

El calor del sol fue apretando, y Adelia no tardó en remangarse. A lo lejos podía oír el ruido

de los hombres y los caballos, atareados en su rutina cotidiana: un grito, risas, golpes de pezuñas en la tierra. Pero pronto, concentrada en la siembra de las semillas, Adelia se aisló por completo del entorno. Suavemente, empezó a cantar una canción, familiar y confortadora, que recordaba de su infancia. El aroma de la tierra fresca alivió la congoja con la que había amanecido aquella mañana.

Una sombra cayó sobre ella. Girando la cabeza, Adelia dejó caer la pala nerviosamente al ver que Travis la estaba mirando.

—Te he interrumpido. Lo siento.

Así, situado sobre ella, parecía imposible de alto. Adelia estiró el cuello y entornó los ojos a causa del sol. El astro brillaba como una aureola alrededor de la cabeza de Travis y, por un fantástico momento, a ella le pareció un caballero presto a combatir a los malvados dragones.

—No, simplemente me has asustado —recogiendo la pala, Adelia se dijo que era una estúpida y siguió trabajando.

—No me refería a la siembra —Travis se agachó a su lado, pegando el hombro al de ella—, sino a la canción. Parecía muy antigua y muy triste.

—Sí, es ambas cosas —Adelia se retiró un poco, cubriendo las semillas de tierra cuidadosamente—. Muchas canciones gaélicas son antiguas y tristes.

Cruzando las piernas, él se sentó tranquilamente en la hierba y siguió contemplándola.

—¿De qué habla?

—De amor, por supuesto. Las canciones más tristes siempre hablan de amor —Adelia irguió la cabeza para sonreírle. Estaba muy cerca, con su boca a escasos centímetros de la de ella. Con la pala en la mano, solo pudo mirarlo, preguntándose qué haría si el exiguo espacio que los separaba desaparecía y sus bocas se encontraban.

—¿Siempre es triste el amor, Adelia? —La voz de Travis era suave como la brisa que los acariciaba a ambos.

—No lo sé. Yo... —Ella se sintió cada vez más débil, y retiró de él la mirada—. Estábamos hablando de canciones.

—Es cierto —murmuró Travis, y a continuación le retiró el cabello de la cara. Adelia tragó saliva al tiempo que empezaba a cavar con renovado interés—. No te he dado las gracias adecuadamente por la ayuda que prestaste ayer con Solomy.

—Oh, bueno... —Adelia se encogió de hombros, sin apartar los ojos de la tierra—. No fue para tanto. Me alegro de que Solomy y el potro estén bien. ¿Le gustan las flores, señor Grant? —inquirió, deseosa de cambiar de tema.

—Sí, me gustan. ¿Qué estás plantando? —preguntó Travis con voz casual mientras recogía una bolsita de semillas.

—De todo un poco —contestó Adelia, siendo esta vez capaz de alzar la cabeza y sonreír—. Estarán preciosas en verano. Su tierra es muy rica, señor Grant, desea dar frutos —tomó un puñado de tierra y luego abrió la mano, reteniéndola en la palma.

—De eso sabes más que yo —sosteniendo las puntas de sus dedos, Travis contempló la tierra—. Tú eres la granjera.

—Lo era —corrigió Adelia al tiempo que intentaba retirar la mano.

—Me temo que no sé mucho acerca de plantas y flores —Travis pasó por alto sus intentos de soltarse y la miró a los ojos—. Imagino que lo tuyo es un don.

—Una simple cuestión de tiempo y esfuerzo, como todo lo demás —suponiendo que la soltaría si le daba algo que hacer, Adelia le ofreció unas cuantas semillas—. Suelte unas pocas y después cúbralas con tierra. No las amontone —añadió al ver que él obedecía—. Necesitan espacio para crecer. Ahora tápelas y deje que la naturaleza haga el resto —sonriendo, Adelia se pasó una mano por la mejilla—. Hagamos lo que hagamos, la naturaleza siempre tiene la última palabra, y cualquier granjero sabe que eso es tan cierto aquí como en Irlanda.

—En fin, ahora que las he plantado —concluyó Travis con una sonrisa burlona—, me sentaré aquí para verlas crecer.

—Bueno —dijo ella, ladeando la cabeza y mirándolo muy seria—, también es necesario regarlas. Esas semillas germinan muy pronto, y las flores crecerán antes de que se dé usted cuenta. Quiero poner caléndulas ahí —señaló hacia la hierba, olvidando que aún tenía tierra en la otra mano—. De noche, cuando sople brisa, el aroma entrará por las ventanas.

—¿Sientes nostalgia de tu hogar, Dee? —Travis formuló la pregunta en tono bajo y suave, pero ella giró rápidamente la cabeza, sorprendida.

—Pues... —Encogiéndose de hombros, Adelia volvió a concentrarse en su tarea, incómoda por el hecho de que hubiera leído sus emociones con tanta claridad.

—Es natural —Travis alargó la mano para alzarle la barbilla hasta que sus ojos se encontraron de nuevo—. No resulta fácil dejar atrás lo único que uno ha conocido durante toda su vida.

—No —encogiéndose de hombros nuevamente, Adelia se giró y empezó a plantar más semillas—. Pero así lo decidí, porque era lo que deseaba. Lo que deseo —se corrigió con firmeza—. No puedo decir que haya tenido un solo momento de infelicidad desde que me bajé del avión. Ya no puedo volver, ni sé si volvería aunque pudiera. Ahora tengo una nueva vida —echándose hacia atrás el cabello, le sonrió—. Me gusta esto. La gente, el trabajo, los caballos, la tierra —hizo un amplio gesto para abarcar el entorno—. Tiene usted un hogar muy hermoso, señor Grant; cualquiera sería feliz aquí.

Travis le quitó una mancha de tierra de la mejilla al tiempo que le devolvía la sonrisa.

—Me alegra que lo creas así. Pero también es tu hogar.

—Es usted un hombre generoso, señor Grant —Adelia sostuvo la mirada de Travis, pero, de repente, su sonrisa se tornó dulce y triste—. Pocos hubieran dicho eso de corazón, y le estoy muy agradecida. Pero, para bien o para mal, aquella granja era mía —suspirando, pasó un dedo por la tierra—. Era mía...

* * *

Al día siguiente, cuando Adelia dejó en manos de un mozo de cuadra el purasangre que había estado ejercitando, Trish Collins se acercó a ella con una sonrisa amistosa.

—Hola, Adelia. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, señora. Ah, y buenos días —Adelia contempló la belleza morena de Trish con renovada admiración—. ¿Dónde están los niños esta mañana?

—En la escuela, pero volverán mañana. Están locos por echarle un vistazo al nuevo potro.

—Es precioso.

—Sí, acabo de verlo. Travis me ha dicho que te portaste maravillosamente con la yegua.

Adelia se quedó boquiabierta por un momento, asombrada y desmesuradamente complacida de que Travis la hubiera elogiado.

—Me alegré mucho de poder ayudar, señora. En realidad, Solomy hizo todo el trabajo.

—Llámame Trish —pidió su interlocutora sacudiendo la cabeza—. Eso de «señora» me hace sentir como una vieja gruñona.

—Oh, no, señora, usted no es vieja —se apresuró a decir Adelia, horrorizada.

—Eso me gusta pensar. Travis y yo no cumpliremos los treinta y uno hasta octubre —Trish se rio al ver la expresión perpleja de Adelia.

—De modo que sois mellizos —concluyó Adelia, sintiéndose más aliviada—. Imagino que por eso vi en usted los ojos de su hermano cuando la conocí.

—Sí, nos parecemos mucho. Por eso, precisamente, no dejo de decirle lo guapo que es — Trish sonrió al oír la risa ligera y armoniosa de Adelia—. ¿Te estoy entreteniendo? ¿Tienes mucho trabajo?

—No, señora —al ver que Trish enarcaba una ceja, se corrigió—: No, Trish. Iba a tomarme un descanso y preparar una taza de té. ¿Te apetece acompañarme?

—Sí, gracias.

Se detuvieron al llegar a lo alto de las escaleras de la casa, y Adelia se agachó para recoger una caja blanca, de forma alargada y estrecha.

—¿Qué será esto?

—Yo diría que son flores —aventuró Trish señalando el rótulo con el nombre de una floristería local.

—¿Por qué las habrán dejado aquí? —Adelia arrugó la frente mientras entraban—. Deben de haberse equivocado de dirección.

—¿Por qué no la abres y sales de dudas? —sugirió Trish—. Puesto que tu nombre figura en la caja, puede que sean para ti.

Los rizos castaños de Adelia se agitaron conforme movía la cabeza y emitía una risita nerviosa.

—Pero ¿quién ha podido enviarme flores? —Tras soltar la caja encima de una mesa, retiró la tapa y emitió un suave grito de placer—. ¡Oh, fíjate! ¿Has visto qué preciosidad? —La caja estaba llena de rosas rojas, cuyos pétalos medio cerrados acarició Adelia con sus temblorosos dedos, encontrándolos suaves como el terciopelo. Tomó una rosa y se la acercó a la nariz—. Ah —inhaló la fragancia y luego se la pasó a Trish—. Un aroma celestial —a continuación, encogiéndose de hombros, volvió a concentrarse en una cuestión más pragmática—. ¿Para quién serán?

—Tienen que traer alguna tarjeta.

Una vez que hubo localizado la pequeña nota, Adelia la leyó en silencio. Sus ojos verdes se agrandaron conforme la leía por segunda vez. Seguidamente retiró la mirada de la nota para encontrarse con unos ojos que la observaban con abierta curiosidad.

—Son para mí —dijo con voz incrédula mientras le pasaba a Trish la tarjeta—. Tu hermano las ha enviado para agradecerme que ayudara a Solomy.

—«Dee, gracias por tu ayuda en el alumbramiento del nuevo potro. Travis». —Trish la leyó en voz alta y añadió entre dientes—: Sabes ponerte poético cuando quieres, hermanito.

—Nunca, en toda mi vida —murmuró Adelia al tiempo que acariciaba un pétalo—, me habían regalado flores.

Trish la miró rápidamente, reparando en el brillo de sus ojos y en el asombrado placer que suavizaba sus facciones.

Reprimiendo las lágrimas, Adelia dijo suspirando:

—Ha sido un detalle muy hermoso por parte de tu hermano. Tenía un rosal en mi casa... De rosas rojas, como estas. Lo plantó mi madre —sonrió, sintiéndose increíblemente dichosa.

Más tarde, regresaron juntas a los establos. Conforme se acercaban, Travis y Paddy salieron del edificio, y el irlandés las saludó a ambas con una amplia sonrisa.

—Travis, hemos muerto y estamos en el cielo. Porque mira qué dos ángeles han venido a recibirnos.

—Tío Paddy —Adelia le pellizcó la mejilla—. Vivir en América no ha disminuido tu talento para los halagos —a continuación, volviéndose hacia el hombre que se alzaba sobre todos ellos, lo obsequió con la sonrisa pura y sincera de un niño—. Quiero darle las gracias por las flores, señor Grant. Son preciosas.

—Me alegro de que te hayan gustado —respondió él, disfrutando con su sonrisa—. Es poca cosa, después de lo que hiciste.

—Y hay algo más para ti, pequeña Dee —Paddy se metió la mano en el bolsillo y sacó un talón—. El salario de tu primera semana de trabajo.

—Oh —exclamó Adelia sonriendo—. Es la primera vez que recibo dinero por trabajar —miró el cheque y frunció el ceño, confusa. Travis arqueó las cejas, encontrando divertida su expresión.

—¿Ocurre algo, Adelia?

—Sí... no. Yo... —respondió ella atropelladamente, antes de mirar a Paddy.

—Te preguntas cuánto es en libras, ¿eh? —concluyó él, sonriendo.

—Me parece que no he hecho bien el cálculo —contestó Adelia, azorada ante la mirada de Travis.

Con una risita, él hizo mentalmente una rápida operación aritmética y le dijo el resultado. La confusión de Adelia se tornó en asombro, y luego en terror.

—Pero ¿para qué quiero yo tanto dinero?

—Es la primera vez que oigo a alguien quejarse por cobrar demasiado —comentó Travis, y recibió una mirada hosca por parte de Adelia.

—Toma —dijo ella al tiempo que le entregaba el cheque a su tío—. Quédatelo.

—Pero ¿por qué, Dee? Es tu dinero. Te lo has ganado.

—Nunca en mi vida he tenido tanto dinero junto —Adelia le dirigió una mirada suplicante—. ¿Qué voy a hacer con él?

—Puedes ir de paseo y comprarte algunos trapitos de esos que llevan las mujeres —sugirió Paddy vagamente, agitando la mano, y luego devolvió el cheque a su sobrina—. Regálate algo. Dios sabe que ya va siendo hora.

—Pero, tío Paddy...

—¿Por qué no te compras un vestido, Dee? —terció Travis con una sonrisa pícaro—. Tengo curiosidad por ver si hay unas piernas debajo de esos vaqueros.

Adelia alzó bruscamente la cabeza y lo miró con un brillo peligroso en los ojos.

—Sí que tengo piernas, señor Grant. Y me han dicho, en alguna que otra ocasión, que no es ningún martirio mirarlas. Pero usted no tiene por qué preocuparse; no necesito vestidos para cuidar de sus caballos.

La sonrisa de Travis se ensanchó. Encogiéndose de hombros con despreocupación, dijo:

—No es problema mío que te confundan con un muchacho.

La ira de Adelia se intensificó, y sus ojos despidieron afiladas dagas verdes.

—Solo una persona ha cometido esa equivocación. Un bruto maleducado y de mal genio, sin ningún cerebro en su cabeza de chorlito.

—Creo que ir de compras es una idea maravillosa —terció Trish, decidida a apaciguar los ánimos—. De hecho, Travis —sonrió y movió las pestañas—, Dee se tomará el resto del día libre.

—Ah, ¿en serio? —repuso él sarcásticamente, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Sí, en serio. Vamos, Dee.

—Pero aún no he terminado de...

Trish tomó a Adelia del brazo, a pesar de sus protestas, y la condujo hasta un descapotable último modelo. Antes de darse cuenta, Adelia tenía una cuenta en un banco de la localidad, un talonario y más dinero en metálico del que su temeroso cerebro podía abarcar.

—Ahora... —Trish dio marcha atrás con el descapotable para abandonar el aparcamiento—, iremos de compras.

—Pero ¿qué voy a comprar? —Adelia se quedó mirándola, completamente consternada.

Tras detenerse en un semáforo, Trish se giró hacia su ansioso rostro.

—¿Cuándo fue la última vez que te compraste algo por puro placer? ¿Alguna vez te has comprado algo porque lo quisieras, no simplemente porque lo necesitaras? —Al cambiar el semáforo, se incorporó al tráfico, suspirando ante la expresión perpleja de Adelia—. Entiéndeme, no quiero decir que haya que tirar el dinero. Pero ya va siendo hora de que te permitas algún capricho —mirando de soslayo el ceño de Adelia, movió la cabeza y sonrió—. Puedes relajarte, Dee. Tomarte el día libre y comprarte alguna tontería. Extender las alas y darte un respiro. El cielo no va a derrumbarse porque Adelia Cunnane se divierta un poco.

Nadie se sorprendió más que la propia Adelia cuando, efectivamente, descubrió que se estaba divirtiendo. El enorme centro comercial le resultó fascinante, con su multitud de tiendas especializadas y de grandes almacenes. Vio más ropa de la que había contemplado jamás, de colores y tejidos suaves que miró y tocó con franca admiración.

Mientras tanto, Trish examinaba los vestidos con un gran ojo crítico, yendo de perchero en perchero, descartando docenas de trajes, faldas y blusas. Tras entrar en un vestidor, Adelia se quedó mirando las prendas que Trish había colocado para ella en una percha. Luego, respirando hondo, se despojó de la camisa y los vaqueros y se puso un suave vestido de tonos verdes claros.

El sedoso tejido le produjo una sensación extraña y maravillosa en la piel, ajustándose a sus suaves curvas. Adelia miró boquiabierta a la desconocida del espejo, llevándose la mano al cuello para asegurarse de que seguía siendo la misma persona.

—Dee —llamó Trish desde el otro lado de la cortina—, ¿te has puesto ya alguno?

—Sí —respondió ella lentamente, y Trish retiró la cortina, sonriendo triunfante al verla reflejada en el enorme espejo.

—Supe que ese vestido era para ti nada más verlo.

—No parezco yo —murmuró Adelia, girándose para mirar a Trish—. Es precioso. Pero ¿para qué quiero yo un vestido tan elegante? Trabajo en un establo, con caballos...

—Dee —la interrumpió Trish con firmeza—, sea cual sea tu trabajo, sigues siendo un ser humano. Una mujer, y excepcionalmente hermosa.

Los ojos de Adelia se abrieron como platos. Abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera articular palabra alguna, Trish la agarró por los hombros e hizo que se girara hacia el espejo.

—Mírate —le ordenó con absoluta seriedad, y luego suavizó su tono—. Habrá ocasiones en las que desearás ser simplemente una mujer. Este vestido es para una de esas ocasiones. Ahora... —añadió con pragmática autoridad, soltándola—, pruébate otro.

Durante el resto de la tarde, Adelia permitió que Trish llevara la voz cantante. Por primera vez en más de una década, dejó que otra persona tomara las decisiones, y descubrió que se lo estaba pasando bien. Hicieron un alto en una tienda de cosméticos, y Trish empezó a probar perfumes y colonias hasta que Adelia emitió un gruñido de protesta.

—Esta —Trish seleccionó uno de los frascos que había probado—. Suave y delicado, con un toque de carácter —tras pagar la colonia, le pasó el paquete a Adelia—. Un regalo.

—¡Oh, pero no puedo aceptarlo!

—Claro que puedes. Las amigas disfrutan haciéndose regalos. Bueno, ese maravilloso cutis tuyo no necesita nada para estar bello, pero creo que daremos un poco de sombra a tus ojos. Y te pondremos algo de carmín —se interrumpió y soltó una carcajada—. Te estoy atosigando, ¿verdad?

—Pues sí —afirmó Adelia, sintiéndose atrapada en un torbellino y descubriendo que le gustaba.

—Bueno, lo necesitabas —aseguró Trish tajantemente—. ¿Hay algo más que necesites?

Tras un momento de vacilación, Adelia se apresuró a responder:

—Algo para las manos. Tu hermano dijo que mis manos parecen las de un minero.

—¡Ese hombre! —exclamó Trish disgustada—. Es el colmo del tacto y la diplomacia.

—¡Hola, Trish!

Girándose, Adelia atisbó un relámpago en forma de cabello rubio platino antes de que Trish se viera envuelta en un exagerado abrazo.

—Cuánto me alegro de verte, cariño —dijo la rubia con voz gorjeante y chillona—. Hacía semanas.

—Hola, Laura —con una afectuosa sonrisa, Trish se desenredó del abrazo—. Yo también celebro verte. Laura Bowers... Adelia Cunnane.

—¿Cómo está usted, señorita Bowers?

Tras devolver el saludo con un destello de sus blancos e impecables dientes, Laura volvió a centrar su atención en Trish.

—¿Cómo está ese fabuloso hermano tuyo, cariño?

—Pues tan fabuloso como siempre —respondió Trish, dirigiendo a Adelia una rápida y traviesa sonrisa.

—No me digas que no echa de menos a Margot —Laura suspiró y agitó sus largas pestañas—. Esperaba poder ofrecerle algo de consuelo. ¿No ha derramado ni una lagrimita que yo pueda secarle?

—Parece llevarlo bastante bien —contestó Trish. Ante su inesperado tono sarcástico, Adelia la miró sorprendida.

—En fin, aunque no necesite consuelo —prosiguió Laura, haciendo caso omiso del tono de Trish—, al menos está libre, por así decirlo. Si la querida Margot se pasó de la raya largándose a Europa, no me importaría nada ocupar su puesto. ¿Has tenido noticias de ella últimamente?

—Nada.

—Bueno. Supongo, entonces, que la falta de noticias constituye una buena señal —Laura le guiñó un ojo y agitó sus brillantes rizos—. Es un hombre tan apuesto. ¿Conoces a Travis, Adelaida?

—Adelia —corrigió Trish antes de que la propia Adelia pudiera responder—, y sí, Dee conoce a Travis muy bien.

—Un hombre encantador —gorjeó Laura—. Ahora que Margot ha desaparecido del mapa, al menos temporalmente, tendré que llamarlo. Díselo, ¿quieres? —Tras agitar nuevamente la melena, le dio a Trish dos besos fugaces en sendas mejillas—. Lo lamento mucho, cariño, pero tengo que irme corriendo. No olvides darle a Travis recuerdos de mi parte. Mucho gusto en conocerte, Amanda.

Adelia abrió la boca, pero volvió a cerrarla cuando Laura desapareció seguida de una nube de perfume.

—Lo siento, Amanda —Trish sonrió cínicamente y le dio una palmadita en la mejilla—. Laura es muy dulce, y buena en el fondo, pero tiene muy pocas luces.

—Tiene un cabello precioso. Nunca había visto antes ese color. Debe de estar muy orgullosa.

Trish se carcajeó hasta que se vio obligada a enjugarse las lágrimas. Adelia la miró, perpleja.

—¡Ay, Dee, te adoro! Ven, compraremos esa crema para las manos. Luego te invitaré a una taza de café.

Esperando pacientemente mientras su guía sopesaba los pros y los contras de diversas lociones, Adelia reflexionó sobre la conversación de Laura Bowers. Margot, recordó, mordisqueándose inconscientemente el labio inferior. ¿Quién era la tal Margot, y qué suponía para Travis? Por un momento, combatió el impulso de preguntárselo a Trish, y finalmente decidió guardar silencio al respecto. Quizá Travis estaba enamorado de ella. Tal pensamiento le provocó un dolor tan súbito y agudo, que estuvo a punto de jadear en voz alta. Pero seguramente no la amaba, se dijo. Si Travis Grant amara a una mujer, no la dejaría escapar nunca. Viajaría hasta los confines de la Tierra hasta dar con ella. A menos, claro, que dicha mujer le hubiese dado calabazas. Su orgullo jamás le permitiría perseguir a alguien que lo hubiera rechazado. Pero ¿quién rechazaría a un hombre así?

«No es asunto mío», pensó ferozmente, tratando de concentrarse en la descripción detallada que estaba haciendo Trish de las diferentes lociones.

Finalmente, Trish quedó satisfecha. Adelia estaba adecuadamente vestida y tenía todos los cosméticos que su amiga consideraba necesarios. Cargadas de paquetes, ambas se dirigieron de vuelta hacia el coche. Por una vez, Adelia se sumió en el silencio. Permaneció sentada, muy recta, en el asiento del pasajero, mientras Trish recorría velozmente las carreteras sinuosas de la comarca. Estaba, incluso, demasiado excitada como para disfrutar con el panorama de las ondulantes colinas y de los caballos que pacían en las praderas, suavemente recortados sobre el sol poniente de la tarde.

Paddy abrió la puerta de la casa cuando Adelia llegó con sus nuevos tesoros.

—Pequeña Dee, pareces tan feliz como la primera vez que recorriste el circuito con Majesty —dijo él contemplando su semblante alegre y sonrosado.

—Ha sido una experiencia casi igual de emocionante, tío Paddy —Adelia se echó a reír y traspuso la puerta—. Nunca había visto tanta ropa, tanta gente. ¿Sabes? Creo que en América todo el mundo tiene prisa... Nada parece moverse despacio. Trish me llevó a un sitio asombroso... Un edificio enorme lleno de tiendas. Y hasta había fuentes dentro —con un suspiro, se encogió de hombros y sonrió—. Sé que debería sentirme avergonzada por despilfarrar así el dinero, pero me lo he pasado muy bien.

—Ya era hora, pequeña, ya era hora —Paddy le dio un beso en la mejilla mientras entraban en la sala de estar.

—Bueno, Paddy, ya ha perdido la inocencia —Travis se levantó de un sillón y sonrió cínicamente a Adelia y sus paquetes—. Trish la ha corrompido. No debí dejar que mi hermana se apoderara de ella.

—Su hermana es una mujer maravillosa, señor Grant —Adelia echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Es generosa y dulce, y mucho más educada que otras personas que yo me sé.

Él arqueó las cejas y miró de soslayo a Paddy, mientras este se esforzaba por no echarse a reír.

—Parece que Trish tiene una defensora, a la que prefiero no desafiar —clavó la mirada en el rostro airado de Adelia—. Al menos —añadió con una sonrisa lenta y enigmática—, en el día de hoy...

Capítulo 4

El domingo amaneció soleado e intempestivamente cálido. Los árboles ya se habían cubierto de hojas, y el aire transportaba el aroma dulce de las flores conforme la primavera se acercaba a su ecuador. Adelia cantaba alegremente mientras cepillaba a Fortune, un robusto potro de tres años, que escuchaba con aprobación su voz acariciadora.

—¡Dee! ¡Dee! —Adelia se giró para ver a Mark y a Mike, que acababan de entrar en los establos—. Nuestra madre ha dicho que podíamos venir a visitarte, y a ver el nuevo potro.

—Buenos días, caballeros; me complace mucho que acudan a visitarme.

—¿Nos enseñarás el potrillo? —pidió Mike, y ella sonrió ante su entusiasmo.

—Naturalmente que sí, señorito Michael. En cuanto haya terminado con mi amigo. Bueno —Adelia soltó el cepillo y metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros—. ¿Dónde he puesto el punzón? —Tenía los bolsillos vacíos, y empezó a buscar en el suelo, arrugando la frente—. Ha sido obra de esos diablillos.

—Nosotros no lo tenemos —protestó Mark.

—La gente siempre culpa a los niños de todo —se quejó Mike indignado.

—Ah, pero yo no estoy hablando de los niños —corrigió Adelia—. Sino de los duendes.

—¿Los duendes? —Preguntaron a coro los gemelos—. ¿Qué es un duende?

—¿Me estáis diciendo que nunca habéis oído hablar de los duendes? —preguntó Adelia asombrada. Los niños movieron sus idénticas cabezas, y ella cruzó los brazos sobre el pecho—. Pues vuestra educación deja mucho que desear, chavales. Es una lástima que no sepáis nada de los duendecillos.

—Cuéntanos quiénes son, Dee —pidieron los niños, tirándole de las manos con entusiasmo.

—Muy bien —Adelia se incorporó para sentarse en un banco cercano, mientras los gemelos se acomodaban en el suelo, a sus pies—. Los duendecillos son tipos extraños, hijos de un espíritu malvado y de un hada caída en desgracia. Son traviosos por naturaleza. Solo llegan a medir algo menos de un metro, y eso cuando se hacen adultos. Algunos dicen que les gusta cabalgar sobre las cabras y las ovejas. Si el ganado amanece cansado por la mañana, es porque los duendecillos han estado haciendo de las suyas durante la noche, y han utilizado a los animales para viajar, en lugar de hacerlo a pie. Son muy perezosos cuando quieren.

»También les encanta hacer travesuras en las casas. Los duendecillos suelen hacer que las teteras hiervan hasta rebosar sobre el hornillo, si les apetece; o roban el tocino frito o vuelcan los muebles por pura afición al alboroto. Otras veces, se beben las botellas de leche o de aguardiente, y las llenan de agua.

»Ahora bien —prosiguió Adelia, con ojos rebosantes de excitación mientras los pequeños absorbían cada palabra—, atrapar a un duendecillo dará buena suerte a aquella persona lo bastante lista como para capturarlo. Uno solo puede atraparlos cuando están sentados, y nunca se sientan a menos que tengan que remendar sus zapatos. Siempre están correteando de un lugar a otro, de modo que acaban desgastándolos, y cuando notan la dureza del suelo con los pies, se sientan detrás de un seto o de un macizo de hierba alta, y remiendan sus zapatos. Entonces —bajó el tono de voz y prosiguió con un dramático susurro. Las dos cabecitas se inclinaron hacia adelante—, te arrastras hasta ellos, silencioso como un gato, y los sujetas con fuerza entre tus brazos —Adelia rodeó rápidamente con los brazos a un duende imaginario y gritó—: “Dame tu oro”, les dices. “No tengo ningún oro”, contestan ellos.

Tras liberar a su cautivo invisible, sonrió a los gemelos con picardía.

—La verdad es que tienen oro a toneladas, y los duendecillos pueden decirte dónde está escondido, pero para ello hay que obligarlos. Hay quienes tratan de estrangularlos o de amenazarlos, pero, hagas lo que hagas, nunca debes quitarles los ojos de encima. Si lo haces, desaparecerá en un santiamén y no volverás a verlo nunca. Esos diablillos astutos tienen muchos trucos para escapar, e incluso pueden encantar a los pájaros de los árboles si se lo proponen. Pero si te mantienes en tus trece y no apartas los ojos de ellos, podrás hacerte con su oro y serás rico de por vida.

—¿Tú has visto alguna vez un duendecillo, Dee? —inquirió Mark, saltando entusiasmado.

—Por todos los santos, pues creo que sí. Una vez o dos —Adelia asintió sabiamente—. Pero, al acercarme, se desvanecieron a toda velocidad. De manera que... —Saltó del banco y revolvió el cabello de las dos cabecitas—, como no encuentre a uno que haya viajado hasta América, tendré que seguir trabajando para vivir —recogió un punzón del banco—. Y eso haré, antes de que me despidan por perezosa y tenga que mendigar.

—Cosa que nosotros nunca consentiríamos, ¿verdad, chicos?

Adelia se giró, ruborizándose al ver la sonrisa burlona de Travis. Atribuyó a la sorpresa el súbito golpeteo de su corazón, y tuvo que tragar saliva antes de hablar.

—Tiene usted la costumbre de acercarse a los demás a hurtadillas y darles un susto de muerte, señor Grant.

—Quizá te confundí con un duendecillo, Dee —el rictus burlón de Travis resultaba irritante, pero Adelia se negó a morder el anzuelo y se agachó para alzar la pezuña de Fortune.

Travis llevó a los gemelos a visitar al nuevo potrillo, y ella soltó la pata del caballo y observó su ancha espalda conforme se alejaban por el pasillo.

¿Por qué la ponía tan nerviosa?, se preguntó. ¿Por qué el pulso se le aceleraba, a una velocidad semejante a la de Majesty, cuando lo miraba y contemplaba aquellos ojos sorprendentemente azules?

Adelia recostó la mejilla en el cuello de Fortune y suspiró. Había perdido la batalla, admitió. Por mucho que luchara contra sus sentimientos, estaba enamorada de Travis Grant. Aunque era un imposible, pensó. Jamás podría haber nada entre el dueño de Royal Meadows y una insignificante trabajadora como ella.

—Además —susurró al incomprensivo potrillo—, es un bruto arrogante, y creo que no me cae nada bien —oyendo que los niños se acercaban, se agachó rápidamente y alzó otra pezuña para limpiarla.

—Salid afuera, chicos. Quiero hablar un momento con Dee —siguiendo la orden de Travis, los gemelos pasaron rápidamente de largo, parlotando y elogiando al nuevo potro.

Adelia soltó la pata del caballo y se incorporó para enfrentarse a Travis. El color se desvaneció de sus mejillas.

«Maldita sea mi condenada lengua», pensó desesperada. «Tía Lettie me dijo un millón de veces adónde me llevaría mi mal genio».

—¿He... hecho algo indebido, señor Grant? —tartamudeó ligeramente y se mordió el labio, presa de la frustración.

—No, Dee —respondió él, contemplando lentamente su rostro angustiado—. ¿Creías que iba a despedirte? —Su voz era extrañamente amable, y ella sintió un estremecimiento al oír aquel tono tan poco familiar.

—Dijo que me concedía quince días, y aún quedan...

—Ya no es necesario ningún período de prueba —la interrumpió Travis—. He decidido conservarte en la plantilla.

—Oh, gracias, señor Grant —empezó a decir Adelia, inmensamente aliviada—. Le estoy muy agradecida.

—Tienes una manera fantástica de tratar a los caballos. Una especie de extraña empatía —Travis acarició el lomo de Fortune, y luego volvió a clavar los ojos en ella—. No podría quejarme de tu trabajo, aunque quisiera. Con una salvedad: trabajas demasiado. He oído que a veces te dan las diez de la noche en los establos. Eso tiene que acabarse.

—Oh, bueno... —Adelia se giró hacia el banco y, con una intensa concentración, colocó el punzón en su sitio—. Es que...

—Tiene que acabarse, y no discutas —ordenó él, y ella sintió cómo sus manos se posaban en sus hombros—. Pareces dedicar tu tiempo exclusivamente a trabajar y a discutir. Tendremos que hallar otra cosa en la que puedas descargar ese exceso de energía.

—Yo no discuto. Bueno, sí, algunas veces —Adelia se encogió de hombros, deseando poseer el coraje suficiente para volverse y mirarlo a la cara. La decisión se le escapó de las manos cuando él le dio la vuelta y la alzó para sentarla en el banco.

—Algunas veces —convino Travis, y ella encontró desconcertante su sonrisa, así como el hecho de que aún le rodeara la cintura con las manos.

—Señor Grant —empezó a decir, y luego tragó saliva cuando él alzó la mano para quitarle el sombrero, dejando libre su espesa melena castaño rojiza—. Señor Grant, tengo trabajo que hacer.

—Mmm —murmuró Travis con aire ausente, concentrado en los rizos que se enredaban entre sus dedos—. Siempre he sentido debilidad por las mujeres castañas —con una sonrisa aviesa, le tiró firmemente del cabello hasta que su rostro quedó próximo al de él—. Una gran debilidad.

—¿Quiere examinar también mi dentadura? —Buscando una defensa contra la súbita oleada de deseo que la recorría, ella se puso rígida y le lanzó una mirada asesina.

El repentino estallido de risa de Travis hizo que sus ojos centellearan con un fuego verdoso, y forcejeó para bajarse del banco.

—Oh, no —él la retuvo con un mínimo esfuerzo—. A estas alturas, deberías saber que no puedo contenerme cuando empiezas a exhalar fuego.

Reclamó su boca rápidamente, con una mano aún hundida en su cabello, deslizando la otra por debajo de la camisa para acariciar la tersa piel de su espalda. Adelia halló su segundo viaje a

través de la tormenta igual de devastador que el primero y, mientras su voluntad se deshacía ante su fuerza, sus sentidos se agudizaron. El olor a cuero, a animales y a virilidad se alzó para rodearla; un extraño y embriagador aroma que, según comprendió en seguida, siempre asociaría con Travis. Pudo sentir su fuerza mientras él intensificaba la profundidad del beso, apurando cada gota de dulzura de su boca. Poderosos y hambrientos, sus labios abrieron los de ella, inmovilizándole la lengua con la suya, hasta que Adelia se rindió por completo, sometiéndose a él.

Por primera vez, experimentó el dolor y la exigencia de su feminidad, la leve comezón que se generaba en el núcleo de su ser y se extendía hasta abarcarla del todo, hasta que todo dejó de existir, salvo su deseo y el hombre capaz de satisfacerlo.

Oyó un suave jadeo conforme sus labios eran liberados, ignorando que había sido su propia protesta ante aquella súbita liberación, y alzó las pestañas lentamente para revelar unos ojos oscurecidos y obnubilados por el deseo.

—Esto me parece —comentó Travis en tono bajo y perezoso—, un modo mucho más productivo y placentero que discutir.

Adelia observó cómo los ojos de él descendían hasta sus labios, aún cálidos, y notó cómo su mano se cerraba con más fuerza sobre su cabello. Luego fue relajándose lentamente, y una sonrisa bailó en el rostro de Travis conforme la miraba de nuevo a los ojos.

—Parece, asimismo, que es la única manera de cerrarte la boca un rato —le puso otra vez el sombrero al tiempo que le recorría la mejilla con el dedo—. He descubierto que el genio irlandés tiene su lado bueno.

A continuación, se alejó, y Adelia contempló confusa sus largas y gráciles zancadas, llevándose una mano a la mejilla que él había acariciado.

* * *

Dejando de lado un enigma que era incapaz de resolver, pasó el resto del día en un estado de pura euforia. Se quedaba en el rancho. Había encontrado su lugar en aquella inmensa granja de caballos, así como a un tío que la quería y la necesitaba, y un trabajo que era un sueño hecho realidad. Al menos, se dijo dichosa, estaría cerca de Travis, lo vería casi a diario, alimentaría su deseo contemplando su figura alta y poderosa, conversando con él aunque fuese brevemente. Con eso le bastaba, de momento. Por añadidura, nunca se sabía lo que podía deparar el futuro...

Adelia seguía despierta, a pesar de que su tío se había retirado hacía ya rato. Había intentado relajarse con un libro, pero se sentía demasiado inquieta como para sentarse sin hacer nada, de modo que cerró el libro y salió de la casa.

Decidió dar un paseo hasta los establos, haciéndose la promesa de no tocar ni una sola brida y limitarse a contemplar los caballos. La noche era cálida; el cielo se hallaba tachonado de estrellas, tan claras y vívidas que Adelia pensó que, simplemente alargando la mano, podría entresacar una del suave y negro manto. En paz con el mundo, se encaminó hacia el enorme edificio blanco.

Al entrar, encendió una luz para disipar la compacta oscuridad. No había recorrido más de un par de metros cuando le llegó un suave jadeo. Adelia se giró hacia un establo vacío. Dentro yacía

un hombre, desmadejado en el suelo. Ella contuvo el aliento, alarmada.

—¡Dios misericordioso! —Se acercó a toda prisa y se agachó junto a él—. ¿Qué te ha pasado? ¡Oh! —exclamó disgustada al tiempo que se incorporaba, con las manos en las caderas—. Estás borracho, George Johnson. Qué espectáculo tan lamentable. Hueles como una destilería de aguardiente. ¿Cómo se te ocurre emborracharte así y tumbarte en un establo?

—Vaya, si es la preciosa Dee —murmuró George con voz espesa, incorporándose hasta quedar semisentado—. ¿Has venido a visitarme? ¿Quieres compartir mi botella?

Adelia siempre había evitado a aquel mozo de cuadra. Lo había sorprendido mirándola en más de una ocasión, y su impúdica sonrisa la había hecho alejarse de él instintivamente. Ahora, sin embargo, estaba furiosa y disgustada, de modo que no se molestó en ocultar su repugnancia.

—No, no pienso compartir una botella con alguien como tú. No tengo paciencia con los borrachos. Levántate y vete a casa. Aquí no tienes nada que hacer en ese estado.

—¿Ahora das órdenes, pequeña Dee? —George se puso en pie trabajosamente y se encaró con ella—. Eres demasiado buena para beber conmigo, ¿eh? —La recorrió de arriba abajo con sus ojos legañosos, deteniéndose en la curva de sus senos y humedeciéndose los labios—. Quizá no te apetezca beber, cuando podemos hacer cosas mucho más interesantes —la agarró por los hombros y le cubrió la boca con la suya.

El olor acre del *whisky* asaltó los sentidos de Adelia, que en seguida lo apartó de sí.

—¡Cerdo asqueroso! —espetó, furiosa porque la hubiese tocado—. No vuelvas a tocarme, borracho patético. Como me pongas la mano encima otra vez, te enviaré al condado vecino de una patada, serpiente rastrera —siguió insultándolo hasta que él la agarró con tal fuerza, que la voz se le atascó en la garganta.

—Voy a hacer mucho más que tocarte —George le tapó la boca con la mano al tiempo que la empujaba hacia el montón de heno del establo. Ella se resistió con una furia salvaje, pateando y arañando al sentir que sus manos empezaban a lastimarla, conteniendo la sensación de náusea que experimentó cuando los labios de él violaron los suyos. Le rasgó el hombro de la blusa, y el sonido estalló en su oído. La furia dio paso al terror, y Adelia forcejeó aún más violentamente. Le clavó las uñas en los brazos, perforándole la piel. Cuando él alzó la cabeza, maldiciendo lleno de dolor, el grito de Adelia llenó la noche.

Una mano le abofeteó la mejilla, atontándola mientras George volvía a cubrirle la boca. Adelia siguió manoteando cuando la mano libre de él se cerró sobre uno de sus senos. Pero se estaba quedando sin fuerzas, y comprendió que estaba desvalida ante la inminente violación. George había empezado a tirar de sus pantalones, manoseando torpemente los botones a causa de su embriaguez. Debido a la mano que le tapaba la boca, Adelia empezaba a quedarse sin aire, y la vista comenzó a nublársele.

«Por favor, que alguien me ayude», rogó desesperadamente, embargada por una intensa sensación de náusea.

De repente, se vio libre del aplastante peso. Oyó una maldición amortiguada y el golpe sordo de un puñetazo. Avanzando a gatas hasta la puerta del establo, respiró hondo para combatir las náuseas. Travis, se dijo aturdida al distinguir su poderosa figura en la penumbra de los establos.

Golpeaba al otro hombre, menos corpulento, con implacable determinación, derribándolo con puñetazos aplastantes y alzándolo de nuevo por las solapas para volver a arrojarlo al suelo. George no opuso ninguna resistencia; en realidad, no podía, comprendió Adelia una vez despejada

su mente, pues ya estaba inconsciente.

Sin embargo, Travis seguía golpeándolo y levantándolo una y otra vez.

«Lo va a matar», se dijo Adelia al tiempo que se ponía en pie y corría hacia ellos.

—¡No, Travis! ¡Lo matarás! —exclamó agarrando su brazo duro y musculoso—. ¡Por amor de Dios, Travis... vas a matarlo!

Él sacudió el brazo y, por un momento, Adelia temió que la derribase como a una mosca y luego liquidase al hombre que yacía, como un inmóvil bulto, en el suelo de los establos.

Cuando Travis se giró para mirarla, Adelia retrocedió, aterrada por su expresión furibunda. Su rostro parecía esculpido en granito y sus penetrantes ojos se tornaban de un azul acerado conforme la miraban. Ella tembló ante aquella expresión, recia y fuerte, y rezó en silencio por no ser nunca el blanco de aquella furia mortífera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Travis lacónicamente mientras clavaba los ojos en los de Adelia.

—Sí —ella tragó convulsivamente, apartando los ojos de su mirada—. ¡Oh, Travis, tus manos! —Sin pensarlo, las tomó entre las suyas—. Están sangrando; habrá que curártelas. Tengo un ungüento que...

—Maldita sea, Dee —él retiró las manos bruscamente, agarrándola por los hombros y obligándola a echar la cabeza hacia atrás para mirarla de nuevo con gélida rabia. Examinó la blusa rasgada, los cardenales que ya empezaban a aparecer en su blanca piel, el cabello despeinado sobre su pálido rostro—. ¿Te ha hecho mucho daño? —preguntó en voz baja y firme.

Dee luchó por mantener la calma y por no ceder a la histeria que bullía bajo la superficie.

—No... Me asustó, nada más. Solo me golpeó una vez —vio que el semblante de Travis se teñía de color al oírlo, oscuro y lleno de cólera, al tiempo que sus manos le apretaban fuertemente los hombros—. ¿Está vivo? —inquirió Adelia, con voz apenas audible.

Travis exhaló un prolongado suspiro y, tras soltarla, se giró para echar un vistazo a la inerte figura.

—Sí, y es una lástima. Dios sabe que estaría muerto de no haber intervenido tú. La policía se ocupará de él.

—¡No! —El grito de protesta de Adelia atrajo la atención de Travis.

—Adelia... —empezó a decir él lentamente—. Ese hombre ha intentado violarte, ¿no lo comprendes?

—Sé muy bien cuáles eran sus intenciones —Adelia se abrazó a sí misma para controlar los espasmódicos temblores que la asaltaron de pronto—. Pero no podemos avisar a la policía —al ver que Travis se disponía a protestar, añadió rápidamente—: No deseo que tío Paddy se entere de lo ocurrido. Se disgustaría mucho por mi culpa. Me encuentro bien, y no quiero que tío Paddy sufra ¡no, no lo consentiré! —exclamó alzando la voz, y Travis le echó el brazo por los hombros con ternura.

—Está bien, Dee, está bien —la tranquilizó, abrazando con fuerza su temblorosa figura—. Avisaré a un par de hombres para que lo echen de la propiedad —se dispuso a sacarla de los establos—. Vamos, te llevaré a casa.

Adelia sintió que todo empezaba a darle vueltas, al tiempo que un rugiente sonido llenaba su cerebro. La escasa luz de los establos fue menguando hasta que apenas pudo ver nada.

—Travis —dijo con una voz que sonaba extraña y lejana debido al rugido ensordecedor que

saturaba su cabeza—. Lo siento, pero creo que voy a desmayarme —mientras hablaba, la oscuridad se cerró en torno a ella, engulléndola.

Adelia abrió los ojos lenta, cautelosamente. Sentía algo frío y maravilloso en la frente, y alguien le acariciaba la mejilla y pronunciaba su nombre. Suspiró y cerró los ojos de nuevo, disfrutando de la sensación de estar siendo mimada. Luego, volvió a abrirlos para enfocarlos en el entorno.

La habitación estaba iluminada con un resplandor suave. Las paredes eran de rico marfil con paneles de madera oscura. Distinguió un sillón de orejas y una mesa de caoba en la que descansaba la lámpara antigua que llenaba el cuarto de luz. Sus ojos se centraron en el hombre que permanecía arrodillado junto a ella, posándose en el rostro de Travis.

—Estoy en la casa principal —constató, y la expresión preocupada de él dio paso a una divertida sonrisa.

—Ya que prefieres no preguntar el habitual «¿Dónde estoy?»... —Travis le retiró el paño húmedo de la frente y se sentó junto a ella en el enorme sofá—. Nunca he conocido a nadie que anunciara tranquilamente que iba a desmayarse, antes de hacerlo.

—Nunca me había desmayado antes —contestó Adelia, desorientada—. Desde luego, no me gusta nada la sensación.

—Ya tienes mejor color. Jamás había visto una palidez semejante. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —Adelia le sonrió débilmente al tiempo que se incorporaba—. Ha sido una tontería, y... —Se detuvo, de repente, y se llevó la mano a la garganta, comprobando que le faltaba el crucifijo que solía llevar siempre—. Mi crucifijo —tartamudeó, agachando la mirada—. Debí de perderlo en los establos. Tengo que buscarlo.

Travis la sujetó firmemente, impidiendo que se levantara.

—Ahora mismo no estás en condiciones de salir, Dee —empezó a decir, pero ella lo interrumpió y forcejeó para ponerse en pie.

—Tengo que buscarlo. No puedo perderlo —el color había vuelto a desaparecer de sus mejillas, de modo que Travis la obligó a tumbarse de nuevo.

—Por el amor de Dios, Dee, te derrumbarás antes de dar dos pasos.

—Déjame. No puedo perderlo.

Él intentó confortarla con palabras, viéndose impotente contra su creciente histeria. La había visto enfurecida y conmovida, pero nunca desesperada, así que se esforzó en refrenar tanto su genio como el de ella.

—Dee —dijo al punto, sacudiéndola levemente—. Serénate. No es más que un crucifijo.

—Pertenece a mi madre. He de recuperarlo. Es... es lo único que me queda de ella. Lo único que tengo —Adelia había empezado a temblar violentamente, y Travis la atrajo hacia el suave círculo protector de sus brazos, meciéndola para tranquilizarla.

—Yo lo encontraré por ti, no te preocupes. Iré a buscarlo esta misma noche.

Recostada en su fuerte hombro, Adelia se sintió extrañamente dichosa, y tanto el pánico como el acceso de llanto se desvanecieron al instante.

—¿Me lo prometes?

—Sí, Dee, te lo prometo —Travis arrastró la mejilla por el manto sedoso de su cabello, y ella se preguntó qué tendrían los hombres para que su abrazo resultara tan maravilloso. ¿O solo

sucedía con aquel hombre en particular? Suspirando, se permitió otro pensamiento de lujuria mientras permanecía apretada contra él.

—Ya me encuentro bien, señor Grant —dijo, hablándole otra vez de usted y retirándose en la medida en que se lo permitían sus brazos—. Lamento haberme comportado así.

—No tienes que lamentar nada, Dee —Travis alzó la mano para retirarle de la cara los espesos rizos—. Antes me llamaste Travis; y lo prefiero. Me gusta cómo suena mi nombre en tu boca.

Adelia notó cómo su pulso reaccionaba ante aquellas palabras y caricias suaves, hasta el punto de que temió que las venas fueran a estallarle.

—¿Lo... lo dices por mi acento? —Enarcó las cejas burlescamente, para defenderse de la peligrosa intensidad que cobraba la atmósfera en torno a ellos.

—No, no lo digo por tu acento —con su sonrisa, Travis logró arrancarle una a Adelia, pero aquella intimidación inocente no hizo sino incrementar su confusión. Sintió que se ruborizaba y cerró los ojos, con sus párpados semejanado frágiles ventanas.

Travis sonrió ante aquella inesperada timidez, antes de levantarse y dirigirse hacia un pequeño mueble bar situado en el extremo de la habitación.

—Creo que te irá bien una copa antes de volver a tu casa —alzó una jarra de cristal—. ¿Coñac?

—No suelo tomar coñac, pero quizá si tuvieras *whisky* irlandés... —Adelia se incorporó en el sofá, agradecida por la distancia que los separaba.

—Sería un crimen que no lo tuviera, siendo Paddy mi capataz —comentó él al tiempo que vertía un poco de *whisky* en una copa—. Toma —se acercó a ella y se la ofreció—. Te despejará la mente y evitará que vuelvas a caerte de nuevo entre mis brazos.

Adelia tomó la copa y apuró el contenido sin estremecerse siquiera, mientras Travis la observaba con las cejas enarcadas. Luego se quedó mirando la copa vacía y estalló en un torrente de carcajadas.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —Ladeando la cabeza, ella lo miró con suma curiosidad.

—Que una cosita tan pequeña como tú pueda tragarse dos dedos de *whisky* como quien se toma una taza de té.

—Sí, lo llevo en la sangre, imagino. No suelo beber muy a menudo, pero aguanto bien el alcohol... Cosa que no puede decirse de ese mozo de cuadra cerdo y asqueroso —Travis se había vuelto para depositar la copa vacía en el mueble bar, de modo que Adelia no vio cómo se endurecían sus facciones—. Travis... —siguió diciendo ella, titubeando al pronunciar su nombre, y él se volvió, ya más relajado—. Te estoy muy agradecida por lo que has hecho —se levantó y se situó frente a él—. Estoy en deuda contigo, Travis, aunque no sé cómo voy a pagártelo.

Los ojos de él cobraron intensidad por un momento, tornándose pensativos conforme contemplaban el rostro de ella; luego, las facciones de Travis se suavizaron y, sonriendo, le pasó un dedo por la mejilla.

—Quizá un día de estos te reclame la deuda.

* * *

El sol bañaba la mesa de la cocina mientras Adelia retiraba los platos del desayuno. Agradecía que Paddy no hubiera notado nada raro. La noche anterior, al llegar a casa hecha un desastre, había encontrado a su tío profundamente dormido. Por la mañana, Paddy la había saludado con su habitual sonrisa alegre, y ella se la había devuelto, desterrando de su memoria el lamentable suceso ocurrido unas horas antes. Al oír un ruido de pisadas acercándose a la cocina, Adelia cerró la puerta del lavavajillas.

—Ya voy, tío Paddy. Creo que por fin he comprendido la función de todos los botones. Es asombroso cómo... ¡Oh! —se interrumpió al volverse y ver a Travis apoyado en el marco de la puerta—. Buenos días —se retiró el cabello como si, de pronto, todos sus procesos mentales se hubieran detenido.

—¿Cómo estás? —Travis se acercó a ella, examinándola con intensidad.

—Estoy... estoy bien... —tartamudeó Adelia, despreciándose a sí misma. ¿Siempre se comportaría así cuando él apareciera inesperadamente?, se preguntó, y a continuación le dirigió una débil sonrisa. Travis le tomó la barbilla con la mano, y ella permaneció inmóvil mientras él la contemplaba.

—¿Estás segura?

Adelia asintió; luego, dándose cuenta de que había contenido la respiración, exhaló el aire lentamente.

—Sí, de verdad —miró hacia la puerta, y Travis percibió con facilidad su preocupación.

—Paddy ya se ha ido. Le dije que necesitaba hablar contigo un momento —soltándole la barbilla, se metió la mano en el bolsillo y sacó el crucifijo y la cadena.

—¡Oh, lo encontraste! —Adelia alzó la cabeza para mirarlo, iluminando la cocina con una expresión radiante que eclipsaba la luz del mismísimo sol—. Gracias por haberte molestado, Travis. Para mí es muy importante.

—No tienes que agradecerme nada, Dee. Además, no fue ninguna molestia —Travis le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, con un gesto tan tierno que a ella le flaquearon las rodillas—. El cierre se ha roto. Mandaré que lo arreglen.

—No tienes por qué hacerlo. Yo puedo...

—He dicho que mandaré que lo arreglen —la voz de Travis era firme, y Adelia frunció el ceño ante la ira subyacente de su tono. Exhalando un fuerte suspiro, él volvió a guardarse el crucifijo en el bolsillo y, a continuación, enmarcó el rostro de ella entre sus manos—. Adelia, yo soy el responsable de lo que sucedió anoche. No, no empieces a discutir —ordenó al ver que ella abría la boca para contradecirlo—. Lo que te ocurra... a ti, y a cualquiera que trabaje para mí —corrigió—, es responsabilidad mía. Te he dicho que encontré el crucifijo para que no te preocuparas. Y te lo devolveré lo antes posible, cuando la cadena esté arreglada.

—Está bien —murmuró Adelia, sintiéndose bañada por oleadas de puro placer mientras las manos de Travis enmarcaban su rostro como si fuera algo frágil y delicado.

Él sonrió al tiempo que le pasaba el pulgar por los labios con una suavidad casi atormentadora.

—A veces, Dee, puedes ser sorprendentemente dócil. Pero luego, cuando creo haberte domado, empiezas a dar brincos otra vez.

Retirándose, Adelia enderezó los hombros.

—No soy una yegua que se deje gobernar por una rienda.

La sonrisa de Travis se transformó en un rictus burlón. Le revolvió el cabello antes de tomarla de la mano para salir de la cocina.

—Quizá descubras que eso depende de quién sostenga la rienda.

* * *

Los días transcurrieron con lentitud para Adelia mientras los dos hombres de su vida se hallaban temporalmente ausentes. Paddy había acompañado a Majesty a Florida, donde el caballo competiría en breve. Adelia descubrió que, pese a ser alguien que siempre se había considerado autosuficiente, las noches se le hacían mucho más largas sin la compañía de su tío. La casa parecía más grande, vacía y silenciosa.

A solas, por la noche, reflexionó sobre lo fácilmente que una persona podía entregar su corazón a otra. En menos tiempo del que tardaba la luna llena en hacerse menguante, se había visto invadida por el amor, quedando totalmente vulnerable. Amor hacia Paddy, acompañado de una cálida y dulce sensación de pertenencia. Y amor hacia Travis, acompañado de una necesidad creciente y casi dolorosa.

Adelia encendió la chimenea, a pesar de la benevolencia del aire primaveral que entraba por las ventanas abiertas, y se acurrucó delante del fuego, con la cabeza recostada en el brazo del sillón.

Paddy regresaría al día siguiente, y saberlo la consolaba, pues con él presente no pasaría tantas horas a solas con sus pensamientos. Travis no abandonaba su mente ni su corazón, y verlo a diario le producía tanto tormento como placer.

A medida que el fuego iba menguando en el hogar, Adelia pensó en Travis, y cerró los ojos para esconder sus sueños, con el cabello cayéndole como un manto sobre la mejilla.

—Dee.

Adelia se agitó en el reino crepuscular de los sueños, suspirando mientras una mano le acariciaba la mejilla.

—Despierta, Dee.

Alzó los párpados poco a poco, y sus ojos, aún empañados por la neblina del sueño, se centraron en Travis. Levantó la mano para acariciarle la mejilla antes de que la fantasía se desvaneciera por completo.

—Oh —dejando caer la mano, trató de incorporarse al tiempo que se retiraba el cabello de la cara—. Travis —notó que un nuevo rubor teñía sus mejillas, y se cerró aún más el cuello de la bata azul—. He debido de quedarme dormida.

—De haber sabido que te sentías cómoda en esa postura tan complicada, te hubiera dejado dormir —sonriendo, Travis se puso en pie y se sentó en el brazo del sillón, donde descansaba la mejilla de ella.

Desesperadamente consciente de su presencia, Adelia se retiró cuanto pudo, con las manos entrelazadas en el regazo.

—Estaba pensando que tío Paddy vuelve mañana —explicó con una sinceridad parcial.

—Sí, me hubiera gustado acompañarlo, pero no podía ausentarme del rancho —Travis le colocó un dedo en la barbilla y la alzó. El brillo moribundo del fuego bailaba en su cabello—. Lo has echado de menos.

—Sí —la sonrisa de Adelia se ensanchó, mientras sus ojos ascendían hasta el rostro de él—. Y a Majesty —la sonrisa de Travis respondió a la suya propia, en un prolongado instante, y Adelia sintió la necesidad de romper aquel contacto—. Lamento que Majesty no ganara la carrera —se alisó con la mano la falda de la bata.

—¿Mmm? —Los dedos de Travis exploraban los destellos que el resplandor del fuego producía en su cabello, y ella volvió a repetir el comentario casi atropelladamente.

—Oh, bueno, pero quedó en un buen lugar. Ganar lleva su tiempo, Dee —con una risotada, Travis le revolvió el pelo—. Tiempo, paciencia y estrategia... Mira, tengo una cosa para ti —se metió la mano en el bolsillo y sacó el crucifijo—. No he tenido oportunidad de dártelo antes.

—Oh, Travis, gracias —Adelia alzó el rostro y sonrió—. Significa mucho para mí.

—Lo sé —en lugar de dárselo, Travis abrió el broche y le colocó la cadena alrededor del cuello. La caricia de sus dedos sobre su piel era cálida y suave, y Adelia bajó la mirada, luchando por no temblar—. ¿Te sientes mejor ahora? —inquirió él una vez que hubo cerrado el broche.

Ella asintió, tragando saliva antes de responder.

—Mucho mejor. Gracias, Travis.

Él contempló su cabeza gacha un momento. Luego, tomándola de la mano, la puso en pie.

—Vamos, cierra la puerta cuando yo haya salido y luego vete a la cama. Estás cansada —Travis se dirigió hacia la puerta y se detuvo, con la mano puesta en el pomo—. Pareces una niña —el pelo castaño rojizo de Adelia caía suelto sobre sus hombros, y él volvió a acariciarlo—, y las niñas no se van a la cama sin un beso de buenas noches —añadió suavemente.

Antes de que ella pudiera dar un paso atrás, Travis le rodeó el cuello con el brazo y le acercó la boca a la mejilla, mientras los labios de Adelia se entreabrían con avidez. Su ansia, no obstante, quedó insatisfecha, pues él apenas le acarició con los labios la otra mejilla. Como en un sueño, lo vio darse media vuelta y cerrar suavemente la puerta tras él...

* * *

Con el regreso de Paddy, Royal Meadows se volcó en preparar a Majesty para la competición de Bluegrass. Se trataba de un preliminar para la carrera más prestigiosa del país, el Derby de Kentucky.

El historial de Majesty era impresionante, y su buena actuación en Florida había hecho que se depositaran grandes esperanzas en su siguiente aventura en los circuitos de carreras.

Adelia se apoyó en la valla que circundaba la pista, descansando la barbilla sobre sus brazos cruzados, mientras Steve Parker, el joven jinete, cabalgaba con Majesty alrededor del enorme circuito circular. Adelia había simpatizado de inmediato con aquel hombre menudo, estableciéndose entre ambos un vínculo nacido del amor que profesaban por los caballos. Observó sus avances por la pista, disfrutando de su fluida armonía.

Tras pulsar el botón del cronómetro, Paddy emitió un fuerte grito de aprobación antes de

pasárselo a Travis.

—Como corra así en Kentucky, ganará por más de cinco cuerpos. Toma las curvas con la suavidad de un amante.

—Sí, y corre por el puro placer de hacerlo —murmuró Adelia, suspirando mientras Steve conducía el caballo hacia ellos con un trote suave.

—Esperemos que le resulte igual de placentero en Kentucky —dijo Travis, y luego se alejó tranquilamente para hablar con el jinete.

—¿Estás excitada por tu primera carrera, Dee? —inquirió Paddy revolviéndole el cabello.

—La verdad es que sí, un poco —respondió Adelia con una sonrisa—. Me pegaré al televisor como una lapa; no podrán despegarme de él ni con una tonelada de dinamita.

—¿Al televisor? —repitió Paddy, formándosele leves arrugas en los ojos conforme los entrecerraba—. ¿Quién ha dicho que tengas que verlo en el televisor? Vendrás con nosotros.

—¿Con vosotros? —Adelia se quedó mirándolo, perpleja.

—Pues claro que sí, Adelia.

Ella se giró al oír la voz de Travis, con sus ojos posándose en su ancho pecho antes de alzarlos para encontrarse con su mirada serena y controlada.

—¿Y por qué voy a acompañaros?

—Porque lo digo yo —respondió él apaciblemente.

—Ah, ¿solamente por eso? —inquirió ella, furiosa por el tono autoritario de su voz—. Bueno, pues si necesitas un mozo de cuadra, hay otros que llevan aquí mucho más tiempo. Stan o Tom se merecen ir más que yo.

—Pero, Adelia —protestó Steve con una amplia sonrisa mientras se acercaba al grupo—, tú eres mucho más guapa que ellos. Prefiero mirarte a ti... Me inspiras.

—¿Te inspiro? —repuso ella, divertida por el piropo—. Estás más loco que una cabra —luego volvió a mirar a Travis, alzando los ojos varios centímetros—. Será mejor que os llevéis a alguno de los muchachos —empezó a decir, pero él la interrumpió, entornando los ojos y tomándole la mano.

—Disculpados un momento —dijo Travis mientras se alejaba a grandes zancadas, arrastrando a Adelia consigo. Cuando por fin se detuvieron, a cierta distancia, ella se giró hacia él con furia.

—¿Se puede saber qué diablos haces, tirando de mí de esa manera? —resolló indignada—. Tienes las piernas mucho más largas que yo, y casi he tenido que correr para seguir tu ritmo —le dirigió una mirada rebosante de ira.

—Prefiero discutir en privado, Adelia —dijo Travis fríamente, mirando su rostro rebelde con firme autoridad—. Yo dirijo Royal Meadows y doy las órdenes —aun a través de su propia rabia, Adelia se dio cuenta de que estaba reprimiendo su genio; con sus ojos duros y directos, se había convertido de pronto en la viva imagen del mando—. No toleraré que cuestiones mis órdenes en privado, y mucho menos en público —sus palabras la molestaron sobre todo porque sabía que tenía razón—. Tendrás que meterte en esa terca cabecita que ya no tomas las decisiones en solitario. Bueno, estábamos hablando de tu presencia en la carrera de Kentucky —siguió diciendo Travis con calma, con el rostro totalmente inexpresivo.

—Ya te he dicho que...

—Y yo te he dicho que vendrás —la interrumpió él imperiosamente.

Los ojos de Adelia centellearon ante la orden. ¿Por qué le habría dado Dios un temperamento tan fuerte?, se preguntó.

—Te entiendes con Majesty mejor que nadie —prosiguió Travis—. Quiero que te ocupes de él —la ira de ella remitió levemente al oír sus palabras, y bajó la mirada, clavándola en el suelo mientras reflexionaba sobre ello—. Vendrás a Kentucky porque me conviene tenerte allí. Y cuando algo me conviene, acostumbro a conseguirlo —su sonrisa se ensanchó, reflejando un cambio de humor, cuando ella volvió a mirarlo encolerizada.

Travis le colocó las manos en la cintura y luego fue subiendo, deteniéndolas junto a sus firmes senos mientras la cólera de Adelia se transformaba en confusión. Lentamente, Travis empezó a acariciarla con los pulgares, en suaves movimientos circulares, y a continuación trazo un perezoso arco sobre las sutiles curvas. Ella entreabrió los labios, pero no halló fuerzas para protestar contra aquella intimidad nueva y desconocida. Su cuerpo solo respondía ante las caricias, anulando su voluntad. Notó que se elevaba sobre el suelo, y alargó automáticamente las manos hasta los hombros de Travis para compensar la pérdida de gravedad.

—Suéltame —la orden emergió de sus labios como un trémulo susurro, y la sonrisa de él se amplió antes de que su boca descendiera sobre ella.

—Dentro de un momento.

Su boca era segura y dominante, y los dedos de Adelia se clavaron en sus hombros mientras la fuerza del beso la confinaba en su prisión. Con una última ráfaga de lucidez, comprendió que jamás podría luchar contra Travis en aquellos términos. Luego, todo se desvaneció en la oscura intensidad del deseo.

—Steve tiene razón —murmuró Travis, mordisqueándole el labio y haciendo que la sangre le hirviera en las venas—. Eres más guapa que Tom o Stan.

Con un último beso, breve e intenso, volvió a dejarla en el suelo y se alejó con indiferente arrogancia, silbando los primeros compases de *Mi rosa silvestre irlandesa*. Adelia se quedó mirándolo, boquiabierta, temblando con una desconcertante mezcla de indignación y de deseo.

Capítulo 5

Adelia se encontró a bordo de un avión por segunda vez en su vida. Aquel avión, sin embargo, era muy distinto del avión de pasajeros en cuya atestada sección de clase turista había sobrevolado el Atlántico. Ahora recorría la breve distancia entre Maryland y Kentucky en el espléndido confort del avión privado de Travis. El talante de Adelia durante aquel segundo vuelo también varió considerablemente del que mantuvo en el primero. Permanecía asomada a la ventanilla, hipnotizada, contemplando con fascinación la topografía del distante oeste de Virginia.

Se fijó en las franjas verdes y ocre, moteadas de pequeñas casas, ciudades diminutas y las líneas grises de las carreteras, serpenteantes y sinuosas, que las conectaban. Vio ríos y montañas cubiertas de pinos, cuyos colores aparecían sumamente suaves vistos desde arriba, y se dijo llena de placer que el mundo era sin duda un lugar maravilloso. Absorta en sus nuevos descubrimientos, no se dio cuenta de que Travis se sentaba junto a ella.

—¿Estás disfrutando de las vistas, Dee? —preguntó al cabo del rato, sonriendo al ver cómo pegaba la frente al cristal, como un niño asomado al escaparate de una pastelería...

Ella se sobresaltó al oír su voz y giró la cabeza para mirarlo, retirándose de la cara los rizos castaños.

—Por Dios bendito, siempre me pillas desprevenida. Te mueves como el viento a través de los sauces.

—Lo siento. Practicaré para hacer más ruido —Travis esbozó una sonrisa burlona y se removió en el asiento para mirarla más directamente—. Yo he pensado a menudo que tú te mueves como una de esas hadas irlandesas tan famosas. O como uno de tus duendecillos.

—Como ambos es imposible. Un duendecillo no es un compañero adecuado para un hada respetable.

—¿Solo para las que no son respetables? —repuso él, divertido con la seriedad de su respuesta.

—Sí, aunque todas tratan de portarse bien, con la esperanza de ser readmitidas en el Paraíso cuando llegue el último día.

—¿Es que las echaron?

—Cuando Satán se rebeló, ellas se mantuvieron al margen de la lucha, prefiriendo no alinearse en ninguno de los bandos hasta vislumbrar el desenlace. No obstante, dado que esa fue su única falta, fueron desterradas a la Tierra en lugar de ser enviadas al infierno con los rebeldes.

—Parece un castigo justo —concluyó Travis asintiendo—. Creo recordar que tienen el terrible poder de transformar a la gente en perros, cerdos o en criaturas igualmente indeseables, aunque

normalmente son proclives a la bondad si se las trata con el debido respeto.

—Así es —convino Adelia—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Paddy se ocupó de rellenar los huecos existentes en mi formación cultural —Travis se inclinó hacia ella, sonriendo, y Adelia se apretó contra el asiento—. Relájate —dijo él un poco molesto—. No voy a comerte —le abrochó el cinturón de seguridad y se retiró de nuevo—. Aterrizaremos dentro de unos minutos.

—¿Tan pronto? —Adelia trató de serenar su tono de voz, fingiendo despreocupación, mientras los latidos del corazón vibraban en sus oídos.

—En efecto —respondió Travis en el mismo tono al tiempo que se abrochaba el cinturón—. Ya llevas un buen rato contemplando el paisaje de Kentucky.

Con asombrosa organización y economía de movimientos, el avión tomó tierra, Majesty fue trasladado al camión de transporte y los viajeros se pusieron en camino hacia Churchill Downs.

La impresión que tuvo Adelia de Louisville fue algo vaga. Su mente se hallaba en la trasera del camión, con Majesty. Le preocupaba que pudiera sentirse aterrado o confuso por el paisaje desconocido y el largo viaje. Al expresar en voz alta su inquietud, se vio recompensada con una risotada, fuerte y profunda, de Travis. Sin dejar de reír, e ignorando el brillo sombrío de sus ojos, le explicó que Majesty era un viajero curtido y que sobrellevaría bien la situación.

La irritación de Adelia había desaparecido cuando el camión llegó por fin a los inmensos establos de Churchill Downs. De inmediato, Travis confirmó que se habían llevado a cabo las gestiones necesarias para alojar en ellos a Majesty.

Travis Grant era muy conocido y respetado en los círculos de las carreras de caballos. Adelia reparó en cómo lo saludaban afectuosamente los hombres y mujeres que merodeaban por la zona de los establos. Travis destacaba por encima del grupo, exudando poder y una viril masculinidad que, según observó Adelia con una punzada de celos, era indudablemente apreciada por las mujeres que acudían a saludarlo. Furiosa consigo misma por su debilidad, Adelia se giró hacia Majesty y llevó al lustroso potro hasta el establo.

El tiempo pasó rápidamente mientras atendía las necesidades del caballo, cepillándolo y confortándolo al tiempo que escuchaba la conversación de los presentes. Cuando estaba a punto de terminar la tarea, oyó un fuerte ruido de pasos acercándose y se giró para ver quién causaba el estrépito.

—¿Te parezco lo bastante ruidoso? —Travis le sonrió burlón, con una inesperada expresión infantil.

—Sí —afirmó Adelia al tiempo que asentía con solemnidad—. Ruidoso como una manada de elefantes africanos. Eres un hombre curioso, Travis —comentó, ladeando la cabeza para observarlo.

—¿Sí, Dee? ¿En qué sentido?

—A veces pareces un señor feudal, dando órdenes a diestro y siniestro, y la frialdad de tus ojos podría congelar a cualquiera. En esas ocasiones, me digo que eres un hombre severo. Pero otras veces... —titubeando, Adelia se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia Majesty.

—No te pares —deliberadamente, Travis la obligó a volverse, con una leve sonrisa bailando en su rostro—. Me has intrigado.

Adelia empezó a sentirse incómoda y deseó, de todo corazón, haber aprendido a pensar antes de hablar. Pero Travis pasó por alto su expresión azorada y mantuvo las manos sobre sus

hombros, con suavidad y firmeza, para exigirle una explicación más detallada.

—A veces... te he visto charlando y riéndote con los muchachos, o llevando a caballito a uno de los gemelos y me he dado cuenta de cómo es tu relación con tío Paddy, y de tu forma de tratar a los caballos. En esas ocasiones, pienso que tienes un lado bueno y amable, y que quizá no seas tan severo, después de todo —Adelia concluyó apresuradamente, casi deseando haber permanecido callada, y se volvió hacia Majesty para dedicarle más atenciones innecesarias con el cepillo.

—Me parece muy interesante —comentó Travis al tiempo que le quitaba el cepillo de la mano para cepillar al caballo él mismo—. Te está mimando demasiado —añadió dirigiéndose a Majesty mientras le pasaba afectuosamente la mano por el lomo—. Es capaz de seguir cepillándote una hora más si se lo permito.

Adelia apartó los ojos de los dedos de Travis conforme acariciaban la lustrosa piel castaña.

—No lo estoy mimando; simplemente le doy amor y cariño. Todos lo necesitamos de vez en cuando.

Travis se giró para mirarla a los ojos durante largos instantes.

—Sí, todos lo necesitamos de vez en cuando.

* * *

Aquella noche, despierta en la habitación del hotel, Adelia se removió en la cama, sin dejar de dar vueltas, hasta que descargó su frustración golpeando la inocente almohada. El amor era, decididamente, incómodo, imprevisible e ingrato. Suspirando, abrazó la almohada que acababa de golpear, resuelta a desterrar unos ojos increíblemente azules de sus sueños.

Al día siguiente, Adelia pudo echar el primer vistazo real a Churchill Downs. Tras sacar a Majesty del establo, se detuvo al llegar al circuito, su acompañante aguardaba con serena indulgencia mientras ella miraba en torno con franco asombro.

El terreno era inmenso. La pista, de unos dos kilómetros, rodeaba un campo de hierba delimitado por vallas y adornado con arbustos y lechos de flores de colores brillantes. Paseando la vista por la enorme longitud de las gradas, se preguntó algo, caprichosamente quién quedaría para ocuparse del mundo exterior cuando el hipódromo estuviera lleno de gente. La parte alta de las gradas estaba techada, según advirtió, y rematada con chapiteles.

—¿Sucede algo, Dee? —Sus observaciones fueron interrumpidas por la pregunta de Travis, y Adelia dio un salto, sorprendida—. Lo siento —dijo él sin molestarse en ocultar su sonrisa—. Se me ha olvidado hacer ruido.

—Debería estar acostumbrada a estas alturas —ella suspiró al tiempo que echaba a andar de nuevo con Majesty—. Qué lugar tan magnífico —trazó un expresivo arco con la mano mientras Travis se situaba junto a ella.

—Es uno de mis favoritos. Sigue conservando prácticamente la misma arquitectura que tenía cuando fue construido, hace unos cien años. Y, como ya sabes, es el circuito más famoso que existe, porque en él se celebra el Derby. Y todo el mundo conoce el Derby. El primer sábado de mayo, esa pista se transforma en oro y el mundo se detiene, pendiente solamente de la carrera —Travis se giró hacia ella con una sonrisa—. Aquí han corrido los mejores caballos desde 1875.

Han corrido y han ganado. No se trata de una carrera típica, sino que en ella se deciden los verdaderos vencedores. El ganador del Derby se convierte en el caballo que hay que batir durante la siguiente temporada; y conservará la magia durante el resto de sus días. Y a este —prosiguió, dándole a Majesty una palmada afectuosa en el lomo— le gusta ganar.

—Sí, es cierto —convino Adelia al tiempo que dirigía una indulgente sonrisa a Majesty—. Y no es tímido con respecto a sus capacidades. Se siente muy seguro de sí mismo. Quiere quitarse de en medio la carrera de Bluegrass para pasar directamente al Derby.

—¿Ah, sí? —Los labios de Travis se curvaron mientras el potro acariciaba con el hocico el hombro de Adelia—. ¿Y tú qué piensas? —Le rozó la mejilla con los dedos, y ella se giró para mirarlo—. ¿También quieres quitarte de en medio la carrera preliminar para zambullirte en el Derby?

—Aún no estoy lista para la primera carrera —Adelia se encogió de hombros, casi tambaleándose cuando Majesty frotó la cabeza contra su espalda—. Es él quien tiene prisa. Pero me gusta este sitio —de nuevo, abarcó la extensión de Churchill Downs con un gesto—. Y celebro saber que no ha cambiado nada en todos estos años —echó a andar ante la insistencia de Majesty—. Nunca creí que llegaría a ver un sitio así.

—Hay otros circuitos que resultan incluso más espectaculares —comentó Travis, siguiendo su fascinada mirada—. En el de Hialeah, en Florida, hay cientos de flamencos rosados en el lago del campo central.

Adelia se detuvo y lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Me gustaría verlo.

—Seguro que lo verás —murmuró él, enredando los dedos entre las puntas de sus largos y sedosos rizos—. Sí, Dee, seguro que lo verás.

* * *

La semana transcurrió con rapidez, cargadas las horas de trabajos y actividades. Adelia dedicaba la mayor parte del tiempo al cuidado de Majesty, hablándole y confortándolo además de cepillarlo y atender sus necesidades más básicas. La mayoría de su tiempo libre lo pasaba con Steve Parker. Solía bromear con él acerca de sus novias u observarlo desde la barandilla mientras el jinete acostumbraba a Majesty a la pista. Otros ratos los pasaba Adelia con Paddy, charlando sobre las cualidades del purasangre y del estilo de los demás caballos que competirían en la carrera eliminatoria.

—El caballo que gane se clasifica automáticamente para correr en el Derby —le informó Paddy al tiempo que examinaba concienzudamente a Majesty, mientras su sobrina lo observaba desde la puerta del establo—. Naturalmente, Travis lo nominó para la carrera en cuanto nació, de la misma manera que ha nominado al potro de Solomy. Sabe distinguir a un ganador. Travis siempre tiene puesto un ojo en el futuro.

—Es muy bueno con los caballos —comentó Adelia. El orgullo y el evidente afecto que reflejaba la voz de Paddy la conmovió—. Se nota que se preocupa por ellos. No solo le importa el dinero que le hacen ganar.

—Sí, se preocupa por ellos —convino Paddy, dándole a Majesty una afectuosa palmadita en el lomo—. Y se opone terminantemente a administrarles analgésicos o drogas, como suelen hacer otros ganaderos. Si uno de sus caballos no está listo para competir, no compite, y se acabó. Desde luego, el dinero no supone ningún problema para Travis, pero, aunque así fuera, actuaría del mismo modo. Él es así. Ahora bien, también tiene su lado pragmático —salió del establo para reunirse con Adelia y le echó un brazo por encima de los hombros—. Es muy inteligente a la hora de invertir. Sabe cómo rentabilizar al máximo la venta de un potro. Y es muy generoso —añadió Paddy al tiempo que asentía sabiamente—. Travis se cuida de los suyos —dándole un apretón en el hombro, Paddy la condujo al soleado exterior.

Adelia permaneció en silencio, pensando en aquel nuevo aspecto del hombre al que amaba.

El cielo amaneció encapotado el día en que había de celebrarse la carrera de Bluegrass. El aire estaba cargado. Unas plumizas nubes grises formaban un espeso manto en lo alto. Adelia notaba una sensación de tensión que se generaba en su frente y se extendía por el resto de su cuerpo, hasta los pies. La quietud del aire pesaba como una piedra sobre su nuca. Para apartar sus pensamientos de la inminente carrera, decidió mantener ocupadas tanto las manos como la mente. Al levantar la mirada vio que Travis entraba en los establos. Sonrió conforme se acercaba.

—Me da la sensación de que, si pudieras, te pondrías el uniforme y lo montarías en la carrera.

—En realidad —empezó a decir ella, hallando consuelo en la calidez de su sonrisa—, es que así me sentiría menos aterrada. Pero no creo que Steve lo consintiera.

—No —la sílaba estuvo acompañada de un lento y grave gesto de asentimiento—. No lo consentiría. Sube a las gradas conmigo. Paddy se ocupará de todo a partir de ahora.

—Oh, pero... —La objeción de Adelia se vio interrumpida cuando Travis la agarró por el brazo y la llevó hasta la puerta—. ¡Espera! —gritó ella, girándose y corriendo hacia Majesty. A continuación, rodeándole el cuerpo con los brazos, le susurró algo en la oreja.

Cuando volvió a reunirse con Travis, él se quedó mirándola, divertido y francamente intrigado.

—¿Qué le has dicho?

Adelia le dirigió una misteriosa sonrisa en respuesta. Mientras se aproximaban a las gradas, se introdujo la mano en el bolsillo trasero y sacó unos cuantos billetes.

—¿Quieres hacer una apuesta por mí? Yo no sé cómo hacerlo.

—¿Una apuesta? —repitió él, mirando los dos dólares que acababa de ponerle en la mano—. ¿Por cuál quieres apostar?

—Por Majesty, naturalmente —Adelia frunció el ceño ante la pregunta, pero su semblante se animó cuando recordó algunas expresiones que había oído decir en los establos—. Dos del ala... por el ganador.

Travis tuvo el detalle de conservar una expresión grave.

—Comprendo... Muy bien. Sus puntos de ventaja son de quince a uno —echó un vistazo a los dos arrugados dólares—. Puedes embolsarte una pequeña fortuna si gana la carrera.

—No es por el dinero —dijo ella exhalando aire con impaciencia—. Es por la suerte.

—Ah, ya entiendo —contestó él asintiendo solemnemente, antes de que se le escapara una sonrisa—. No hay que menospreciar la suerte irlandesa.

Aunque ella hizo una mueca feroz, Travis le pasó el brazo por encima de los hombros y la condujo hasta la ventanilla de las apuestas.

Poco después, Adelia se hallaba de pie junto a Travis, mirando boquiabierta las masas de gente que atestaban las gradas. El enorme estadio tenía cabida para ciento veinticinco mil espectadores, le había informado Travis, y, según registraban sus atónitos ojos, en aquellos momentos no debía de haber allí una sola persona menos. Varios conocidos saludaron a Travis, y Adelia sintió de vez en cuando cierta incomodidad al notar cómo la miraban especulativamente. Pero el rubor pronto se vio eclipsado por la excitación a medida que se aproximaba el momento de la salida. Vio cómo los caballos se colocaban en posición, e inmediatamente se centró en Majesty y en el jinete vestido de rojo y oro montado sobre su lomo. Cuando se anunció el nombre de Majesty, Adelia cerró los ojos, encontrando la mezcla de entusiasmo y de nervios casi abrumadora.

—Parece que está preparado —comentó Travis con despreocupación, y luego se echó a reír al ver que ella daba un respingo—. Relájate, Dee. No es más que una carrera.

—Nunca estaré tranquila, aunque haya visto cien —prometió ella—. Oh, ahí viene tío Paddy. ¿Ya va a empezar?

En respuesta, Travis señaló con el dedo, y Adelia vio cómo los caballos eran introducidos en la parrilla de salida. Cerró la mano en torno al crucifijo que llevaba al cuello, notando cómo Travis le rodeaba los hombros con el brazo cuando la campana sonó y diez poderosas formas emprendieron el galope.

Al principio, apenas distinguió una masa de pezuñas volantes y un sonido atronador. El grupo de caballos parecía formar un solo cuerpo a medida que corría a velocidad cegadora. Sin embargo, Adelia consiguió centrar la mirada en Majesty, como si estuviera corriendo solo. Su mano se alzó como si tuviera voluntad propia, aferrándose a su hombro y apretando con fuerza mientras Adelia urgía al caballo a que corriera más. Poco a poco, Majesty fue avanzando, como si siguiera la orden mental de Adelia, y fue adelantando a un caballo, y luego a otro, hasta que dejó atrás al resto. De pronto, sus esbeltas patas apretaron aún más el paso, recorriendo la pista como un rayo y dejando a sus competidores el único panorama de sus enormes cuartos traseros mientras se precipitaba hacia la meta.

El brazo de Travis rodeó a Adelia, que se encontró aplastada contra su duro pecho, atrapada entre su cuerpo esbelto y el talle fornido de su tío. Era como quedar prisionera entre dos paredes inmóviles y cariñosas, y la sensación le resultó absolutamente maravillosa, una mezcla embriagadora de aromas y texturas. La voz de su tío se alzó con excitación junto a su oído, y Adelia pegó la cabeza al pecho de Travis, como si su lugar estuviera allí. El triunfo de Majesty, se dijo cerrando los ojos, era el mejor regalo que le habían hecho nunca.

* * *

Cada hombre, mujer y niño de Louisville comía, dormía y respiraba pensando en el Derby de Kentucky. Conforme pasaban los días, el propio aire parecía cargado de expectación. Adelia veía a Travis esporádicamente, y sus conversaciones solían girar en torno al caballo. El único aspecto personal de su relación era la abstraída palmadita en la cabeza que él le daba de vez en cuando. Adelia empezaba a pensar que reñir con él había tenido sus ventajas, y aliviaba sus frustraciones

pasando más tiempo con Majesty.

—Eres un caballo estupendo —le dijo, agarrándole el hocico y mirando sus inteligentes ojos—. Pero no debes dejar que el éxito se te suba a la cabeza. Tienes un trabajo que hacer el sábado, y es importante. Bueno, ahora voy a salir unos minutos. Quiero que descanses. Luego quizá te cepille un poco.

Satisfecha con el asentimiento silencioso de Majesty, Adelia salió de los establos al radiante sol de mayo, y se encontró rodeada de periodistas.

—¿Es usted la encargada de Majesty, de Royal Meadows? —La pregunta surgió de una de las personas que, de repente, la habían aislado del resto de mundo con una muralla de cuerpos. La sensación le resultó desconcertante, y empezaba a morar la oscura soledad de los establos cuando oyó otra voz.

—Pues no se ven muchos mozos de cuadra con ese aspecto.

Adelia se giró hacia el hombre que acababa de hablar, entornando los ojos contra el sol para ver más claramente.

—¿Es cierto eso? —preguntó; su incomodidad se transformó en irritación—. Pensaba que el cabello castaño rojizo era habitual entre los americanos.

El grupo se deshizo en un estallido de risas, y el hombre al que iba destinado el comentario sonrió con afabilidad. A renglón seguido, empezaron a bombardearla con preguntas. Durante unos minutos, Adelia cedió ante la presión y las respondió, intentando valientemente no confundir unas preguntas con otras.

—¡Por todos los santos! —Alzó las manos con consternación y movió la cabeza—. Hablan todos a la vez —se caló el sombrero sobre la frente y respiró hondo—. Si desean más información, pregunten al señor Grant o al entrenador de Majesty —se abrió paso por entre los periodistas con determinación y se giró al notar una mano en el hombro, dándose de cara con el reportero que había hecho la observación personal del principio.

—Lamento que le hayamos hecho pasar un mal rato, señorita Cunnane —le sonrió con un encanto considerable, y Adelia le devolvió la sonrisa.

—No ha sido nada.

—Me llamo Jack Gordon. Quizá me permita compensarla invitándola a cenar esta noche.

Adelia se sintió halagada y sorprendida por la invitación, experimentando un placer puramente femenino al contar con las atenciones de un hombre atractivo. Sin embargo, era un desconocido, de modo que Adelia se disponía a declinar su oferta cuando oyó una voz tras ella.

—Lo siento, pero mi encargada de cuadra es coto privado.

Ella se giró y vio que Travis los observaba, con sus ojos azules fríos y directos. Notó que la furia bullía en su interior, una furia que se reflejó en su centelleante mirada.

—¿No tienes trabajo que hacer, Adelia? —le preguntó él enarcando las cejas autoritariamente. Los ojos que lo miraron le dijeron, sin palabras, lo que ella pensaba de su pregunta.

Adelia se dio media vuelta y se dirigió hacia los establos.

Unos quince minutos más tarde, Travis consiguió deshacerse de los periodistas y se reunió con ella. Adelia lo observó conforme se acercaba a grandes zancadas, con las manos descuidadamente metidas en los bolsillos de los ceñidos vaqueros.

—¿No sabes que uno no debe citarse con desconocidos, Adelia? —Su tono era deliberado, engreído e irritante.

—Mi vida personal es asunto mío —le espetó Adelia—. No tienes derecho a entrometerte en ella.

—Mientras seas empleada mía y responsable de mis caballos, tu vida personal me incumbe.

—Sí, amo Grant —repuso ella, sin dejarse amedrentar por sus ojos entrecerrados—. Me aseguraré de pedirte permiso la próxima vez que respire —golpeó el suelo con el pie, furiosa—. No nací ayer. Sé cuidar de mi misma.

—¿Ah, sí? ¿Supiste cuidar de ti misma en los establos, hace un par de semanas? —Ella palideció al oírlo, y se giró. Musitando una maldición, Travis la obligó a volverse para mirarlo—. Lo siento, Dee. Eso no ha sido justo.

—No, no lo ha sido —Adelia se soltó bruscamente, con sus ojos brillando con lágrimas de furia—. Pero tampoco me sorprende que lo hayas dicho. Tienes la costumbre de ponerme en mi sitio, amo Grant, y me has recordado que tengo trabajo que hacer. Así que vete y déjame trabajar en paz —se quitó el sombrero y le hizo una reverencia—. Si Su Señoría lo tiene a bien.

—Ya me has hartado, bruja de ojos verdes —musitó Travis dando un paso hacia ella—. Me dan ganas de tumbarte sobre mis rodillas para darte la azotaina que te mereces, pero disfrutaré más con esta clase de castigo —la apretó contra sí con tal velocidad, que Adelia apenas tuvo tiempo de emitir un breve jadeo de protesta. Su boca descendió sobre ella, dura, exigente y posesiva, en una rápida sucesión.

Cuando Travis retiró sus labios, ella notó como si absorbiera su alma a través de sus ojos.

—No creas que esto va a convertirse en una costumbre —musitó él reclamando su boca de nuevo, enredándole los dedos en el cabello y, seguidamente, acariciándole la espalda hasta que Adelia pensó que perecería consumida por el ardiente calor.

La mano de Travis le provocaba suaves temblores en la piel, a lo largo de la espina dorsal, suscitándole una exquisita sensación de miedo. Notó la presión de sus fuertes brazos en la espalda, y la avidez de sus labios, que exigían no una respuesta, sino la sumisión total. Adelia cobró conciencia de su propia fragilidad. La fuerza de Travis era tan abrumadora, que la sola idea de resistirse parecía imposible. La lucidez abandonó su mente, dejando atrás únicamente la sensación de un recio cuerpo y una boca exigente que bebía de ella hasta el punto de que apenas podía respirar.

Retirándose, Travis sostuvo a Adelia para evitar que se tambaleara. Luego permaneció un rato mirando pensativamente su rostro congestionado.

—¿Sabes, Dee? —dijo por fin, con voz tan serena e impávida que ella no pudo sino sentirse confusa—, eres demasiado pequeña para tener tanto temperamento.

Dándole un amistoso pellizco en la nariz, salió al soleado exterior.

* * *

El día del Derby constituyó un anticipo de la primavera, cálido, con una suave brisa que soplaba bajo el cielo despejado. El buen tiempo no significaba nada para Adelia, pues tenía los nervios tan alterados que para ella hubiera dado igual que se hallaran en pleno invierno. Había visto a Travis por la mañana y a primeras horas de la tarde, y sentía tanto irritación como envidia al verlo

tan calmado y tranquilo, mientras que ella permanecía hecha un manojo de nervios. Entre el recuerdo de su último encuentro y la perspectiva de la carrera, a Adelia le costaba un verdadero esfuerzo actuar con un mínimo de normalidad. Esperar mientras se celebraban las carreras preliminares era una auténtica tortura.

Casi sin darse cuenta, se encontró junto a Travis en las gradas, pensando que si la carrera no empezaba pronto, tendrían que llevársela en una camilla y encerrarla hasta que todo hubiera terminado.

—Toma.

Adelia se quedó mirando el vaso que le ofrecía Travis antes de alzar la vista.

—¿Qué es?

—Julepe de menta —tomándole la mano, Travis le entregó el vaso y le cerró los dedos en torno a él—. Bébetelo —ordenó, sonriendo al ver el repentino ceño que se dibujaba en su frente—. Tiene una doble finalidad. En primer lugar, es tradicional tomarlo, y puedes quedarte con el vaso para recordar tu primer Derby. En segundo lugar —prosiguió con una sonrisa burlona—, necesitas algo que te calme los nervios. Temo que te desplomes de un momento a otro.

—Yo también —confesó Adelia, y tomó un cauteloso sorbo—. Travis, juraría que aquí hay aún más gente que la otra vez. ¿De dónde han salido?

—De todas partes —respondió él con calma, siguiendo su mirada llena de fascinación—. La Carrera de las Rosas es la más importante de la temporada.

—¿Por qué la llaman así? —inquirió ella, encontrando la combinación de la charla y del julepe de menta relajante.

—El caballo ganador es cubierto con un manto de rosas rojas, y el jinete recibe un ramo. Así que —concluyó Travis, alzando su propio vaso—, se le llama la Carrera de las Rosas.

—Qué bonito —aprobó Adelia, alzando el ala de su sombrero—. A Majesty le gustarán las rosas rojas.

—Estoy seguro de que lo volverán loco —convino él con una seriedad sospechosa, y la respuesta solemne de Adelia se vio interrumpida por los primeros compases de *Mi viejo hogar de Kentucky*.

—¡Ay, Travis, ya empieza el desfile! —Clavó los ojos en Majesty y en el menudo jinete que lo montaba, ataviado con una colorida vestimenta roja y oro. Los demás, con sus brillantes contrastes de tonos azules, verdes y amarillos, palidecían ante los ojos de Adelia. Para ella, no había ningún animal que pudiera compararse en poder y belleza con el caballo purasangre de Travis. Y, a juzgar por el modo en que brincaba, Majesty estaba totalmente de acuerdo.

—Que los santos nos asistan, tío Paddy —murmuró Adelia cuando su tío apareció a su lado—. El corazón me late con tanta fuerza, que estoy segura de que estallará. Creo que no he nacido para esto.

Sus ojos no abandonaron la forma de Majesty mientras el animal entraba en la parrilla de salida. Los sentidos de Adelia se vieron repentinamente inundados por el resonar de las trompetas y el rugido de la multitud. Con una rapidez que la dejó sin aliento, las compuertas se abrieron, y los caballos salieron disparados hacia delante, formando una turbulenta masa.

Los ojos de Adelia siguieron al caballo conforme galopaba con firmeza y seguridad a lo largo de la pista. Ni siquiera era consciente de haber agarrado la mano de Travis, apretándola con más fuerza a medida que transcurría cada sobrecogedor segundo. El propio aire parecía estremecerse

con las voces de la multitud, los alaridos y los gritos de ánimo que se fundían en un único y estruendoso rugido.

Adelia avanzó con Majesty por cada centímetro de la pista, sintiendo el azote del viento en el rostro y el fuerte ritmo del paso del caballo.

Al tomar la segunda curva, Steve acercó a Majesty a la cerca interior y el caballo avanzó por el campo con largas y gráciles zancadas. La distancia que lo separaba de su competidor más inmediato se fue ampliando, con una facilidad en apariencia carente de esfuerzo por parte de Majesty, hasta que el potro recorrió como un rayo la recta final y llegó a la meta con una ventaja de más de cuatro cuerpos.

Sin dudarle, Adelia se lanzó hacia los brazos de Travis, aferrándose a él con una alegría que solo podía expresar físicamente, balbuciendo comentarios entrecortados e inconexos a él y a su tío, que había empezado a improvisar un entusiasmado baile junto a ella.

—Vamos —Travis le echó a Paddy el brazo sobre los hombros—. Tenemos que llegar al Círculo del Ganador antes de que la gente se agolpe.

—Os esperaré —Adelia retrocedió, agachándose para recoger el sombrero del suelo—. No soporto a todos esos periodistas mirándome y agobiándome con sus preguntas. Esperaré afuera para llevar a Majesty al establo cuando todo haya acabado.

—Está bien —convino Travis—. Pero esta noche lo celebraremos. ¿Qué dices tú, Paddy?

—Digo que acaban de entrarme unas ganas inmensas de beber champán —los dos hombres se miraron y sonrieron.

* * *

Aquella noche, Adelia se miró en el espejo de su habitación. Su cabello, suelto sobre sus hombros, relucía como el cobre sobre el color verde pálido de su vestido.

—Bueno, Adelia Cunnane, mírate —sonrió con satisfacción al espejo—. En Skibbereen nadie te hubiera reconocido con ese vestido, y debes admitirlo —oyó que llamaban a la puerta y recogió rápidamente la llave de encima de la cómoda—. Ya voy, tío Paddy.

Cuando abrió la puerta, con una deslumbrante sonrisa, no vio la cara alegre de su tío, sino a un Travis increíblemente atractivo, vestido con un traje de etiqueta negro. La seda blanca de su camisa contrastaba con el tono bronceado de su piel.

Permanecieron unos momentos en silencio, mientras él la recorría con la mirada, contemplando desde su radiante cabello y sus profundos ojos verdes, hasta sus suaves curvas, realzadas por el ceñido cuerpo del vestido. Luego, volvió a mirarla a la cara, pero esta vez no sonrió.

—Estás increíblemente hermosa, Adelia.

Ella abrió los ojos como platos al oír el cumplido, e intentó pensar en una respuesta adecuada.

—Gracias —consiguió decir por fin—. Pensé que era tío Paddy.

Los ojos de Travis siguieron inmovilizándola en el quicio de la puerta, y Adelia se humedeció los labios con la punta de la lengua, en un gesto inocentemente invitador.

—Paddy nos espera abajo, con Steve.

La férrea intensidad con la que estaba siendo estudiada acabó rápidamente con su compostura, y Adelia empezó a hablar atropelladamente.

—Será mejor que vayamos ya... Nos estarán esperando.

Travis se limitó a asentir, inclinando levemente la cabeza, y ella dio un paso hacia él, solo para detenerse cuando Travis no se apartó para dejarla pasar. Alzando los ojos desde la pechera de su camisa hasta su rostro, Adelia abrió la boca para hablar, pero descubrió que su mente estaba en blanco. Él siguió contemplándola durante otro enervante segundo, y luego alzó una rosa roja y se la puso en la mano.

—De parte de Majesty. Dice que te gustan mucho las rosas rojas.

—Oh —Travis no sonreía, a pesar del tono bromista de sus palabras, y la mente de Adelia intentó aferrarse a algo que aliviara la súbita tensión que le producía la fuerza física de su mirada—. No sabía que hablaras con los caballos.

—Estoy aprendiendo —se limitó a responder él al tiempo que le pasaba un dedo por el hombro desnudo—. Mi maestra es una experta.

Ella bajó la mirada hacia la rosa que tenía en la mano, pensando que era la segunda vez en su vida que le regalaban flores, y en las dos ocasiones se las había regalado Travis. Sonrió, sabiendo que nunca volvería a ver una rosa roja sin pensar en él. Su sonrisa se elevó hacia Travis, abierta e inocente.

—Gracias por habérmela traído, Travis —movida por un impulso, se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

Él se quedó mirándola y, por un momento, Adelia creyó percibir cierto brillo de duda, de indecisión, en sus ojos, antes de que sus facciones se relajaran en una sonrisa.

—De nada, Dee. Póntela... Te favorece —arrebatándole la llave de la mano, se la guardó en el bolsillo y condujo a Adelia hasta el ascensor.

La cena de celebración constituyó una experiencia nueva para Adelia. El elegante restaurante, los lujosos platos y su primer encuentro con el champán se combinaron para producirle una intensa sensación de irrealidad. La tensión que había sentido un rato antes, al hallarse a solas con Travis, desapareció ante la actitud despreocupadamente amistosa que mostró durante la cena. Era como si la oleada de sensaciones que había fluido entre ellos no se hubiera producido nunca. La velada transcurrió envuelta en una neblina de felicidad.

* * *

Una semana después, sin embargo, Adelia se encontraba de nuevo en el rancho, vestida con vaqueros y sombrero, ocupada con sus tareas y fantaseando con el recuerdo de cenas elegantes y trajes lujosos. Las largas horas de trabajo llenaban los días, dejándole poco tiempo para reflexionar sobre las emociones, nuevas y extrañas, que Travis había despertado en ella.

Adelia evitaba a los periodistas; pues no deseaba que la acorralaran de nuevo para bombardearla con preguntas. Por las noches, en cambio, tenía menos éxito a la hora de evitar los sueños que asaltaban sus excitados sentidos.

Los días fueron pasando, convirtiéndose en semanas, y aunque Adelia brindaba su cariño y sus

atenciones a todos los purasangre, seguía sintiendo predilección por Majesty.

—No te mal acostumbres simplemente porque hayas salido en todas esas revistas importantes —le reprendió, intentando en vano mantener un tono de severidad mientras acababa de almohazarlo.

Paddy entró en el establo y le colocó una mano en el hombro.

—Lo estás manteniendo en su sitio, ¿eh, Dee? No queremos que la fama se le suba a la cabeza, ¿verdad?

—Exacto —Adelia se giró y sonrió a su tío. Luego lo estudió detenidamente—. Pareces cansado, tío Paddy. ¿Te encuentras bien?

—Sí, Dee, me encuentro bien —Paddy le palmeó la sonrosada mejilla al tiempo que le hacía un guiño—. Creo que dormiré una semana entera cuando pase la carrera de Belmont.

—Te has ganado un descanso. Últimamente has trabajado mucho. Estás un poco pálido. ¿Seguro que...?

—Vamos; no es para tanto —Paddy la interrumpió con una mueca afable—. No hay nada peor que una mujer preocupada. Tú concéntrate en nuestro amiguito —le dio una palmadita a Majesty—. No te preocupes por Padrick Cunnane.

Adelia lo dejó pasar, prometiéndose en silencio vigilarlo en lo sucesivo.

—¿Es muy importante la carrera de Belmont, tío Paddy?

—Todas las carreras son importantes, cariño, y esta es una de las principales. Pero nuestro amigo, con ese pecho tan potente que tiene —Paddy se inclinó hacia Majesty e hizo un nuevo guiño—, lo hará bien. Es una carrera larga, de casi dos kilómetros y medio, y para eso nació Majesty. Es un corredor de largas distancias, uno de los mejores. No como Fortune, desde luego, cuya especialidad son las distancias cortas. Travis es lo suficientemente listo como para criar caballos pensando en ambos tipos de carreras. Por eso envió a Fortune a la competición de Pimlico. Y quedó segundo, con una diferencia escasa de medio cuerpo. Un buen resultado. Pero Majesty nació para ir a Belmont —agitó ligeramente la cabeza del caballo, agarrándolo por el hocico—. Igual que tú —añadió, dándole a Adelia una palmadita en la cabeza.

—¿Yo? ¿Iré también?

—¿No te lo ha dicho Travis?

—Pues no. Lo he visto muy poco desde que volvimos de Kentucky.

—Ha estado ocupado.

Adelia ofreció una respuesta vaga mientras consideraba la posibilidad de negarse a ir. Recordando los resultados de su anterior intento, se dijo que una visita a Nueva York no estaría nada mal.

* * *

Belmont Park, en Long Island, bullía de periodistas. Adelia consiguió mantenerse en un discreto segundo plano durante la mayor parte del tiempo. Cuando la acorralaban, huía tan deprisa como le era posible. No estaba al tanto de la especulación existente en torno a ella y su relación con el propietario de Royal Meadows. Su vestimenta sencilla, a base de vaqueros y camisas, no ocultaba

el atractivo de su belleza. Y su renuencia a hablar con la prensa añadía un elemento de misterio que atraía aún más a los ávidos periodistas.

A veces, Adelia se sentía acosada y deseaba fervientemente haberse quedado en el rancho. Pero entonces veía a Travis, conforme se dirigía a los establos, con las manos en los bolsillos y el cabello revuelto por la brisa. Y, en esas ocasiones, Adelia no tenía más remedio que admitir, por desconsolador que le resultara, que se habría enfadado si la hubieran dejado en casa.

Ni los periódicos ni los insistentes reporteros ocupaban la mente de Adelia cuando se reunió con Travis, por tercera vez, en las atestadas gradas. Observó, con cierta incomodidad, que Belmont y sus ocupantes eran más sofisticados que Churchill Downs.

Allí, el tamaño del estadio resultaba atemperado por la calidez y el acento suave de Louisville. Belmont, en cambio, parecía más inmenso, más amedrentador. Al lado de la sofisticación y la elegancia de las mujeres que ocupaban las gradas, Adelia se sentía demasiado sencilla y fuera de lugar.

«Tonta», se dijo al tiempo que enderezaba los hombros. «Yo no puedo ser como ellas. Además, no se fijan en mí. La mayoría de esas señoras elegantes no apartan la vista de Travis. Supongo que serán la clase de mujeres que ve en su club de campo, o a las que invita a cenar».

El desánimo amenazó con cernirse sobre ella como un negro nubarrón, pero Adelia respiró hondo y soltó lentamente el aire para relajarse.

Había intentado mentalizarse, diciéndose que, a aquellas alturas, debía estar acostumbrada a la tensión y al contacto con la gente. Sin embargo, conforme se acercaba la hora de la salida, se sintió presa de una conocida ansiedad y de una innegable excitación. Parecía haber perdido la capacidad de hablar, y permanecía agarrada a la barandilla con ambas manos mientras Majesty se dirigía hacia la parrilla de salida. Observó que el caballo parecía impaciente, pues desviaba el paso y se alzaba sobre sus patas traseras, dando nerviosos saltos mientras Steve se esforzaba por dominarlo y lo animaba a avanzar hacia la parrilla.

—Tendré que traerte a las carreras más a menudo, Dee —Travis le dio un leve apretón en el hombro—. Dentro de un par de meses, serás toda una veterana.

—Me temo que no lo seré nunca. Cada vez me parece la primera. No puedo soportarlo.

—De todos modos, seguiré trayéndote —aseguró él, enredando brevemente los dedos en las puntas de su cabello—. Contigo ha vuelto la emoción. Creo que ya había perdido la capacidad de emocionarme.

Adelia se giró hacia él, perpleja por el tono amable de su voz, y abrió la boca para responder cuando sonó el timbre de salida, acompañado del rugido de la multitud. Las brillantes vestimentas de los jinetes formaron un suave borrón conforme los purasangre se precipitaban por la pista. Después de la primera curva, el grupo se dispersó, transformándose en un enjambre de cuerpos veloces y zigzagueantes. Para los ojos de Adelia, Majesty parecía avanzar entre ellos como un fogoso cometa, adelantando a uno tras otro hasta situarse en cabeza. Luego, como si alguien hubiese accionado un interruptor invisible, fue aumentando la longitud de su zancada, sus músculos ondulándose con gracia, incrementándose su ventaja, hasta que Majesty atravesó volando la meta y obtuvo el codiciado trofeo de Belmont con fuerza y elegancia.

La multitud enloqueció, gritando y aplaudiendo con una única voz ensordecidora. Travis levantó a Adelia en vilo y empezó a dar vueltas mientras ella se abrazaba a su cuello. Continuó sosteniéndola cuando los brazos de Paddy los rodearon a ambos, uniéndose los tres en un abrazo

de entusiasmo y de alegría. Las palabras, pronunciadas a gritos, carecían de sentido para ella y, más tarde, Adelia se dijo que había sido la locura temporal del momento lo que la impulsó a besar a Travis. Ni siquiera en una reflexión posterior pudo recordar quién había iniciado el beso, pero sí era consciente de haber respondido. Había rodeado el cuello de Travis con sus brazos, y la emoción que la recorrió por dentro eclipsó incluso el entusiasmo suscitado por la carrera. Cuando sus pies volvieron a tocar el suelo, la cabeza seguía dándole vueltas y el cuerpo aún le temblaba, estremecido por el inmenso caudal de sensaciones. No pudo sino alzar la cabeza para mirar a Travis. Por un momento, sintió lo mismo que había sentido el día en que nació el potrillo, y las ruidosas gradas de Belmont Park se desvanecieron, sustituidas por un mundo íntimo y solitario. Adelia era totalmente ajena a la multitud y a las miradas curiosas, consciente solo de los brazos que la rodeaban, de la sensación de estar ahogándose, lenta e inevitablemente, en la profundidad de sus ojos azules.

—Será mejor que bajemos, muchacho —Paddy tuvo el detalle de carraspear antes de ponerle a Travis la mano en el hombro.

Adelia notó que le temblaban las rodillas conforme retiraba los ojos de Travis para mirar a su tío. Sentía el vértigo y la desorientación de quien se despertaba de un sueño con excesiva celeridad.

—Sí —Travis sonrió burlón, como un chiquillo—. Vamos a darle la enhorabuena al ganador. Vamos —hizo que Adelia se girara y empezó a arrastrarla.

—No pienso bajar ahí —objetó ella, intentando fútilmente mantenerse en su sitio.

—Sí que bajarás —repuso él, sin molestarse siquiera en mirar hacia atrás—. La otra vez permití que te salieras con la tuya, pero hoy no. Ayudarás a Majesty a aceptar las flores. Claveles blancos, y uno es para ti.

Las balbucientes quejas de Adelia fueron pasadas por alto, así como sus torpes intentos de zafarse, de modo que acabó en el Círculo del Ganador junto con los demás.

Había micrófonos y *flashes* por doquier, y Adelia intentó mantenerse en un segundo plano en la medida de lo posible. Aún seguía aturdida por la intensidad del deseo que le había provocado el abrazo de Travis. Un deseo poderoso y salvaje de entregarse a él por completo. Era como verse asaltada por una sed insaciable, y la sensación la aterrorizaba. Sus principios morales estaban fuertemente arraigados, así como sus creencias personales y religiosas. Sabía, sin embargo, que su pasión por Travis, el amor que sentía por él, la hacían débil, y cualquier resistencia por su parte se disolvería como la nieve en primavera si él intensificaba sus avances.

Debía alejarse de Travis, decidió, evitar las situaciones que dieran pie a que se encontraran a solas y ella quedara desamparada y vulnerable ante la experiencia de Travis y su propia fragilidad.

Adelia contempló su figura alta y esbelta y, al encontrarse los ojos de ambos, tembló. Bajó las pestañas y comprendió, indefensa, cómo se sentía un conejo al ser acorralado por un poderoso zorro.

Capítulo 6

De vuelta en el hotel, Adelia acompañó a Paddy hasta su habitación, pues no deseaba quedarse a solas con sus pensamientos. Travis recorrió el alfombrado pasillo con ellos, deteniéndose en la puerta cuando entraron en la habitación.

—He hecho reservas para los tres —dijo; sus blancos dientes resplandecían bajo su sonrisa—. Steve va a celebrarlo en privado con una chica que ha estado persiguiéndolo desde el Derby.

—Ah, Travis —Paddy se sentó pesadamente en la cama—. Tendréis que celebrarlo sin este viejo cansado. Estoy molido —esbozó una sonrisa y movió la cabeza—. Ya he tenido bastantes emociones por hoy. Cenaré en la cama, como uno de esos grandes señores de la realeza.

—Tío Paddy —Adelia se acercó a él y le puso la mano en la frente—. No te encuentras bien. Me quedaré contigo.

—Ni lo sueñes —Paddy hizo un gesto de rechazo con la mano—. Eres igual de exagerada que tu abuela. Estoy cansado, no enfermo. Como me descuide, seguro que vendrás a darme un jarabe para la garganta o a amenazarme con una cataplasma —miró a Travis al tiempo que exhalaba un sufrido suspiro—. Se preocupa por nada, muchacho. Quítamela de encima para que estos viejos huesos puedan descansar.

Con un masculino gesto de asentimiento, Travis se giró hacia Adelia.

—Quiero que estés lista dentro de cuarenta y cinco minutos —se limitó a decir—. No me gusta llegar tarde a los sitios.

—Haz esto, haz lo otro —estalló ella alzando las manos—. Te gusta ordenar, en lugar de pedir. Ahora no estoy en los establos, Travis Grant, y no consiento que me des órdenes —se retiró el rizado cabello de la cara y cruzó los brazos sobre el pecho.

Travis enarcó una burlona ceja antes de dirigirse hacia la puerta.

—Ponte ese vestido verde, Dee. Me gusta —dicho esto, cerró la puerta para protegerse de otro posible estallido.

* * *

Adelia estaba lista a la hora señalada, tras haber sido engatusada por su tío para que acudiera a celebrar la victoria de Majesty. Diciéndose que solo salía con aquel bruto arrogante por complacer a Paddy, se abrochó la cremallera del vestido verde justo cuando llamaban a la puerta de la habitación.

Musitando incoherencias sobre aquel engendro del demonio, Adelia abrió la puerta con una mirada que despedía fuego.

—Buenas noches, Adelia —la saludó Travis, obviamente impávido ante su talante belicoso—. Estás encantadora. ¿Nos vamos ya?

Ella siguió mirándolo con rabia durante un momento, deseando tener algo a mano para poder tirárselo. Luego, alzando el mentón, salió al pasillo y cerró la puerta con fuerza.

Adelia se aferró a su terco silencio mientras el taxi circulaba a través del denso tráfico, pero Travis siguió impertérrito, charlando amistosamente y señalando varios lugares de interés. Le estaba dificultando considerablemente la tarea de mantener viva su furia.

La terquedad de Adelia se debilitó cuando entraron en el restaurante, más lujoso de lo que ella había imaginado. Con los ojos abiertos como platos, observó a los sofisticados clientes con sus trajes de etiqueta. Incluso se dejó llevar, sin oponer resistencia, hasta una mesa situada en un rincón discreto, sumamente impresionada por la elegancia del jefe de comedor. Iluminada suavemente, la mesa estaba junto a una ventana que dominaba la bulliciosa ciudad. Las luces parpadeantes y fugaces del exterior contrastaban con el silencioso aislamiento del interior.

Adelia levantó la mirada mientras el camarero aguardaba a que eligiera un cóctel, y luego miró a Travis moviendo desvalidamente la cabeza. Con una sonrisa, él pidió champán.

—Es una lástima que no hayamos podido traer a Majesty con nosotros —comentó ella sonriendo, olvidados ya los rencores—. Él hizo todo el trabajo y nosotros nos bebemos el champán.

—Dudo mucho que le gustara aunque le lleváramos una botella. Para ser un caballo regio, sigue teniendo el paladar de un campesino. Así que... —Travis hizo una pausa, pasando suavemente los dedos por la mano de ella, que descansaba sobre el mantel—, nos toca a nosotros beber por su victoria. ¿Sabías, Adelia, que la luz de las velas destella como el oro en tus ojos?

Sorprendida por aquella observación súbita, ella se limitó a mirarlo, inmensamente aliviada cuando la llegada del champán le evitó tener que idear una respuesta.

—¿Brindamos, Dee?

Levantando la fina copa, Adelia sonrió, ya más tranquila.

—Por Majesty.

Ella curvó los labios, imitando el gesto de él.

—Por el vencedor.

—¿Tienes hambre? —inquirió Travis tras un interludio de tranquila conversación—. ¿Qué te apetece tomar?

—Cualquier cosa menos cordero con patatas —murmuró Adelia con voz ausente, suspirando ante los extraños designios del destino que la había situado en aquella nueva vida. Al mirar la carta, alzó rápidamente los ojos hacia Travis, atónita y sorprendida.

—¿Ocurre algo?

—Esto es un robo, desde luego. ¡No tiene otro nombre!

Él se inclinó hacia delante y le tomó ambas manos, sonriendo ante su expresión de ansiedad.

—¿Estás segura de que no tienes sangre escocesa? —Adelia abrió la boca para responder, sintiéndose gravemente insultada, pero él se acercó sus manos a los labios, haciendo que sus palabras murieran antes de nacer—. Calma tu genio irlandés, Dee —Travis sonrió por encima de sus manos entrelazadas—. Y pasa por alto los precios. Puedo permitírmelos.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo mirar de nuevo ese menú. Hace que la cabeza me dé vueltas. Tendré que tomar lo mismo que tú.

Con una risita, Travis pidió la cena y más vino, sin soltarle las manos en ningún momento. Cuando se hubieron quedado solos de nuevo, le puso las palmas boca arriba y las examinó, haciendo caso omiso del leve tirón que dio ella para soltarse.

—Ahora te las cuidas más —murmuró él, acariciándole la piel con el pulgar.

—Sí —contestó Adelia, azorada y resentida—. Últimamente no parecen las de un minero.

Travis alzó los ojos para mirarla, observándola un momento en silencio.

—Aquella noche te ofendí. Lo siento —su tono suave desconcertó a Adelia, que al punto se sintió invadida por aquella debilidad que tan bien conocía.

—No importa —tartamudeó, encogiéndose de hombros, y tiró de nuevo para soltarse. Él pasó por alto sus protestas.

—Tienes unas manos fascinantes. Las he observado con detenimiento. Pequeñas, exquisitas y muy capaces... Tres cualidades que no suelen ir unidas. La capaz Adelia —murmuró antes de mirarla fijamente a los ojos, con una intensidad que la pilló desprevenida—. Pasaste muchas penalidades en esa granja, ¿verdad?

—Pues... no. Nos las arreglábamos.

—¿Os las arreglabais? —repitió Travis, y Adelia sintió que escrutaba su expresión, buscando las palabras que ella no decía.

—Hacíamos lo que había que hacer. —Adelia lo dijo en tono quedo, sin estar segura de que fuera lo que él quería oír—. Tía Lettie era una mujer fuerte y obstinada, y no daba su brazo a torcer fácilmente. A menudo, me extrañaba que fuera tan diferente de mi padre —prosiguió, y su expresión se tornó introspectiva—. Y ahora he visto que tampoco se parecía en nada a tío Paddy, a pesar de ser su hermana. Quizá el hecho de tener que cuidar de mí y de la granja no le dejaba tiempo para las amabilidades. Ya sabes, para los pequeños detalles: un beso de buenas noches, una palabra de afecto... Cosas que un niño necesita aun más que la comida.

Adelia volvió al presente y movió la cabeza, sorprendida por sus propias palabras e incómoda ante la mirada atenta de Travis. Buscó una manera de cambiar de tema.

—Yo solo tenía que preocuparme de la granja. Ella tenía que preocuparse de la granja y de mí. Y creo que yo era mucho más difícil que la granja —sonrió, deseando que él suavizara su expresión sonriendo también—. En un par de ocasiones me dijo que tenía que aprender a dominar mi genio. Y he aprendido, claro está.

—¿De veras? —Por fin, una sonrisa curvó los labios de él.

—Oh, sí —Adelia asintió con solemnidad e inocencia—. Soy una persona tremendamente apacible.

La sonrisa de Travis se ensanchó mientras les servían los platos de la cena. Mientras comían, la conversación fue derivando hacia cuestiones más generales, resultando ser tan fluida y relajante como el vino que acompañaba a la comida.

—Ven —dijo Travis de pronto al tiempo que se levantaba—, baila conmigo.

Antes de que ella pudiera manifestar su conformidad o protestar, se vio arrastrada hasta la pista de baile y envuelta en sus familiares brazos. La rigidez inicial de Adelia fue desapareciendo poco a poco, y se relajó recostándose en él, entregándose a sus movimientos y a la suave música.

Sin duda, decidió mientras dejaba flotar tanto su cuerpo como su mente, todo el mundo tenía derecho a probar el cielo. «Esta noche disfrutaré del momento. Ya llegará el día de mañana».

La noche era mágica, como si un hada le hubiera concedido un deseo, y la propia brevedad de la experiencia hizo que sus sentidos se agudizaran. Archivó todas las vistas y las sensaciones en un rinconcito de su mente, para atesorarlas y disfrutar con su evocación cuando la llegada del amanecer rompiera el hechizo.

Era bastante tarde cuando salieron a la cálida noche, y aunque Adelia sentía que le pesaban los párpados, deseaba que la velada no hubiera hecho sino comenzar. Aferrándose a los últimos minutos de aquel ensueño, no puso ninguna traba cuando Travis la atrajo hacia sí en el taxi.

—¿Cansada, Dee? —murmuró, rozándole la frente con los labios, tan suavemente que ella no sabía a ciencia cierta si había sido cosa de su imaginación.

—No —respondió Adelia con un suspiró, pensando en lo bien que se sentía recostada en su hombro.

Travis emitió una risita suave y le habló con voz cálida y susurrante, acariciándole el sedoso cabello hasta que ella se sumió en un mundo cercano al de los sueños.

—¿Dee?

Adelia oyó pronunciar su nombre, pero, reacia a salir de aquel confort celestial, emitió un leve murmullo de protesta.

—Hemos llegado —anunció Travis alzándole la barbilla con el dedo.

—¿Ya? —Ella alzó los pesados párpados y se quedó mirando aquel rostro que se hallaba tan cerca del suyo, mezclándose los sueños y la realidad para sumirla en la confusión.

—Sí, estamos en el hotel —explicó Travis, retirándole el cabello de la cara.

—Oh —Adelia se incorporó, comprendiendo que el sueño había terminado.

Travis guardó silencio mientras subían en el ascensor, y ella aprovechó ese tiempo para recuperar la noción de la realidad. Una vez que hubieron llegado hasta la puerta de la habitación, él se sacó la llave del bolsillo para abrirla mientras Adelia alzaba la cabeza y se lo agradecía sonriéndole. No obstante, su sonrisa se desvaneció cuando lo miró a los ojos. Su mirada, intensa y concentrada, la hizo retroceder, solo para verse atrapada contra el marco de la puerta, mientras Travis salvaba la distancia que los separaba sin apenas moverse, en apariencia. Hundió la mano bajo el manto de su pelo y le acarició el cuello con movimientos lentos y perezosos. Siguieron contemplándose mutuamente, en silencio.

Luego, muy lentamente, Travis agachó la cabeza y reclamó su boca con un beso suave como una brisa de primavera, distinto de los otros que le había dado hasta entonces, mucho más agresivos y devastadores. Ella se aferró a las solapas de su chaqueta, tratando de conservar la cordura, pero no tardó en abandonar todos sus intentos y le rodeó el cuello con los brazos, poniéndose de puntillas para corresponderle.

Los labios de Travis trazaron un sendero de besos por su rostro, desplazándose con suavidad por sus mejillas y sus ojos cerrados, como si paladeara su sabor. El calor tembloroso de Adelia se vio sustituido por una nueva e intensa languidez, un leve mareo producido por una poción mucho más fuerte que el champán. Las manos de él se enredaron en su cabello mientras su cuerpo se fundía con el de ella. Adelia se rindió por completo, dispuesta a darle todo aquello que le pidiera.

Notó la avidez con la que Travis volvía a reclamar su boca, la dureza de su cuerpo conforme

la apretaba más ansiosamente contra sí, y Adelia se pegó aún más a él, emitiendo un jadeo de placer ante su asalto. El deseo de ser poseída, insistente y clamoroso, la recorrió por dentro como un torrente de fuego abrasador.

Adelia se apretó contra él, con el corazón palpitándole como un tambor y levantando ecos en sus oídos mientras sentía cómo Travis devoraba todo aquello que ella le ofrecía, y exigía aún más.

De pronto, él se separó de su boca y le acarició la mejilla durante un prolongado momento. Adelia volvió a cerrar los ojos, invitándolo de nuevo a que reclamara sus labios.

—Buenas noches, Dee —murmuró Travis y, tras empujarla al interior de la habitación, cerró la puerta entre ambos.

Adelia se quedó mirando el liso panel de madera al tiempo que se llevaba las manos a las acaloradas mejillas. Aturdida por sus inesperados actos y por su súbita reacción, permaneció paralizada, incapaz de moverse. Ella se había ofrecido, y él la había rechazado. A pesar de su falta de experiencia, sabía que con su entrega había expresado inequívocamente el deseo de sucumbir a él por completo. Pero Travis no la había deseado. Al menos, no del todo. Los propios principios morales de Adelia se habían disuelto entre sus brazos, pero él se había marchado y la había dejado sola.

«¿Y acaso te extraña?», se preguntó cerrando los ojos ante la amenaza de las lágrimas. «Para él nunca seré nada salvo la encargada de sus caballos. Alguien con quien se divierte de vez en cuando. Solo ha querido ser amable conmigo, brindarme una velada agradable», se estremeció. «Debería conformarme con eso y no desear algo que jamás podré tener».

Mirando los suaves pliegues de su vestido, Adelia se dijo que ella no era Cenicienta y que, en cualquier caso, ya hacía bastante rato que habían dado las doce.

* * *

Subieron en el avión al día siguiente, bajo una suave y cálida llovizna. De nuevo, fueron acosados por los periodistas. Adelia subió presurosa por la rampa, dejando que los hombres se las vieran con ellos. Sacudiéndose la lluvia del cabello y de la falda color crema, pegó el rostro a la ventanilla y observó cómo Travis escapaba también de la prensa.

Durante el vuelo, se puso a hojear una revista, reacia a entablar conversación. La actitud de Travis hacia ella aquella mañana había sido amistosa y algo ausente.

Cuando él entró en la cabina con Steve, Adelia emitió un suspiro de alivio y empezó a pasearse.

«¿Qué voy a hacer?», se dijo desesperada. «¿Cómo voy a controlar lo que siento por él? Haré el ridículo cuando se dé cuenta de que lo amo. Entonces, Travis se compadecerá de mí, y eso yo no podría soportarlo. Tendré que hallar el modo de mantenerme alejada de él».

Su mirada se desvió hacia su tío, y cualquier pensamiento relacionado con su problema desapareció de su mente cuando observó el tono enfermizo de su tez, generalmente sonrosada y saludable.

—Tío Paddy —Adelia se acercó a él, tomando su rostro entre las manos y observándolo detenidamente—. No estás bien. ¿Qué te pasa?

—Nada, Dee —la tensión de la voz de Paddy hizo que ella frunciera el ceño—. Solo estoy cansado.

—Estás frío como el mármol —Adelia se arrodilló delante de él para mirarlo a la cara—. Irás al médico en cuanto llegemos a casa. Ya falta poco. Te traeré una manta y una taza de té.

—Vamos, Dee, son solo los achaques de la edad —Paddy se interrumpió e hizo una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa? —inquirió ella, buscando sus manos para confortarlo—. ¿Qué te duele?

—Es solo un pinchazo —dijo Paddy con voz entre cortada antes de empezar a respirar trabajosamente, falto de aire.

—¡Tío Paddy! ¡Dios misericordioso, tío Paddy! —Adelia lo sujetó mientras él se derrumbaba, cayendo del asiento directamente hacia sus brazos.

Ella ni siquiera fue consciente de gritar, una y otra vez, llamando a Travis, mientras se agachaba junto a su tío. Pero él apareció de pronto, retirando las manos de Adelia y acercando el oído al pecho fornido de Paddy.

—Dile a John que pida una ambulancia por radio —le gritó a Steve por encima del hombro al tiempo que empezaba a presionar, con movimientos rítmicos y regulares, el pecho de Paddy—. Ha sufrido un infarto.

Con un jadeo ahogado, Adelia se acercó la mano de Paddy al corazón, como si así pudiera transferirle algo de su fuerza.

—Travis, por amor del cielo... ¿Se va a morir? Oh, por favor, no puede morir.

—Basta ya —le ordenó él tajantemente, y sus palabras tuvieron la misma eficacia que una bofetada—. Domínate. No puedo ocuparme de él y de tu histeria al mismo tiempo.

Adelia respiró hondo varias veces, profunda y regularmente, al tiempo que su mano se cerraba y se abría convulsivamente sobre la de Paddy. Poco a poco, la histeria quedó sepultada bajo una muralla de autocontrol, y Adelia empezó a acariciar la cabeza de su tío y a hablarle en tonos suaves y confortadores, aunque era consciente de que él no podía oír nada.

Los segundos fueron pasando lentamente, convirtiéndose en minutos, mientras Travis seguía vigilando el pulso del inconsciente Paddy. Solo los murmullos de Adelia rompían el silencio. De pronto, notó el cambio en la velocidad del avión y oyó el chirrido del tren de aterrizaje, seguido de la sacudida de las ruedas al tocar el suelo. Adelia, no obstante, siguió hablándole a su tío y sosteniendo con firmeza su mano.

A través de una neblina de irrealidad observó cómo los enfermeros lo trasladaban a la ambulancia. Adelia hizo ademán de acompañarlos, pero Travis la agarró por el brazo, asegurándole que los seguirían en el coche. Ella obedeció sin rechistar; su mente y su corazón estaban presos en la garra gélida del miedo.

Solo respondió con vagos monosílabos a los intentos de Travis por consolarla. Tras observar su rostro pálido como la cera, él se concentró en llegar cuanto antes al hospital, a través del denso tráfico.

La larga espera se inició en una pequeña y triste sala, plagada de revistas antiguas que algunos leían para matar el tiempo mientras otros los miraban desesperados. Adelia no hizo ni una cosa ni otra. Permanecía sentada, inmóvil como una estatua, con las manos fuertemente entrelazadas en el regazo, sin moverse ni hablar mientras Travis deambulaba por la sala como un tigre enjaulado. La mente de Adelia gritaba en protesta, buscando las fuerzas necesarias para rezar mientras el miedo

la consumía. La tensión fue acumulándose en su interior, amenazando con desbordarse, a medida que transcurrían los minutos.

Cuando, finalmente, se acercó a ellos un hombre vestido de blanco, Travis se giró y avanzó hacia él.

—¿Son ustedes los familiares de Padrick Cunnane? —preguntó el médico, paseando la mirada entre el hombre alto y poderoso y la mujer menuda y pálida.

—Sí —respondió Travis lacónicamente, mirando también a Adelia—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Cómo se encuentra?

—Sufrió una trombosis coronaria, no un infarto total. Sigue inconsciente, pero su estado se ve agravado por su ansiedad de ver a alguien llamada Dee.

Adelia alzó rápidamente la cabeza.

—Yo soy Dee. ¿Se va a morir?

El médico observó sus facciones pálidas y descompuestas, y dio un paso hacia ella.

—Estamos haciendo todo lo posible por estabilizar su estado, pero la ansiedad es un factor que puede influir en su recuperación. Su inquietud se centra en usted. Dejaré que pase a verlo, pero no debe hacer nada que lo trastorne o lo disguste. Convéncalo de que debe relajarse —se giró hacia el hombre moreno cuyos ojos permanecían clavados en la mujer—. ¿Es usted Travis? —Al ver que asentía, el médico siguió diciendo—. Quiere verlo a usted también. Vengan conmigo.

Travis tomó la mano de Adelia y la apremió a levantarse de la silla. Luego ambos siguieron al hombre vestido de blanco.

—Cinco minutos —avisó el médico al tiempo que los conducía a la unidad de cardiología.

La mano de Adelia se cerró con fuerza sobre la de Travis cuando vio a su tío en la cama, conectado mediante una infinidad de tubos y cables a unas máquinas que daban vueltas y zumbaban. Estaba pálido, demacrado y parecía mucho más viejo. La mente de Adelia gritó mientras luchaba por no perder el control.

—Dee —la voz de Paddy era débil y trémula, y ella se acercó para tomar su mano.

—Tío Paddy —le besó la mano y se la acercó a la mejilla—. Todo va a ir bien. Cuidarán de ti, y pronto volverás a estar en casa.

—Quiero ver a un sacerdote, Dee.

—Está bien, no te preocupes —Adelia notó que una mano helada le oprimía el corazón y sintió que le temblaban las rodillas, pero las mantuvo firmes.

—Eres tú quien me preocupa. No puedes quedarte sola en el mundo. Otra vez, no —la voz de Paddy era ronca, y ella le murmuró intentando consolarlo—. ¿Travis? ¿Está Travis... aquí? —inquirió su tío frenéticamente, y ella se giró, con los ojos rebosantes de miedo.

—Estoy aquí, Paddy —Travis avanzó para situarse al lado de Adelia.

—Tienes que cuidar de ella por mí, Travis. Te la confío. Volverá a quedarse sola si me ocurre algo. Es tan poquita cosa, y tan joven... La vida ha sido muy dura con ella. Debí ayudarla mucho antes. Quería compensarla... —Paddy hizo un débil gesto con la mano—. Quiero que me prometas que cuidarás de ella. Confío en ti, Travis.

—Cuidaré de ella, te lo prometo —respondió Travis con calma, cerrando la mano sobre las de ellos—. No tienes que preocuparte por Dee. Voy a casarme con ella.

El tenso rostro de Paddy se relajó visiblemente, y su respiración se calmó.

—Entonces, cuidarás de mi pequeña Dee. Quiero veros casados. ¿Traeréis al sacerdote aquí,

para que pueda presenciar la ceremonia?

—Sí, me ocuparé de ello. Pero ahora debes relajarte y descansar. Deja que los doctores hagan su trabajo. Dee y yo nos casaremos aquí esta misma tarde. Solo necesitare que un juez firme el documento que nos exima de los dos días habituales de espera.

—Sí, descansaré hasta que volváis. Hasta que vuelvas, Dee.

Adelia esbozó una sonrisa forzada y le posó un beso en la frente antes de salir de la habitación, tras el médico y Travis. Se giró hacia este en cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos.

—Aquí no —le ordenó Travis, agarrándole el brazo—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —preguntó al médico con calma. Tras acompañarlos a uno de los despachos, el médico cerró la puerta y se marchó discretamente, dejándolos solos.

Capítulo 7

Adelia se zafó bruscamente de Travis en cuanto se hubo cerrado la puerta; su miedo y su desesperación se transformaron en furia.

—¿Cómo has sido capaz? ¿Cómo has podido decirle a tío Travis que vas a casarte conmigo? ¿Cómo has podido mentirle de esa forma?

—No le he mentado, Adelia —respondió él sin perder la compostura—. Tengo la intención de casarme contigo.

—¿Cómo se te ocurre decir semejante cosa? —prosiguió ella, como si él no hubiera hablado—. Ha sido una crueldad por tu parte. El pobre está ahí, postrado e indefenso, y confía en ti. No tenías derecho a hacerle esa promesa. Le partirás el corazón. Le...

—¡Cálmate! —le ordenó Travis, agarrándola por los hombros y sacudiéndola con firmeza—. Le he dicho lo que necesitaba oír. Y te atenderás a sus deseos si ello contribuye a salvarle la vida.

—No pienso formar parte de una mentira tan cruel —notó que la tenaza de él se intensificaba sobre sus hombros, pero Adelia estaba más allá del dolor físico.

—¿Es que tu tío no significa nada para ti? ¿Eres tan egoísta y cabezota que te niegas a hacer un pequeño sacrificio para salvarlo?

Adelia se encogió, como si acabara de golpearla, y sus manos se aferraron al respaldo de una silla.

—Esta tarde entraremos en esa habitación y nos casaremos. Y tú le harás creer que es lo que deseas. Cuando se haya recuperado lo bastante, podrás pedir el divorcio y acabar con todo.

Ella se llevó las manos a los ojos, notando cómo el dolor la recorría por dentro en turbulentas oleadas.

«Tío Paddy yace en una cama, medio muerto... Travis me dice que vamos a casarnos y a divorciarnos. Oh, necesito que alguien me diga qué debo hacer», pensó frenéticamente.

Ser su esposa, pertenecerle... Lo había deseado con tal intensidad, que ni siquiera se había atrevido a planteárselo como una posibilidad real. Y, ahora, él le decía que era posible. Que iba a ocurrir. Adelia sintió un dolor que apenas alcanzaban a describir las palabras. Le hubiera sido más fácil seguir viviendo sin él, que ser su esposa temporalmente y sin contar con su amor. El divorcio...

Travis había mencionado la boda y el divorcio en el mismo golpe de voz, antes incluso de haberle puesto la alianza en el dedo.

Respirando hondo, Adelia trató de pensar con claridad, pero se sentía abrumada por la funesta certeza de que Travis no hablaba de un matrimonio de verdad, un matrimonio basado en el amor.

No la quería por sí misma, sino por el bien de tío Paddy.

Debía de haber otro camino. Sí, tenía que haberlo.

Tragó saliva dolorosamente, intentando mantener un tono de voz firme.

—Soy católica. No puedo pedir el divorcio —dijo apagadamente.

—Pues la anulación.

Adelia se quedó mirándolo, en horrorizado silencio.

—¿La anulación?

—Sí, la anulación. No supondrá ningún problema si el matrimonio no se consuma. Será una simple cuestión de papeleo —Travis hablaba con aséptica calma, y las manos de ella se cerraron con fuerza en torno a la silla mientras trataba de mantener la cordura—. Por el amor de Dios, Dee, ¿no puedes hacerlo por tu tío? No te costará nada. Pero puede suponer la diferencia entre su recuperación o su muerte.

Travis volvió a agarrarla por los hombros, obligándola a darse media vuelta, e intentó reprimir su furia mientras contemplaba el brillo translúcido de su piel, el miedo de los ojos que lo miraban. Notó que Adelia temblaba bajo sus manos y observó cómo cerraba los ojos, tratando de controlar sus temblores.

Travis musitó una maldición y luego la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos.

—Lo siento, Dee. Gritándote no te pongo las cosas más fáciles, ¿verdad? Ven, siéntate —tras conducirla hasta un sofá, se sentó a su lado, sin dejar de abrazarla—. Llevas un buen rato reprimiendo las lágrimas; llora si quieres. Luego hablaremos.

—No, yo nunca lloro. No sirve de nada —Adelia permaneció rígida entre sus brazos, pero él la mantuvo abrazada—. Por favor, suéltame —notó que perdía el control y forcejeó contra los brazos que se negaban a abandonarla—. He de pensar. Ojalá supiera qué hacer... —empezó a jadear entrecortadamente, incapaz ya de controlar el temblor, y se aferró a la chaqueta de él para no derrumbarse—. Tengo mucho miedo, Travis.

Estalló en violentos sollozos, y él la abrazó con más fuerza. Una vez que las lágrimas empezaron a fluir, fue incapaz de contenerlas. Reprimidas durante largos y solitarios años, ahora se derramaban libremente mientras Adelia hundía su rostro en el pecho de Travis. Él se mantuvo en silencio, acariciándole el cabello, y dejó que la tormenta siguiera su curso.

Por fin, los sollozos fueron perdiendo fuerza, convirtiéndose en suaves gemidos, hasta que Adelia se quedó inmóvil entre sus brazos, vacía y exhausta. Emitió un trémulo y prolongado suspiro.

—Haré lo que tú creas conveniente.

* * *

Adelia jamás preguntó a Travis cómo había podido resolver en tan poco tiempo la cuestión del papeleo. Se sentía demasiado aturdida como para pensar en los detalles técnicos. A lo único que se opuso fue a marcharse del hospital, ni siquiera para comer o descansar. Con una férrea determinación, se había parapetado en la sala de espera y se negaba a abandonarla.

Firmó el documento de la licencia, tal como se le pedía, saludó al joven sacerdote que la

casaría con Travis e incluso aceptó un manojo de flores de una amistosa enfermera que afirmaba que una novia no podía ser tal sin el ramo. Al oír el comentario, Adelia esbozó una sonrisa leve y gélida que le hizo daño en las mejillas, pues sabía que ella no era una verdadera novia. Legalmente llevaría el apellido del hombre al que amaba, pero las promesas que iban a intercambiar no significarían nada para él. Cada palabra y cada movimiento no eran sino una farsa para consolar a un hombre enfermo.

En medio de la sombría habitación, de pie el uno junto al otro, rodeados de máquinas, con el aire cargado de olor a antiséptico, se convirtieron en marido y mujer. Adelia repitió las palabras del sacerdote con voz clara y serena, y miró inexpresivamente el sello que Travis le ponía en el dedo antes de cerrarle el puño. Le quedaba grande y pesaba como una losa sobre su corazón. La ceremonia concluyó en menos de diez minutos, y ella aceptó el leve y breve beso de Travis sin poner reparos.

A continuación, Adelia Cunnane Grant se agachó para besar la frente de su tío. Él le sonrió, con sus ojos brillando con un atisbo de su habitual alegría. Ella comprendió, en ese instante, que Travis había tenido razón.

—Mi pequeña Dee —murmuró buscando su mano—. Vas a ser muy feliz. Travis es un buen hombre.

Adelia esbozó una sonrisa forzada y le dio una palmadita en la mejilla.

—Sí, tío Paddy. Ahora descansa, para que podamos llevarte pronto de vuelta a casa.

—Sí, descansaré —afirmó él, alzando la vista sobre la cabeza de su sobrina para mirar a Travis—. Trátala con cuidado, muchacho... Es una purasangre.

Condujeron a casa en silencio. El sol se filtraba por entre los jirones de nubes e iluminaba la carretera. Adelia observó el brillo juguetón de sus rayos y mantuvo la mente en blanco. Finalmente, tras detenerse delante de la casa principal, Travis rompió el silencio.

—Llamé para comunicarle a mi ama de llaves la noticia de la boda. Ya te habrá preparado una habitación. Han trasladado todas tus cosas...

—No voy a...

—De momento —la interrumpió él con los ojos entrecerrados—, eres mi esposa y, como tal, vivirás en mi casa. Dormiremos en cuartos separados —añadió con un tono que la obligó a mantener la boca cerrada—. Sin embargo, de cara al exterior, actuaremos como una pareja de recién casados. ¡Nadie, aparte de nosotros, tiene por qué conocer nuestro acuerdo! Las explicaciones no harían sino complicar las cosas.

—Comprendo. Y tienes razón, desde luego.

Travis suspiró al percibir la tensión de su voz, y prosiguió en un tono más amable.

—Te lo pondré lo más fácil posible, Dee. Solo te pido que cumplas tu parte; por lo demás, eres libre de hacer lo que quieras y no hará falta que trabajes.

—¿No puedo trabajar con los caballos? —inquirió Adelia, con los ojos muy abiertos y consternados—. Pero, Travis...

—Escúchame, Adelia —él enmarcó su rostro con la mano—. Puedes hacer lo que quieras. Ni siquiera sabes lo que eso significa, ¿verdad? —Frunció el ceño al contemplar su expresión perpleja—. Si quieres trabajar con los caballos, podrás hacerlo. Pero no como empleada mía, sino como mi esposa. Puedes pasar el tiempo visitando el club de campo o limpiando los establos. De ti depende.

—Está bien —lentamente, Adelia relajó los puños que había mantenido fuertemente cerrados sobre su regazo—. Yo también haré lo posible por facilitarte las cosas. Sé que obraste bien al hacer esto por Paddy, y te estoy muy agradecida.

Travis se quedó mirándola un momento, y luego se encogió de hombros y se apeó del coche.

Cuando entraron en la casa, una mujer regordeta de pelo canoso salió al vestíbulo para recibirlos, secándose las manos en un blanco delantal.

—Hannah, te presento a Adelia, mi esposa.

Los cálidos ojos castaños de la mujer inspeccionaron los de Adelia, y sonrió aprobadoramente.

—Bienvenida, señora Grant. Ya era hora de que alguna criatura hermosa arrastrara a mi Travis hasta el altar —después de que Adelia le murmurara una respuesta que esperaba que fuese adecuada, el ama de llaves añadió—: Siento mucho lo de Paddy; todos lo queremos mucho —las traicioneras lágrimas volvieron a hacer acto de presencia, y Adelia cerró los ojos para reprimirlas—. Oh, la pobre va a derrumbarse. Acompáñala arriba, Travis. La habitación ya está preparada.

Adelia empezó a subir las escaleras, cuyas dimensiones se le antojaron como las del Monte Olimpo. Sin decir una sola palabra, Travis la tomó en brazos y la llevó por un largo pasillo enmoquetado. A continuación, tras entrar en uno de los dormitorios, la soltó encima de una enorme cama con dosel.

—Lo siento —Adelia alzó la mano y volvió a dejarla caer. No parecía quedar nada que decir. Él se sentó a su lado y le retiró el cabello de la cara.

—Adelia, ¿cuándo vas a aprender que la debilidad no siempre es un defecto? Maldita terquedad irlandesa —musitó al tiempo que la miraba con el ceño fruncido—. Seguro que es lo único que te ha hecho seguir en pie. No he visto ni un solo atisbo de color en tus mejillas durante las pasadas seis horas.

Ella se quedó mirándolo, deseosa de atraerlo hacia sí y sentir el consuelo de su calor.

Travis se giró bruscamente y se acercó a un enorme armario de madera de cerezo.

—No sé dónde ha puesto Hannah tus camisones —abrió las dobles puertas del armario para exponer sus escasos contenidos—. Dios santo, ¿esto es todo lo que tienes?

Adelia trató de replicarle, pero el esfuerzo le resultó excesivo.

Travis se dirigió hacia una cómoda con espejos y empezó a abrir los cajones, musitando y maldiciendo, mientras ella lo observaba recostada en la cama, demasiado exhausta como para sentir vergüenza por el hecho de que manoseara su ropa con tanta libertad.

Travis sacó un camisón liso de cuello alto y, tras inspeccionarlo despreciativamente, se lo entregó.

—Por amor de Dios, ve a comprarte algo de ropa mañana.

—No me des órdenes, Travis Grant —Adelia se incorporó, incapaz de quedarse callada ni un segundo más, y lo increpó con un atisbo de su temperamento habitual.

Él se quedó mirándola inexpresivamente.

—Mientras estemos casados, Adelia, tendremos que hacer vida social, y para eso tendrás que vestir adecuadamente. Nos ocuparemos de ello mañana. Bueno, ¿puedes cambiarte sola, o necesitas mi ayuda?

Arrebatándole el camisón de un tirón, Adelia respondió en tono rígido:

—Puedo arreglármelas perfectamente.

—Bien. Cámbiate y descansa un poco. No ayudarás en nada a Paddy poniéndote enferma —sin aguardar una respuesta, Travis se dio media vuelta y salió del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

Demasiado cansada como para apreciar la belleza de la habitación, Adelia se despojó de la falda y de la blusa, y se coló por la cabeza el camisón. A continuación, retirando el cobertor verde menta, se acurrucó entre las suaves sábanas y se sumió al instante en un profundo sueño.

La despertaron los pájaros, tal como acostumbraban, trinando y gorjeando en el exterior de la ventana. Abriendo los ojos, Adelia se fijó en el entorno desconocido que la rodeaba, y recordó. Luego relajó el puño que había mantenido fuertemente cerrado sobre el sello de Travis durante toda la noche, mientras paseaba lentamente la mirada por el cuarto. Había pensado que el dormitorio que tenía en casa de Paddy era grande, pero aquel debía de medir el doble, como mínimo. El papel de las paredes era a rayas verdes y blancas, con paneles de madera oscura. Los muebles eran de madera de cerezo. Además del armario y la cómoda que Travis había registrado la noche anterior, había un pequeño escritorio, dos mesitas de noche y una rinconera, sobre la que descansaba un jarrón lleno de flores frescas. La suave fragancia le llegó mientras se sentaba en la cama, abrazándose las rodillas. Suspiró al ver las altas puertas que conducían al balcón, diciéndose que jamás había visto un dormitorio más bonito.

«Qué feliz sería si tío Paddy estuviera bien, y si Travis...».

Adelia trató de desterrar de su mente los pensamientos negativos. Retiró la colcha y salió de la cama.

Tras ducharse y ponerse la única falda que le quedaba, se aventuró a bajar, esperando poder localizar la cocina en aquella casa extraña que ahora era su hogar.

—Buenos días, Dee —Travis salió de la habitación que, según Adelia sabría más tarde, era su despacho—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí —contestó ella, sintiéndose repentinamente tímida e insegura ante el hombre que era su marido—. No recuerdo haber dormido tanto en toda mi vida.

—Estabas agotada —mientras Travis le alzaba el mentón, para examinarla como un padre que buscara algún indicio de enfermedad en su hijo, Adelia se mantuvo firme—. Has recobrado el color —dijo él al cabo, sonriendo.

—Me siento bien —ella consiguió mantenerse quieta mientras Travis seguía sosteniéndole la barbilla—. Estaba pensando en llamar al hospital, para ver si tío Paddy... —Agitó las manos, y luego las entrelazó delante de la falda.

—Ya he llamado; por lo visto, se ha estabilizado —él alzó las manos para colocárselas en los hombros—. Ha pasado una noche muy tranquila.

Adelia se sintió recorrida por un estremecimiento. Cerró los ojos y enterró el rostro en el pecho de Travis. Al cabo de un momento, notó que los brazos de él la rodeaban.

—Oh, Travis, pensé que iba a morir. Temía que pudiéramos perderlo.

Él la retiró de sí hasta que ella alzó la cabeza para mirarlo.

—Se pondrá bien, con algo de tiempo y cuidado, y nada de preocupaciones —sus rasgos se relajaron—. Naturalmente, cuando vuelva a casa, tendrá que tomarse las cosas con calma y no trabajar tanto. Pero nosotros lo obligaremos.

—Sí —contestó Adelia con una sonrisa radiante como las estrellas—. Seremos dos contra uno.

—Exacto —murmuró Travis, revolviéndole el cabello—. Debes de estar hambrienta. Anoche no conseguí despertarte para la cena.

—Tengo la sensación de no haber comido desde hace una semana —con un suspiro, Adelia se alisó el pelo—. Si me dices dónde está la cocina, prepararé el desayuno.

—Ya lo está preparando Hannah —le informó Travis, tomándola del brazo y conduciéndola hasta un inmenso comedor. Reparando en su expresión indecisa, le susurró confidencialmente en el oído mientras le retiraba una silla—: No te preocupes. Llevo toda la vida comiendo la comida de Hannah.

—Oh, no pretendía ser irrespetuosa. Es que no estoy acostumbrada a que me preparen la comida —la expresión de Adelia bordeaba el horror, y él se recostó en la silla y se echó a reír.

—No pongas esa cara, Dee. Hannah pensará que ya he empezado a pegarte.

—No quería que pensaras que... —Adelia intentó pensar en algo que aliviara la incomodidad que sentía—. La habitación que has elegido para mí es preciosa. Gracias.

—Celebro que te haya gustado.

Adelia se sintió aliviada cuando Hannah entró con una humeante bandeja en las manos.

—Buenos días, señora Grant. Espero que se sienta mejor tras una noche de descanso —dejó la bandeja en la mesa y Adelia le sonrió.

—Gracias. Sí, me encuentro bien —tuvo cuidado de no dar un respingo al oír el tratamiento de «señora».

—Pero seguro que tendrá hambre —asintiendo, Hannah estudió su rostro—. Travis me ha dicho que apenas comió usted nada ayer, de modo que espero haberle hecho justicia con el desayuno.

—Debo advertirte, Dee, que con Hannah no se juega —terció Travis desde el otro extremo de la mesa—. A veces, puede ser feroz. Debo confesar que, personalmente, me aterroriza.

—No escuche sus bobadas, señora Grant —Hannah le hizo una mueca a Travis antes de volver a centrar su atención en Adelia—. Seguro que estará muy ocupada mientras Paddy siga ingresado. No obstante, cuando se haya instalado del todo, ya tendrá tiempo de decirme cómo le gusta que se hagan las cosas. De momento, si no hay inconveniente, fijaré el horario de las comidas dependiendo de sus visitas al hospital.

—Pues... sí, como usted crea conveniente.

—Ya tendremos tiempo de hablarlo —concluyó el ama de llaves—. Ahora, tómese el desayuno antes de que se enfríe —dicho esto, salió diligentemente de la sala.

Adelia escuchó la conversación de Travis mientras desayunaba, respondiendo solo cuando hacía falta, y contempló con detenimiento la estancia. El comedor era enorme, y sus paredes estaban decoradas con un papel de elegante diseño. El mobiliario era de lustrosa madera de roble. Por doquier relucían el brillo de la plata y el destello del rico cristal.

—Travis —dijo Adelia de repente, enarcando las cejas mientras tomaba un sorbo de café—. Yo no encajo aquí. Carezco de la experiencia necesaria para hacer lo que se espera de mí. No quiero ser un motivo de vergüenza para ti, y tengo miedo de hacer o decir algo inconveniente, y...

—Adelia —aquella única palabra de Travis interrumpió sus desvaríos. Por su expresión, Adelia se dio cuenta de que ya había cometido un error. En vista de la seriedad que cobró su semblante, temió que la increpara. No obstante, cuando Travis habló, lo hizo con voz serena y precisa—. No me avergonzarás. Jamás podrías avergonzarme. Relájate y sé tú misma. Eso es lo

que se espera de ti.

Ambos se quedaron en silencio. Adelia jugueteó con los restos de los huevos revueltos.

—A propósito —empezó a decir Travis, y ella alzó los ojos y vio que estaba sonriendo—. Ha salido tu foto en el periódico.

—¿Mi foto?

—Sí —la sonrisa de él se amplió al ver su ceño—. Dos fotografías, en realidad. En una aparecéis Steve y tú, sentados en la cerca del corral. En la otra salimos tú y yo, después de la carrera de Belmont.

Las mejillas de Adelia se tiñeron de color cuando comprendió cuál era el contenido de la segunda fotografía.

—No sé por qué me siguen continuamente con las cámaras y los bolígrafos en ristre.

—Yo tampoco imagino el motivo —respondió Travis, arqueando los labios de nuevo—. Al parecer, la prensa se lo ha pasado de maravilla especulando sobre los amoríos de mi atractiva encargada de cuadra.

Los ojos de ella se agrandaron, al tiempo que sus mejillas volvían a sonrojarse.

—¿Estás insinuando que...? ¡Oh, qué sarta de tonterías! Steve y yo somos amigos. Y tú y yo... —titubeó, balbuceó y, finalmente, guardó un mortificante silencio.

—Estamos casados, Adelia, independientemente de que seamos amigos o no —con una sonrisa que a ella le pareció hartamente extraña, Travis apuró el café y se levantó—. Supongo que, cuando se corra la noticia de nuestra boda, a la prensa no le parecerá una sarta de tonterías. Podré mantener el secreto durante algún tiempo, pero tendremos que hacer frente a la situación antes o después... Deduzco que ya has terminado, puesto que llevas diez minutos jugueteando con el tenedor —tomándola del brazo, la urgió a levantarse—. Y ahora, si borras esa expresión seria de tu cara, te llevaré al hospital.

* * *

La ansiedad que había acumulado Adelia se disipó con la presencia de su tío. Sus mejillas, que el día anterior habían mostrado un tono gris ceniciento, casi habían recobrado el color sonrosado de costumbre. Sus ojos brillaron cuando Travis hizo pasar a Adelia. Su voz seguía siendo débil como la de un bebé, pero hablaba con firmeza y sin esfuerzo. Cuando se quejó de estar conectado a aquellas malditas y ruidosas máquinas, la preocupación de Adelia se transformó en una risotada. Besándole la mano, y sosteniéndola luego entre la suya, sintió cómo se disolvía el último vestigio de la tensión de las últimas horas.

Después de la breve visita, Travis la condujo al vestíbulo.

—Esta vez no puedes quedarte mucho tiempo. El médico dice que se cansa con facilidad y que necesita descansar. Eso, y verte a ti, es la mejor medicina que se le puede administrar.

—No lo cansaré, Travis —prometió Adelia—. Tiene mucho mejor aspecto. Apenas pude creerlo cuando lo vi. Solo me quedará un ratito más. En cuanto vea que se cansa, me iré.

Travis contempló su rostro sonriente, al tiempo que enredaba distraídamente los dedos en las puntas de su cabello.

—Tengo que volver ya al rancho, pero Trish no tardará en venir. Irá de compras contigo —dejó caer la mano y la miró con aire ausente, como distraído—. Ella sabrá lo que necesitas. Y, si quieres, podrá traerte de nuevo al hospital esta tarde, cuando hayáis acabado.

—Eres muy amable al hacer todo esto por mí, Travis —Adelia le tocó el brazo para reclamar de nuevo su atención—. No sé cómo voy a pagarte todos estos favores.

—No tiene importancia —él se encogió de hombros y, tras sacarse la cartera del bolsillo, le entregó un puñado de billetes—. He hecho las gestiones necesarias para que puedas comprar con tarjeta. Trish te explicará los detalles. Pero también te hará falta algo de dinero en metálico.

—Pero, Travis, es mucho. No puedo...

—No discutas. Acéptalo —Travis le cerró la mano sobre los billetes en un último e impaciente gesto—. Dáselo a Trish para que te lo guarde. Y, por amor de Dios, Dee —añadió con exasperación—, cómprate un bolso. Nos veremos esta noche.

Travis se alejó a grandes zancadas por el largo pasillo, mientras Adelia se quedaba atrás, observándolo.

Capítulo 8

Al llegar al hospital, Trish saludó a Paddy con un beso afectuoso y le dijo, con total seriedad, que cualquiera podía ver que estaba fingiendo y disfrutando al ser el centro de atención. Tras una breve visita, acompañó apresuradamente a Adelia al pasillo y la abrazó con entusiasmo.

—Me alegro tanto por ti y por Travis —sus ojos brillaban, llenos de afecto. Por primera vez, Adelia empezó a sentir el peso de la culpa—. Ya tengo la hermana pequeña que siempre quise tener —obsequió a Adelia con otro abrazo—. Jerry te envía sus saludos —dijo refiriéndose a su marido, con el semblante deshecho en sonrisas—. Los gemelos se pusieron como locos cuando les dije que ahora eres su tía. Dicen que eso los convierte en irlandeses y que pronto serán videntes, como tú.

Adelia respondió con sonrisas y murmullos amables, odiándose a sí misma por aquella farsa y deseando, de todo corazón, poder sincerarse con aquella mujer a la que consideraba amiga suya. Pero le había dado a Travis su palabra, y la cumpliría.

Entrelazando su brazo con el de Adelia, Trish se encaminó hacia el ascensor.

—Travis me ha dado firmes instrucciones para que me asegure de que te compras un guardarropa completo —sonrió con evidente placer mientras el ascensor iniciaba su lento descenso hasta la planta baja—. Le he dicho, claro está, que cumpliría gustosamente sus órdenes y gastaría su dinero con total abandono.

—Dice que me guardes esto —Adelia entregó a Trish el puñado de billetes, que su amiga aceptó y guardó distraídamente en su bolso de piel.

—Esto va a ser divertido.

Adelia sonrió débilmente.

Adelia tenía la impresión de que aquella segunda sesión de compras seguiría la misma línea de la primera, pero no tardó en descubrir que se equivocaba. Trish evitó los grandes centros comerciales para centrarse en *boutiques* más exclusivas. Adelia empezó a sentirse como si se hallara atrapada en un monzón tropical. Era arrastrada de tienda en tienda, mientras Trish seleccionaba, descartaba o aceptaba los artículos con un gesto de asentimiento o un murmullo dirigido a los dependientes. Las compras empezaron a apilarse en una alarmante montaña, para confusión y desconcierto de Adelia.

Trajes de noche brillantes y vaporosos; ropa deportiva digna de la misma realeza; finísima lencería que parecía demasiado frágil para ser real; todas las prendas eran probadas e inspeccionadas bajo el ojo crítico de Trish, y luego aprobadas o descartadas. Zapatos italianos y bolsos, pañuelos franceses y saltos de cama incluidos.

—Tal vez Travis no quería que me comprara tantas cosas, Trish —objetó Adelia, mirando incómoda los montones de bolsas y de cajas—. Nadie puede vivir bastantes años para ponerse toda esa ropa.

—Ah, no creas —murmuró Trish con aire ausente mientras inspeccionaba a conciencia un camisón de brillante seda verde—. Tendrás que viajar muy a menudo y siempre hay fiestas y actos oficiales... —se interrumpió mientras colocaba el camisón delante de Adelia y entrecerraba los ojos pensativamente—. Travis fue muy específico. Me dijo que debía comprarte todo lo necesario y que hiciera caso omiso de tus protestas. Y eso es precisamente lo que estoy haciendo. Ten —añadió poniéndole el camisón en las manos—. Ve a probártelo. El verde es tu color.

—No podemos comprar nada más —afirmó Adelia tajantemente, intentando mantenerse firme—. No cabremos en el coche cuando hayamos cargado todos los paquetes.

—Entonces, hermanita, alquilaremos un remolque —tras empujarla hacia el vestidor, Trish centró su atención en una blusa blanca de lino.

* * *

Horas después, esa misma tarde, Adelia se quedó mirando los paquetes apilados encima de la cama. Con un suspiro de cansancio, se giró y salió del cuarto. Hannah la saludó mientras permanecía en el vestíbulo, dudando si quedarse en la casa o ir a los establos en busca de Travis.

—¿Cómo se encuentra Paddy, señora Grant?

—Tiene un aspecto estupendo. Lo dejé hace escasamente una hora.

—Pobre criatura, parece exhausta.

—He ido de compras. Creo que ni limpiar los establos resulta tan agotador.

Hannah emitió una risita.

—Una taza de té la dejará como nueva. Siéntese y se la traeré.

—Hannah —Adelia detuvo a la regordeta ama de llaves antes de que se marchara—. ¿Te importa si te acompaño a la cocina y tomo esa taza de té contigo? —Hizo un leve gesto de indefensión con las manos—. No estoy acostumbrada a que me sirvan.

La cara redonda del ama de llaves se iluminó. Rodeó maternalmente la cintura de Adelia con el brazo.

—Pues claro que puede acompañarme. Tomaremos una taza de té y charlaremos un poco.

Y así las encontró Travis una hora más tarde. Permaneció en la puerta de la cocina, observando con divertido asombro cómo Adelia y Hannah preparaban juntas la cena, conversando como si se conocieran de toda la vida.

—Vaya, vaya, vaya, esto es un milagro —las dos cabezas se giraron hacia Travis mientras él les dirigía una leve y encantadora sonrisa—. Nunca creí que permitieras a nadie trabajar contigo en tu cocina, Hannah —paseó la mirada desde el ama de llaves a la mujer menuda que se hallaba a su lado—. ¿A qué clase de hechizo irlandés la has sometido, Dee?

—Con su amabilidad le basta y le sobra, joven sinvergüenza —afirmó Hannah con gran dignidad—. Ahora, señora —le quitó a Adelia el cortador de verduras de la mano—, váyase deprisa y quíteme a ese hombre de encima. Siempre es una molestia en la cocina.

Travis volvió a sonreír, serenamente impávido.

—Salgamos a la terraza, Dee —la invitó al tiempo que le tomaba la mano—. Hace un día demasiado bonito para quedarnos aquí dentro.

La condujo al exterior, a través de las amplias puertaventanas, hasta la lisa superficie de piedra de la terraza. El suave aroma de las plantas y de las flores llenaba la tarde de junio. El sol aún emitía un cálido resplandor dorado, proyectando sombras en el suelo de piedra.

—Bueno, Dee —empezó a decir Travis al tiempo que acomodaba a Adelia en una silla y se sentaba en otra idéntica, frente a ella—. ¿Compraste todo lo que necesitabas?

—¿Todo? —repitió ella, cerrando los ojos y estremeciéndose—. Nunca en mi vida había visto ni me había puesto tanta ropa. Pruébate esto, quítate aquello —abriendo de nuevo los ojos, correspondió a la amplia sonrisa de él con una mirada de desdén—. No sonreirás así cuando tengas que construir otro cuarto para guardarla. Tu hermana es una mujer muy testaruda, Travis Grant. No dejaba de arrojarme prenda tras prenda y de meterme en el vestidor a empujones. No conseguí que entrara en razón.

—Ya supuse que Trish cumpliría bien su misión.

—¿Su misión? —Adelia exhaló un sufrido suspiro—. Me sentí como si estuviera presa en un remolino. La montaña de paquetes no dejaba de crecer, y Trish sonreía mientras buscaba más prendas. Se lo ha pasado estupendamente —añadió desconcertada.

—Sí, me lo imagino. Veo que no ha tenido problemas a la hora de llenar tu armario —Travis sonrió y se recostó en la silla.

—Travis —empezó a decir Adelia después de una breve pausa—, ¿qué voy a hacer con todas esas cosas?

—Puedes probar a ponértelas —sugirió él—. Es lo habitual.

—Sí, de momento. Comprendo que no puedo ir vestida con mi vieja ropa tal como están las cosas ahora mismo. Pero, luego, cuando... —Adelia titubeó, buscando las palabras adecuadas—. Cuando las cosas vuelvan a ser como eran antes...

—Esa ropa es tuya, Adelia —la interrumpió Travis con un rápido gesto—. Y seguirá siéndolo, ocurra lo que ocurra. A mí no me sirve, desde luego —levantándose, atravesó la terraza y se quedó mirando la suave extensión de hierba.

Adelia siguió sentada en silencio, preocupada por su ira y sin saber qué la había provocado. Se levantó y se acercó a él, posándole una cautelosa mano en el brazo.

—Lo siento, Travis. He debido de parecerme una ingrata. No era mi intención. Todo está sucediendo tan deprisa... No quiero aprovecharme de tu amabilidad, eso es todo.

—Difícilmente puede decirse que te estés «aprovechando», cuando casi hay que torturarte para que aceptes las cosas —Travis enderezó los hombros y se giró para mirarla—. Adelia —dijo con un suspiro entre impaciente y divertido—, eres tan inocente...

Ella no cuestionó la ambigüedad de sus palabras, aliviada al ver que su ira había desaparecido y que volvía a sonreírle.

—Tengo algo para ti —él se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita—. Mi sello valió para una emergencia, pero es tan grande que te cabría en la muñeca.

—Oh —fue lo único que pudo decir Adelia cuando abrió la caja y encontró una sortija con resplandecientes diamantes y esmeraldas.

Travis le quitó el enorme y masculino anillo del dedo y lo reemplazó con la sortija.

—Te sienta muchísimo mejor.

—Me cabe —murmuró ella inadecuadamente, desbordada por el deseo de rodearlo con los brazos y gritarle que lo amaba.

—He observado tus manos lo suficiente como para hacerme una idea exacta de la medida de la sortija —dijo Travis apenas sin pensar y, dejando caer la mano de ella, regresó a la silla.

Tragando saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta, Adelia lo siguió.

—Travis —dijo situándose delante de la silla, sintiéndose extraña mientras lo miraba—. Me estás dando muchas cosas, y yo no te estoy dando nada... Deseo hacerlo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Algo que quieras de mí?

Él la miró a los ojos durante largos momentos, con una expresión indescifrable, hasta que ella pensó que no contestaría.

—De momento, Dee —dijo Travis por fin—, lo mejor que puedes hacer por mí es aceptar lo que te doy sin poner objeciones.

Adelia suspiró al oír la respuesta.

—Está bien, Travis. Si eso es lo que quieres...

Él se levantó y le tomó la mano, pasando un dedo por la sortija.

—Sí, es lo que quiero. Vamos a cenar, y te contaré cuánto te ha echado de menos Majesty hoy.

* * *

Las dos semanas siguientes transcurrieron con rapidez. Adelia repartía todo su tiempo entre el hospital y los establos. Paddy había sido trasladado a una habitación normal. Ya no estaba conectado a ninguna máquina y mejoraba diariamente, quejándose, sin embargo, de estar postrado en una cama y de recibir pinchazos a todas horas. La cálida camaradería de los hombres de los establos y la relajante rutina del trabajo aportó nuevamente una sensación de normalidad a la vida de Adelia, quien a veces incluso olvidaba que era la señora de Travis Grant.

Travis se mostraba amable y afectuoso con ella. Cuando coincidían en las comidas, charlaban de la recuperación de Paddy o de los caballos en general. Travis permitía que Adelia hiciera lo que quisiera, sin exigirle nada, manteniendo una actitud tolerante, generosa y distante.

Ella enseguida notó el cambio sutil que había experimentado su relación, y encontró que no le gustaba. Travis jamás le alzaba la voz ni la criticaba, ni tampoco la tocaba más allá de lo estrictamente necesario. Adelia empezó a desear que le gritase, la zarandease o hiciese algo que lo sacara de aquel mutismo sereno y controlado. Su relación tenía ahora un carácter mucho menos personal que cuando eran simplemente patrón y empleada.

Una tarde, Adelia se dirigía de vuelta a casa, preguntándose si Travis habría regresado ya de una cita de negocios, cuando se detuvo y se quedó mirando boquiabierta la enorme bola de pelo que exploraba un lecho de caléndulas. Tras una cuidadosa inspección, concluyó que debajo de todo aquel pelo mugriento debía de haber un perro de tamaño considerable.

—Yo en tu lugar no lo haría —le dijo en tono quedo, y el perro alzó rápidamente la cabeza—. Espera, no te vayas. No voy a hacerte ningún daño —vio que el perro titubeaba, mirándola con cautela, y mantuvo la distancia entre ambos mientras hablaba—. Es que, verás, he visto al

jardinero de Travis... y es un hombre terrible. No le sienta muy bien que escarben en sus flores — Adelia se agachó, y ambos se estudiaron frente a frente—. ¿Te has perdido, o solo estás dando una vuelta? Por tu mirada, se ve que tienes hambre. Espérame aquí —ordenó al tiempo que se levantaba—. Te traeré algo de comer.

Entró en la cocina y se hizo con un buen trozo de asado de ternera. El chirrido de la aspiradora se oía desde la sala de estar, así que, decidiendo que sería una estupidez molestar a Hannah y pedirle disculpas una vez consumado el hecho, Adelia se escabulló de nuevo hacia el jardín.

—Es ternera de primera, amiguito. Y, por tu expresión, es la primera vez que ves algo así — colocó el trozo de carne sobre la hierba y retrocedió unos cuantos pasos.

El perro se acercó lentamente al principio, sus ojos se paseaban entre la carne y su benefactora, hasta que su confianza y su hambre crecieron, y se abalanzó sobre aquella comida inesperada. Adelia observó cómo daba buena cuenta del trozo de asado, que habría llenado a tres hombres adultos, enormemente complacida con su apetito.

—Vaya, vaya, has mostrado los modales de un cerdo, francamente, y no pareces avergonzarte lo más mínimo —Adelia sonrió burlona al ver cómo el perro levantaba la enorme cola, mostrándose de acuerdo—. Estás muy satisfecho contigo mismo, ¿eh? —Antes de que pudiera reaccionar, se vio tumbada de espaldas, atrapada bajo ciento cincuenta kilos de agradecimiento, con una larga y húmeda lengua lamiéndole la cara—. ¡Quita de encima, pedazo de bruto peludo! —Entre risas, lo empujó inútilmente y trató de volver la cara para eludir la enorme lengua—. Debes de tener todas las costillas rotas y, desde luego, no has tomado un solo baño desde que naciste.

Después de mucho suplicar y retorcerse, Adelia consiguió liberarse. Tras ponerse trabajosamente en pie, inspeccionó los daños. Tenía la camisa y los vaqueros llenos de tierra, y los brazos manchados. Se alisó el desgredado pelo al tiempo que miraba al perro, que permanecía sentado a sus pies, con la lengua colgando en un gesto de adoración.

—Ahora los dos necesitamos un buen baño. En fin... —Dejó escapar un largo soplo de aliento y ladeó la cabeza, pensativa—. Espera aquí, y ya veremos lo que hacemos contigo. Más vale que te lavemos un poco antes de que te presente a los demás.

Mientras volvía a la casa, Adelia se detuvo en la terraza para sacudirse la tierra de la ropa.

—¿Qué ha pasado, Dee? ¿Te has caído? ¿Te has hecho daño? —Travis corrió hacia ella y le colocó las manos en los hombros, antes de acariciarle la mejilla. Ella negó con la cabeza, sorprendida por el tono frenético de su voz.

—No, no me he hecho daño. Pero no me toques, Travis... Te mancharás el traje —Adelia trató de dar un paso atrás, solo para verse inmovilizada entre sus brazos.

—¡Al diablo con el traje! —La voz de él bordeaba la furia mientras la estrechaba contra sí, meciéndola.

Aquella leve intimidad, después de tantos días de impersonal distanciamiento, la llenó de placer. Adelia le rodeó la cintura con los brazos antes de poder reprenderse a sí misma sobre la falta de prudencia que entrañaba aquel acto. Notó cómo los labios de Travis le acariciaban el cabello y se dijo, con un breve flogonazo de júbilo, que se daría por satisfecha si pudiera disfrutar de aquel leve contacto de vez en cuando.

De repente, una mano le apretó el hombro mientras otra le alzaba el mentón, y Adelia vio cómo el genio inflamaba su rostro.

—¿Qué demonios has estado haciendo?

—No he hecho nada —respondió ella con un asomo de dignidad al tiempo que se zafaba de su mano—. Tenemos compañía —hizo un gesto en dirección al jardín.

Los ojos de Travis siguieron su mano y luego, entrecerrándose, volvieron a clavarse en los de ella.

—Adelia, ¿qué diablos es eso?

—Es un perro, Travis, aunque yo tampoco estaba muy segura al principio. El pobre estaba muerto de hambre. Por eso le... —Hizo una pausa y dispuso a confesar—. Por eso le di el asado de ternera.

—¿Le has dado de comer? —preguntó Travis en tono bajo y sereno.

—No iba a negarle al pobre un poco de comida. Yo...

—Me trae sin cuidado la comida, Adelia. ¿Pero cómo se te ocurre darle de comer a un perro desconocido? Podría haberte mordido.

Enderezándose, Adelia lo miró con rabia al percibir su tono de reproche.

—Sé muy bien lo que hago, y tuve cuidado. Tenía hambre, así que le di de comer, como hubiera hecho con cualquiera que lo necesitara. Además, él sería incapaz de morderle a nadie —miró al perro y observó cómo volvía a levantar la cola—. Mira —añadió triunfante—, ¿lo ves?

—Parece que has hecho otra conquista. Bueno —Travis la obligó a darse la vuelta para mirarlo—. ¿Cómo te has puesto así de perdida?

—Oh, bueno —Adelia miró a Travis, al perro y luego a Travis otra vez—. Verás, cuando acabó de comer, quiso mostrarme su gratitud y... En fin, que se dejó llevar y se abalanzó sobre mí para darme las gracias. Está un poco sucio, como puedes ver.

—¿Te tiró al suelo? —inquirió Travis incrédulo.

Al oír su tono, Adelia se apresuró a decir:

—No quería hacerme daño, lo que ocurre es que es muy afectuoso. En serio, Travis, no te enojés con él. Mira lo mono que está, ahí sentado sin moverse —Adelia miró al perro y vio que era lo bastante listo como para mirar a Travis con ojos tristes y parpadeantes—. Le he dicho que espere, y eso está haciendo. Solo quiere un poquito de cariño.

Travis se giró y miró a Adelia durante largos momentos.

—Me da la impresión de que quieres quedártelo.

—Bueno, no sé —ella agachó la mirada, vio una mancha de tierra en la chaqueta de Travis y la sacudió.

—¿Cómo se llama?

—Finnegan —respondió Adelia de inmediato y luego, comprendiendo que había caído en la trampa, lo miró con el ceño fruncido.

—¿Finnegan? —repitió Travis asintiendo muy serio—. ¿Cómo se te ha ocurrido ese nombre?

—Es que me recuerda al padre Finnegan, de Skibbereen. Grandote y patoso, pero con una gran dignidad.

—Comprendo —Travis se acercó y, agachándose, inspeccionó a Finnegan. Para alivio de Adelia, el perro mostró buenos modales.

Cuando Travis regresó junto a ella Adelia se humedeció los labios y siguió adelante con su campaña.

—Yo me encargaré de cuidarlo, Travis; no dará ningún problema. No le dejaré entrar en la

casa ni molestar a Hannah.

—No hace falta que utilices la mirada para convencerme, Adelia —al ver su expresión de perplejidad, Travis se echó a reír y le tiró del pelo—. Espero que sepas lo que haces. Pero, sí, eres libre de quedártelo si es lo que deseas.

—Oh, gracias Travis...

—Pero con dos condiciones —la interrumpió él antes de que Adelia pudiera acabar de darle las gracias—. Primera, que le enseñarás que no debe tirarte al suelo; es tan grande como tú. Y, segunda, que se dé un baño —miró de soslayo a Finnegan y meneó la cabeza—. O, mejor, varios baños.

—Creo que yo también debo tomar uno —de nuevo, Adelia intentó sacudirse la tierra, sin éxito, y luego alzó el rostro con una sonrisa. Dicha sonrisa, sin embargo, se tornó temblorosa cuando vio con qué extraña intensidad la miraba Travis.

—¿Sabes, Dee? Me siento tentado de meterte en uno de mis bolsillos, para no tener que preocuparme por ti.

—Bueno, soy pequeña —convino ella, apenas capaz de respirar—, pero creo que no tanto como para eso.

—Tu tamaño amedrenta a cualquiera.

Adelia frunció el ceño, preguntándose cómo podía considerar «amedrentadora» su estatura, de apenas un metro sesenta. La mano de él vagó por su cabello, con ternura al principio. A continuación, revolviéndoselo con desenfado, añadió:

—Creo que todo sería más fácil si no aparentaras quince años, en lugar de veintitrés... Bueno, más vale que me cambie de ropa para ayudarte a bañar a esa montaña.

* * *

Mientras su matrimonio se acercaba a su tercera semana de existencia, Adelia permanecía sentada en la habitación del hospital, junto a su tío, sonriéndole mientras él hablaba entusiasmado del alta que le darían al día siguiente.

—Ni que hayan estado torturándote o matándote de hambre, tío Paddy.

—Oh, no. El hospital es un buen sitio, lleno de gente amable y cariñosa —protestó Paddy—. Pero no deja de ser un sitio para los enfermos, y yo nunca me he sentido mejor en toda mi vida.

—Sí, estás mejor, y no puedo decir con palabras cuánto me alegro. Pero... —Adelia hizo una pausa y lo miró con firmeza—, aún tienes que descansar durante una temporada y seguir las instrucciones de los médicos. Te vendrás a casa con Travis y conmigo hasta que puedas valerte por ti mismo.

—Vamos, Dee, no puedo hacer eso —objetó Paddy al tiempo que le daba una palmadita en la mano—. Deberíais iros de luna de miel, y no preocuparos por mí.

Con una enorme dosis de calma, Adelia logró no hacer una mueca al oír las palabras «luna de miel» y siguió hablando en tono suave pero firme.

—Te vendrás con nosotros, y no hay más que hablar. Ni siquiera tuve que consultarlo con Travis... Él fue el primero que lo sugirió.

Paddy se recostó en la almohada y sonrió.

—No me extraña. Es un buen hombre.

—Sí que lo es —convino Adelia con un suspiro. Luego esbozó una sonrisa forzada y continuó —: Te quiere mucho, tío Paddy. Me di cuenta en cuanto os vi juntos la primera vez.

—Sí —murmuró él—. Travis y yo hemos recorrido un largo camino juntos. Apenas era un muchachito cuando yo empecé a trabajar para su padre. El pobre chiquillo no tenía madre. Era tan solemne y tan recto...

La imaginación de Adelia fantaseó mientras intentaba imaginar a Travis de niño, preguntándose si sería alto ya entonces.

—Stuart Grant era un hombre muy severo —prosiguió Paddy—. Trataba al chiquillo más duramente aún que a los caballos. Dejó el cuidado de Trish en manos de Hannah, mostrando apenas un fugaz interés por la pequeña, pero al niño quiso moldearlo a su imagen y semejanza. Siempre le daba órdenes, sin dirigirle nunca una sola palabra amable o afectuosa. Casi sin darme cuenta, yo me encariñé con el muchacho. Solía contarle cuentos y jugar con él cuando acabábamos de trabajar —Paddy sonrió, perdido en los recuerdos—. La «Sombra de Paddy», solían llamarlo los demás empleados, porque me seguía a todas partes cuando su padre no estaba presente. Trabajaba mucho y conocía a los caballos perfectamente ya en aquel entonces. Era un chico bueno y formal, pero su padre no sabía apreciarlo. Siempre le ponía faltas. A veces, una vez que se hubo hecho mayor, yo me preguntaba por qué no derribaba al viejo de un puñetazo. Bien sabe Dios que no le faltaba ni fuerza ni temperamento. Pero soportaba los abusos de su padre, limitándose a mirarlo con ojos fríos como el hielo.

Paddy hizo una pausa y exhaló una bocanada de aliento.

—Travis estaba en la universidad cuando falleció el viejo. De eso hará unos diez años. Al regresar, se plantó delante de la tumba y se quedó mirando la lápida. Yo me acerqué a él y le puse la mano en el hombro. «Siento mucho lo de tu padre, muchacho», le dije, y él se giró y me miró: «Él nunca fue mi padre, Paddy», contestó muy tranquilo. «Tú has sido mi padre... desde que cumplí los diez años. De no haber sido por ti, me habría marchado hace mucho tiempo, sin mirar atrás».

La habitación se sumió en un repentino silencio. Adelia apretó con fuerza la mano que sostenía entre las suyas mientras los ojos de Paddy se humedecían, inmersos en el recuerdo.

—Y ahora estáis los dos juntos. No hubiera podido desear nada mejor.

—¿Seguirás a su lado, tío Paddy? ¿Siempre, pase lo que pase? ¿Me lo prometes?

Él se giró hacia ella, sorprendido por la urgencia de su tono.

—Naturalmente que sí, pequeña Dee. ¿Adónde, si no, voy a ir?

Capítulo 9

La noche siguiente, después de que Paddy se instalara cómodamente en su habitación de la casa principal, Travis anunció sus planes de dar una fiesta.

—Esperábamos darla después del triunfo de Majesty, pero tuvimos que posponerla a causa del infarto de Paddy —dijo al tiempo que sostenía en la mano una copa de coñac.

Sus ojos se posaron por un momento en el cabello de Adelia, que resplandecía sobre el vestido azul Nilo que llevaba puesto.

—Como sabes, nuestro matrimonio ha tenido bastante eco en la prensa y sería oportuno que diéramos un banquete en el que pudieras conocer a algunos de mis amigos y socios.

—Ya —contestó Adelia mientras se mordía el labio de manera inconsciente y se giraba para mirar por la ventana—. Y así todos tendrán la oportunidad de verme.

—Eso también —contestó él con solemnidad—. No tienes por qué preocuparte, Dee. A menos que tropieces y te caigas de bruces en el suelo, lo harás estupendamente.

Ella se volvió para gritarle que no era una estúpida, pero su sonrisa afable la disuadió.

—Muchas gracias, amo Grant —le dijo sonriente—. No sabes cuánto me tranquilizas —a continuación, con voz entrecortada, se quejó al ver la lista de invitados que Travis le mostró. Habría al menos unos cien, estimó al echarle una ojeada al papel.

—No tienes que preocuparte por nada —le aseguró él—. Hannah se ocupará de los detalles. Tú solo has de mantener una conversación agradable.

Aquel comentario tranquilizador hirió el orgullo de Adelia.

—Has de saber que no soy ninguna inútil, Travis Grant. Soy muy capaz de ayudar a Hannah, y no andaré por ahí haciendo el tonto delante de tus queridos amigos.

—Eres tú quien ha sugerido que tenía miedo de hacer el ridículo, no yo —le recordó Travis, enfadado.

—No importa lo que yo haya sugerido —concluyó ella—. Lo que importa es lo que digo ahora —con un movimiento brusco de cabeza, se dio media vuelta y se dirigió hacia la cocina.

A pesar de sus orgullosas afirmaciones, Adelia se sentía aterrorizada la noche de la fiesta. En los días precedentes no había tenido tiempo de ponerse nerviosa; había estado demasiado ocupada planeándolo y preparándolo todo. Pero ahora, sola en su habitación, con la única misión de vestirse para la fiesta, empezó a sentir la primera sensación de ansiedad.

Eligió el vestido de seda verde que Trish había insistido en que comprara y fue deslizándose con cuidado desde la cabeza a los pies. Las líneas clásicas recalcan su figura, ligeramente redondeada; el acentuado escote revelaba un indicio burlón de sus firmes pechos. La seda brillaba

en contraste con su hidratada piel. Se recogió el cabello en un moño, con la intención de darle un estilo más sofisticado, pero no le agradó y decidió dejárselo suelto sobre los hombros, en forma de una fogosa cascada castaño rojiza.

Oyó voces en el salón mientras bajaba por las escaleras. Respiró hondo varias veces antes de reunirse con Travis y Paddy.

Travis dejó repentinamente de hablar cuando la vio entrar en la habitación. Se levantó de la silla. Adelia lo miró a los ojos, esperando su aprobación, pero encontró una mirada inexpresiva e indescifrable. Deseó haber elegido cualquier otro de los vestidos colgados en el enorme armario de madera de cerezo.

—¡Pero qué cosa más bonita! —exclamó Paddy contemplando a Adelia con visible orgullo—. No habrá otra mujer esta noche que le haga sombra a mi pequeña Dee. Eres un hombre afortunado, Travis.

—Tío Paddy —comentó Adelia sonriente al tiempo que se acercaba a besarle la mejilla—. Qué halagador. Pero puedes seguir, esta noche necesito oír cosas como esa. Si he de ser sincera, estoy aterrorizada.

—No tienes por qué estarlo, Dee —dijo Travis tomándole la mano—. Todos caerán rendidos a tus pies. Estás preciosa —le sonrió mientras con la mano libre le acariciaba momentáneamente el cabello, antes de girarse y servirse otra copa.

«Ámame, Travis», gritó Adelia para sí. «Daría todo el oro del mundo porque me amaras solo la mitad de lo que yo te amo».

Al volverse, los ojos de Travis se encontraron con los de ella. Una emoción indescifrable se reflejó en su rostro.

—Dee —musitó.

Antes de que ella pudiera decir nada, sonó el timbre de la puerta. Los invitados empezaron a llegar.

Fue infinitamente más fácil de lo que Adelia había imaginado. Después de la primera oleada de invitados, sintió cómo la tensión se disolvía y logró enfrentarse con cierta osadía a unas cuantas miradas un tanto especulativas. La casa no tardó en llenarse de gente, de charlas, risas y de sonidos de copas que chocaban al brindar. No había duda de que Travis era reconocido y respetado por sus socios, y de que todos aprobaban su gusto a la hora de elegir a su esposa. Si no en un principio, sí en cuanto hubieron conocido el encanto sincero y natural de Adelia.

Una mujer coquetamente peinada, que había arrinconado a Adelia, detuvo a Travis al pasar.

—Travis, tu mujer es un encanto, no te la mereces —dijo sonriente, con el privilegio que daba una antigua amistad—. Apuesto a que sería un verdadero deleite escucharla leer la guía de teléfonos con ese acento tan maravilloso.

—Cuidado, Carla —advirtió Travis mientras posaba un brazo en los hombros de Adelia—. Para Dee somos nosotros los que tenemos un acento raro y, aunque su aspecto sea dulce, su carácter no es para andarse con tonterías.

—¡Travis, querido!

El trío se giró y Adelia vislumbró un torbellino de color blanco mientras la dueña de la voz abrazaba a su marido.

—Acabo de regresar a la ciudad y he oído que dabas una pequeña fiesta. Espero que no te importe que haya venido.

—Por supuesto que no, Margot. Siempre es un placer verte —Travis se giró, y Adelia advirtió que no hacía el más mínimo intento de retirar de su brazo aquella mano de uñas pintadas de rojo—. Margot Winters, te presento a mi esposa, Adelia.

Al girarse Margot, Adelia se quedó sin habla. Tenía delante a la mujer más bella que jamás había visto. Era alta y esbelta, e iba elegantemente vestida con un fabuloso y ajustado vestido de noche blanco. Tenía el pelo rubio ceniza y los suaves rizos caían alrededor de su cara ovalada. Su piel era blanca y brillante, y sus ojos grises de largas pestañas se posaron sobre Adelia.

—Travis, es adorable —aquella mirada hizo que Adelia se sintiera pobre e insignificante—. Pero si es prácticamente una niña recién salida del colegio.

Su tono dulzón tenía, sin duda alguna, connotaciones paternalistas.

—Ya se me permite estar con los adultos —comentó Adelia un tanto enfadada, sosteniendo la mirada de Margot—. Hace tiempo que colgué la cartera.

—¡Oh! —exclamó Margot por encima de la risita sofocada de Carla—, eres irlandesa, ¿no?

—Sí —Adelia empezaba a ponerse de mal humor—. Como el cerdo que tiene Paddy en el corral —añadió—. Dígame, señorita Winters, ¿a qué se dedica?

—Dee —era la voz de Trish, que la agarraba del brazo—. ¿Puedes venir un momento? Necesito tu ayuda.

Trish tiró de Adelia en dirección a la terraza, y una vez que hubo cerrado las puertas, estalló en carcajadas.

—¡Ay, Dee! —exclamó con una sonrisita—. ¡Me habría encantado dejarte allí y observar cómo te lanzabas sobre ella! Pero no creo que sea el momento adecuado —se enjugó las lágrimas—. ¿Viste a Margot? —continuó—. ¡Pensé que iba a explotar! ¡No me lo hubiera perdido por nada del mundo! Nunca entenderé cómo Travis pudo liarse con esa mujer. Es una esnob de sangre fría.

—¿Travis y Margot Winters? —interpeló Adelia, intentando simular indiferencia.

—Sí, pensé que lo sabías —contestó Trish emitiendo un profundo suspiro. Luego, se enjugó las lágrimas de nuevo y continuó—: Para mí que no se la tomó muy en serio. Lo considero más inteligente. Margot hubiera dado una de sus mejores joyas porque él la mirara de la manera en que te mira a ti. Tuvieron una pelea hace unos cuantos meses. Parece que ella se quejaba de que él pasara tanto tiempo con los caballos —Trish emitió un bufido de disgusto y se alisó la falda—. Quería que les pasara el trabajo a otros y que dedicara el tiempo a entretenerla. Le lanzó una especie de ultimátum y se marchó a Europa en una nube de costoso perfume francés —añadió con visible deleite—. Pero su estratagema no tuvo ningún éxito, y ahora está fuera de juego. En lugar de consumirse pensando en ella, Travis está felizmente casado contigo —concluyó agarrando a su cuñada del brazo.

—Sí —murmuró Adelia—. Ahora está casado conmigo.

Su tono era melancólico. Trish la observó sorprendida, pero Dee prefirió no devolverle la mirada.

* * *

Paddy regresó a su casa pocos días después, y Adelia lo echaba de menos profundamente.

Encontró en Finnegan un compañero agradable, y el perro dividía su tiempo entre ella y Travis. Acompañaba a Paddy siempre que este se retiraba a echar su siestecita, y Adelia nunca estuvo segura de si Finnegan lo hacía por deber o por pereza.

Travis no mencionó a Margot Winters, y Adelia tampoco hizo ningún comentario sobre el asunto. Se limitaba a observar cómo la relación con su marido seguía su curso, y llegó a sentirse como una protegida más que como una esposa. Cuando acudían a algún acto social, Travis la trataba con la cálida atención que se esperaba de un esposo recién casado, pero en la soledad del hogar se volvía distante, mostrándole solo el afecto normal que se le dispensaba a una sobrina preferida.

Adelia intentaba, con cierto éxito, no mostrar el desánimo y la frustración que aquella conducta le causaba. Se comportaba como creía que su marido deseaba y mantenía hacia él la misma despreocupación que recibía. Raras veces perdía la paciencia, y estaba segura de que también Travis se esforzaba en conservar una estricta calma. A veces, a Adelia le parecía como si fueran tan solo un par de educadas marionetas, dirigidas por lazos invisibles. Se preguntaba, desesperada, cuánto tiempo aguantarían así.

Una tarde de julio, cuando ya empezaba a notarse el calor del verano, Adelia respondió al timbre de la puerta y se encontró con la elegante planta de Margot Winters frente a ella. Las cejas de Margot, finamente depiladas, se arquearon cuando vio los vaqueros y la camisa que llevaba Adelia. Luego, se deslizó al interior de la casa sin esperar invitación.

—Buenas tardes, señorita Winters —saludó Adelia, determinada a desempeñar el papel de anfitriona—. Por favor, entre y siéntese. Travis está en los establos, pero ordenaré que vayan a buscarlo.

—No es necesario, Adelia —contestó Margot, sentándose en una butaca como si se tratara de su propia casa—. He venido a tener una pequeña charla contigo. Hannah —dijo al ama de llaves, que había entrado detrás de Adelia—, tomaré un té.

La mujer miró inquisitivamente a Adelia, que se limitó a asentir con la cabeza mientras se acercaba a la inesperada visita.

—Seré directa —dijo Margot entrelazando los dedos en un gesto arrogante—. Seguramente sabrás que Travis y yo estuvimos a punto de casarnos, antes de tener un pequeño desacuerdo hace pocos meses.

—¿Es esa la verdadera historia? —preguntó Adelia aparentando escaso interés.

—Sí, todo el mundo lo sabía —afirmó Margot con un regio movimiento de la mano—. Pensé en darle a Travis una lección marchándome a Europa y dándole tiempo para meditar. Es un hombre muy tozudo. Cuando vi esa foto en el periódico, en la que le daba un beso a aquella tontuela, no le di la menor importancia. La prensa a veces exagera. Pero cuando oí que se había casado con una moza de cuadra —añadió con un delicado estremecimiento—, supe que era el momento de volver y poner las cosas en su sitio.

—¿Y puede la moza de cuadra preguntar cómo piensa hacerlo?

—Cuando este pequeño interludio acabe, Travis y yo podremos seguir con nuestros planes.

—Supongo que, al decir «interludio», se refiere usted a mi matrimonio, ¿no? —inquirió Adelia en tono amenazador.

—Por supuesto. Solo tienes que mirarte. Es obvio que Travis se casó contigo para hacerme volver. No tienes la menor posibilidad de retenerlo por mucho tiempo. No posees la educación ni

el estilo necesarios para manejarte en sociedad.

Adelia enderezó la espalda y ocultó su dolor con dignidad.

—Le aseguro, señorita Winters, que usted no tiene nada que ver con el motivo por el que Travis y yo nos casamos. Es cierto que yo no tengo su elegancia ni su estilo, pero hay algo que poseo y que a usted le falta. El anillo de Travis en el dedo. Y pasará mucho tiempo antes de que usted tenga alguna posibilidad al respecto.

Hannah entró en la habitación con una bandeja de té. Adelia se levantó y se giró hacia ella.

—La señorita Winters no se quedará, Hannah. Le ha surgido un imprevisto.

—Juega a ser la señora mientras puedas —espetó Margot al pasar por su lado—. Volverás a los establos antes de lo que imaginas.

Salió dando un portazo, y Adelia respiró aliviada.

—¡Qué mujer! Tiene la desfachatez de venir aquí y hablarle de esa manera —profirió Hannah airada.

—Lo mejor será pasar por alto lo sucedido —dijo Adelia al tiempo que le daba a Hannah una palmadita en el brazo—. Esta visita será un secreto entre tú y yo.

—Si lo prefiere así.

—Sí —contestó Adelia—, lo prefiero así.

* * *

Durante los días siguientes, Adelia apenas fue capaz de contener los nervios. En la casa se respiraba una cierta inquietud. Ante el cambio de actitud de su mujer, Travis se mostraba tolerante y paciente.

Una noche, después de la cena, Adelia se estaba paseando por el salón mientras su marido permanecía meditabundo ante una copa de coñac.

—Voy a dar un paseo con Finnegan —anunció ella, incapaz de soportar por más tiempo aquel silencio.

—Haz lo que quieras —contestó él encogiéndose de hombros.

—Haz lo que quieras —repitió ella con los nervios a punto de estallar—. Ya estoy harta de oírte decir eso. No quiero hacer lo que quiera.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? —inquirió él al tiempo que dejaba sobre la mesa la copa de coñac y la miraba fijamente—. Es lo más ridículo que he oído en toda mi vida.

—No tiene nada de ridículo. Está perfectamente claro, si tienes la capacidad de entenderlo.

—¿Qué te pasa? No dices más que estupideces.

—No me pasa nada.

—Entonces, deja de portarte como una leona enfurecida. Ya estoy harta de aguantar tu mal humor.

—¿Una leona enfurecida? ¿Eso es lo que soy para ti? —espetó ella mientras el color le teñía las mejillas.

—Exactamente —contestó Travis con calma.

—Muy bien. Pues, si estás cansado de mí, desapareceré de tu vista.

Adelia salió de la habitación como un torbellino, pasó por delante de Hannah, que no daba crédito a lo que veían sus ojos, y se adentró en la calurosa noche de verano.

Al día siguiente, se levantó avergonzada y arrepentida. Había pasado inquieta toda la noche. Su actitud había estado fuera de lugar y, además, se había comportado como una estúpida. Ambas cosas eran difíciles de asimilar.

«Travis no se merece que lo trate de esa manera», se dijo mientras se ponía la ropa de trabajo. Estaba decidida a pedirle perdón y a convertirse en la esposa dulce y comprensiva que cualquier hombre desearía.

Hannah la informó que Travis había desayunado muy temprano y se había marchado. De modo que Adelia se sentó a la mesa sola y apesadumbrada, incapaz de apaciguar su conciencia. Aquella mañana trabajó sin descanso, como penitencia por sus pecados. A medida que la tarde se aproximaba, la depresión que la atenazaba se fue apaciguando.

—Dee —la voz de Travis se oyó desde fuera de los establos, donde Adelia se encontraba colgando unas bridas—. Sal. Quiero enseñarte una cosa.

—Travis —dijo ella corriendo hacia él—. Travis, lo siento. Te pido perdón por la manera en que me he estado comportando, y por haberme enfadado contigo anoche sin razón. Sé que he sido desagradable y rencorosa, pero te pido disculpas, y... ¿Por qué te ríes así?

—Eres tan vehemente enfadándote como pidiendo perdón. Es fascinante. Bueno, olvídale —añadió Travis al tiempo que le acariciaba el cabello y le echaba el brazo por los hombros—. Todos tenemos momentos malos. Mira —dijo señalando hacia delante.

Adelia dio un grito de alegría al ver la lustrosa yegua de color canela que hacía cabriolas en el corral. Se acercó a la valla y la observó detenidamente.

—Oh, Travis, es preciosa. La yegua más bonita que he visto en mi vida.

—Eso lo dices de todas.

Ella sonrió, y luego se volvió hacia el caballo con un hondo suspiro de placer.

—Sí, y siempre es verdad. ¿Quién la va a criar?

—A mí no me preguntes. Es tuya.

—¿Mía? —inquirió con los ojos abiertos de par en par.

—Quería regalártela para tu cumpleaños, pero pensé que necesitabas algo que te animara —explicó él retirándole un mechón de pelo de la cara—. Así que ya es tuya.

Adelia movió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero después de cómo me he venido comportando, merecería que me abofetearas en lugar de hacerme un regalo.

—Eso pensaba yo anoche, pero creo que esta solución es mejor.

—¡Oh, Travis! —exclamó ella lanzándose hacia sus brazos—. Nadie me ha hecho jamás un regalo tan estupendo. No me lo merezco.

Acercó sus labios a los de él y lo besó. Travis la rodeó con sus brazos. El beso de Adelia pasó de ser un beso de gratitud a uno de pasión desmedida.

—Travis —musitó temblorosa.

Él la apartó de sí con brusquedad.

—Será mejor que te vayas haciendo amiga de tu yegua, Dee. Nos veremos en la cena.

Adelia lo observó mientras se alejaba. Tuvo que morderse el labio para evitar rogarle que volviera. Finnegan merodeó a su alrededor. Ella se enjugó las lágrimas que aquel rechazo le había

ocasionado y ocultó la cabeza bajo el chaquetón.

—No tengo ningún atractivo para él —le dijo a su fiel compañero—. No sé qué hacer para conseguir que me vea como a una mujer. Y no digamos ya como a una esposa.

Capítulo 10

Adelia se despertó con el fognazo cegador de un relámpago y el estallido de un trueno. La habitación se iluminó con breve intensidad mientras el cielo se quebraba, surcado de telarañas de luz, y el viento gemía como una plañidera.

Retirando la colcha, Adelia se levantó de la cama y abrió las puertas del balcón, para dejar que la tormenta entrara en el cuarto. Las garras del viento tiraron de su cabello y agitaron la suave tela de su fino camión, ciñéndolo a su piel. La lluvia caía del cielo en torrentes, cual lágrimas furiosas, y ella abrió los brazos, riéndose deleitada ante los furiosos elementos.

—¿Dee? —Ella se giró y vio la silueta de Travis en el quicio de la puerta—. Pensé que quizá estarías asustada. Se ha ido la luz, y la tormenta ruge con un estruendo que despertaría a los muertos.

—Sí —convino Adelia en tono triunfante—. ¡Es maravilloso!

—Y yo que temí encontrarte temblando debajo de las sábanas —repuso él sarcásticamente al tiempo que daba un paso atrás.

—¡Oh, Travis, ven a verlo! —gritó ella mientras otro relámpago iluminaba el oscuro cielo, seguido de otro trueno ensordecedor.

Travis observó su menuda figura recortada sobre la oscuridad, su brillante melena revoloteando rebelde sobre sus hombros desnudos. Abrió la boca para hablar, pero Adelia volvió a llamarlo.

—¡Ven y míralo! —Respirando hondo, él se acercó a ella—. ¡Qué sensación de poder, de libertad! —Alzó el rostro para sentir la plena fuerza del viento en sus mejillas—. El cielo está enfadado, y le importa un comino lo que piensen los demás. ¡Escucha el viento! ¡Grita como un alma en pena! ¡Oh, cómo me gusta ver una tormenta estallando en libertad!

Se giró y vio que él la contemplaba. Un relámpago inundó la habitación, y Adelia percibió el puro deseo que oscurecía su intensa mirada azul. Su sonrisa se desvaneció. Oyó cómo el corazón le latía en los oídos, ahogando el estrépito de la tormenta, cuando Travis la atrajo hacia sí e invadió sus labios con un beso ávido y violento.

Le rodeó la cintura con los brazos mientras sus cuerpos se fundían, y Adelia, al notar en él una necesidad cuya existencia había ignorado hasta entonces, experimentó un momento de delirante placer. Su fuego prendió el de ella, que respondió con desenfreno, con un abandono total.

La boca de Travis saqueó la suya, y Adelia abrió los labios ante su apremio, como una flor al sentir los rayos del sol. A continuación, él le deslizó la mano por el hombro, y el suave tejido del camión cayó al suelo. Adelia manoseó ansiosamente el cinturón de la bata de Travis, hasta que

ninguna barrera de seda se interpuso entre ambos. Con un gesto rápido y desesperado, él la tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

La apasionada violencia de la tormenta palideció ante el frenesí de los amantes. Los labios de Travis reclamaron los de Adelia suavemente, al tiempo que sus manos recorrían su cuerpo tembloroso con tierna destreza, atizando su deseo mientras contenía el suyo propio. Cuando, finalmente, la poseyó, Adelia se rindió por completo, experimentando un indescriptible placer al entregarle el don de su virginidad.

Más tarde, se durmió en el cálido círculo protector de sus brazos. Era el sueño pacífico de quien se había sentido perdida y, por fin, había encontrado un hogar...

* * *

Al sentir los cálidos y acariciadores rayos del sol en la cara, Adelia abrió los ojos. El rostro de Travis descansaba muy cerca del suyo, y lo contempló detenidamente y suspiró, con el corazón henchido de amor. Su respiración era lenta y regular, y el azul de sus ojos quedaba oculto bajo los párpados y las pestañas, increíblemente largas y espesas sobre su rostro viril.

Adelia alzó la mano y le retiró los negros rizos de la frente, acurrucándose contra él al tiempo que murmuraba su nombre.

Travis abrió los ojos al notar sus movimientos, sonriéndole.

—Hola —dijo simplemente mientras le rodeaba la cintura con el brazo—. ¿Siempre estás así de hermosa por la mañana?

—No lo sé —contestó ella—. Es la primera vez que me despierto al lado de un hombre —rodó para colocarse encima de él y lo miró apreciativamente—. Tú tampoco estás nada mal —con una sonrisa pícaro, le pasó la mano por el mentón—. Aunque te hace falta un afeitado.

Travis tiró del cabello que caía, como una cascada, hasta sus hombros, y atrajo el rostro de ella hacia el suyo, reclamando sus labios. Al cabo de un momento, Adelia recostó la cabeza en la curva de su hombro, radiante de dicha, mientras él le acariciaba lenta y perezosamente la espalda.

—Travis —dijo ella extrañada—. Según ese reloj, son más de las diez.

Él se giró para comprobarlo y emitió un jadeo.

—Eso parece.

—Pero no puede ser —objetó Adelia, incorporándose con indignación—. ¡Nunca en mi vida había dormido hasta tan tarde!

—Siempre hay una primera vez —Travis sonrió burlón—. Ni siquiera tú puedes retroceder en el tiempo.

—Haré como que no lo he visto —decidió Adelia, acurrucándose contra su calor.

—Me gustaría hacer lo mismo, pero tengo una cita y ya voy con retraso —Travis volvió a besarla, quitándosela de encima, pero ella se aferró a él, colocando las manos sobre los ondulantes músculos de su espalda—. Tengo que irme —sus labios se demoraron un momento en el cuello de Adelia y, finalmente, salió de la cama. Se levantó y se puso la bata, girándose para contemplar la figura menuda de ella, cubierta por las sábanas revueltas—. Si te quedas ahí un par de horas más, volveré.

—Podrías quedarte ahora y llegar un poco tarde a esa cita —sugirió Adelia con una sonrisa mientras se sentaba en la cama, tapándose los senos con la sábana.

—No me tientes —Travis se acercó para besarle la frente—. Volveré en cuanto pueda.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Adelia se recostó y, emitiendo un suspiro de placer, se estiró cuan larga era.

«Ahora soy de verdad su esposa», se dijo, cerrando los ojos mientras los recuerdos de la noche anterior afluían a su mente. «Soy una mujer casada, y Travis es mi marido. Pero no me ha dicho aún que me ama», suspiró y movió la cabeza. «Aunque dijo que me necesitaba, y con eso me basta. Conseguiré que me ame con el tiempo. Haré que nuestro matrimonio funcione, y a Travis nunca se le ocurrirá ponerle fin. Le haré tan feliz que creerá hallarse en el Paraíso».

Saltó de la cama, llena de confianza, y se dirigió bailando hacia el cuarto de baño para darse una ducha.

Más tarde, Adelia se detuvo en mitad de las escaleras, su rostro iluminándose de placer al oír la voz de Travis, procedente de la sala de estar. Antes de bajar rápidamente, como había pensado, le llegó otra voz, y Adelia se detuvo, perdiendo la sonrisa al reconocer la voz de Margot Winters, alzada con exasperación.

—Travis, sabes muy bien que lo que te dije antes de irme no iba en serio. Me marché para que me echaras de menos y fueras a buscarme.

—¿Esperabas que dejara de lado todos mis asuntos y fuera a Europa en tu busca, Margot?

Adelia oyó el tono ligeramente divertido de la voz de Travis y se mordió el labio.

—Oh, cariño, sé que cometí una estupidez —la voz de Margot se tornó suave y seductora—. No pretendía hacerte daño. Lo siento muchísimo. Sé que te has casado con esa moza de cuadra para darme celos.

—¿Ah, sí? —repuso Travis con calma, y Adelia cerró la mano con fuerza sobre el pasamanos de la escalera, mientras oía la desapasionada conversación sobre ella.

—Desde luego, cariño. Y ha dado resultado. Ahora, solo tendrás que solucionar rápidamente la cuestión del divorcio, pasarle una pequeña pensión, y todo volverá a la normalidad.

—Puede que no sea tan sencillo, Margot. Adelia es católica. Jamás aceptaría divorciarse de mí.

Adelia sintió que el estómago le daba un vuelco al oír aquel comentario tan despreocupado. Se abrazó a sí misma para protegerse del punzante dolor que experimentó de pronto.

—En ese caso, cariño, tendrás que solicitar tú el divorcio.

—¿Basándome en qué? —dijo Travis en tono razonador.

—Por amor de Dios, Travis —Margot levantó la voz, molesta—. Puedes arreglarlo de cualquier manera. Dale dinero. Ella hará lo que tú desees.

Adelia no pudo soportarlo más. Tapándose los oídos con las manos, corrió escaleras arriba y se refugió en su habitación.

«Qué estúpida eres, Adelia Cunnane», se reprochó a sí misma, apoyándose en la puerta. «Travis no te quiere ni te querrá nunca», se enjugó las lágrimas y enderezó los hombros. «Mejor acabar con esto cuanto antes. Tío Paddy ya está casi recuperado, y yo no puedo seguir así ni un momento más».

Guardó su vieja ropa, y la nueva que había comprado con su dinero, en la desvencijada maleta que se había llevado de Irlanda, y se sentó ante el escritorio para garrapatear sendas notas para su

tío y su marido.

«Por favor, tío Paddy, compréndelo», suplicó mentalmente mientras depositaba los dos sobres en la lustrosa superficie del escritorio. «No puedo seguir así. No puedo quedarme al lado de Travis después de todo lo que ha ocurrido».

Bajó silenciosamente las escaleras y, respirando hondo, salió para aguardar la llegada del taxi.

El aeropuerto estaba tan concurrido como la primera vez. Un inmenso gentío hormigueaba alrededor de Adelia, minando su confianza. Por un momento, se sintió dolorosamente perdida y sola. Tras avistar el despacho de billetes, hizo acopio de fuerzas y se dirigió hacia el mostrador.

De repente, una mano le agarró el brazo, obligándola a volverse. Adelia soltó la maleta, que cayó en el suelo con un golpe sordo.

—¿Se puede saber qué hace? —empezó a decir con indignación, pero se detuvo boquiabierta al alzar la mirada y ver el rostro furioso de Travis.

—Eso mismo iba a preguntarte yo —repuso él, taladrándola con la luz azul de su mirada—. ¿Se puede saber adónde vas?

—A Irlanda. Vuelvo a Skibbereen.

—¿Eres tan estúpida como para creer que te permitiría subir en ese avión así, sin decir una sola palabra? —inquirió Travis, apretándole más el brazo.

Ella hizo una mueca al sentir la fuerza de sus dedos, pero logró responder con calma:

—Te dejé una nota.

—La he visto —dijo Travis entre dientes—. Menos mal que volví antes de lo previsto, o hubiera tenido que cruzar el Atlántico para seguirte.

—No hace falta que me sigas a ninguna parte —insistió Adelia, intentando soltarse al notar que se le cortaba la circulación—. Vas a partirme el brazo, Travis Grant. Quítame la mano de encima.

—Tienes suerte de que no sea tu cuello —musitó él y, agarrando la maleta con la mano libre, empezó a tirar de Adelia.

—No pienso ir contigo. Voy a volver a Irlanda.

—Te vienes conmigo —corrigió Travis—. Y puedes venir andando o cargaré contigo como si fueras un saco de patatas irlandesas.

—De patatas irlandesas, ¿eh? —le espetó Adelia, pero luego, al ver cómo él se cernía sobre ella, formidable y poderoso, sacudió la cabeza y añadió con calma—: Sí, amo Grant, iré andando. Total, siempre habrá aviones disponibles.

Musitando una maldición, Travis se dirigió hacia el coche, dando largas zancadas y arrastrándola consigo. Al llegar, abrió la portezuela y la empujó al interior, con pocos miramientos.

—Tienes muchas explicaciones que darme, Adelia —dijo mientras ponía el motor en marcha. Ella abrió la boca para replicar, pero Travis la acalló con una mirada fulminante—. Déjalo para cuando llegemos a casa. No quiero cometer un asesinato en público.

Adelia permaneció en silencio durante el trayecto, mirando tercamente por la ventanilla. Tras detenerse delante de la gran casa de piedra, Travis se apeó del coche y cerró la portezuela con tanta fuerza, que ella se extrañó de que el cristal no se rompiera. Seguidamente, sacó a Adelia del coche y la arrastró al interior de la casa.

—Que nadie nos moleste —ordenó a una boquiabierta Hannah mientras empujaba a Adelia escaleras arriba. Tras entrar en el dormitorio, cerró dando un portazo y echó el pestillo—. Muy bien, empieza a hablar.

—Sí, tengo muchas cosas que decirte, Travis Grant —rugió Adelia—. Pedazo de bruto canalla, estoy harta de que me empujes de un lado para otro y me disloques los brazos. ¡Te lo advierto, demonio sin entrañas, como vuelvas a tratarme así, serás tú el que acabe lleno de cardenales!

—Si ya has terminado —contestó él sin inmutarse—, me gustaría que esa lengua bífida tuya me diera una explicación.

—No tengo por qué explicarle nada a un bruto como tú —los ojos verdes de Adelia centelleaban de furia—. Ya te lo expliqué en la nota. No quiero saber nada de ti. Tengo mi orgullo, aunque sea lo único.

—Sí, tú y tu orgullo irlandés —gruñó Travis al tiempo que daba un paso hacia ella y la agarraba por los hombros—. Me dan ganas de estrangularte a ti y a tu orgullo. ¿A qué venían todas esas tonterías acerca del divorcio y la anulación?

—Creo que lo dejé muy claro —Adelia se zafó de él y retrocedió—. Dije que, como la anulación ya no es posible, te dejaba libre para que te divorciaras de mí. No quería tu dinero, y pensaba devolverte todo lo que me has dado.

—¿Y esperabas que yo aceptara tal cosa? —le gritó Travis, y ella dio otro paso hacia atrás—. ¿Que leyera tranquilamente la nota y pasara del matrimonio al divorcio, sin más?

—No me grites —repuso Adelia—. Desde el principio, convinimos en que esta boda obedecía únicamente al bienestar de tío Paddy, y que pediríamos la anulación cuando él se recuperase. Puesto que eso ya no es posible, tendrás que divorciarte de mí.

—¿Puedes hablar de divorcios y anulaciones después de lo que ocurrió anoche? —replicó Travis amargamente—. Creí que había sido importante para ti.

—¿Si puedo hablar? ¿Si puedo hablar? —rugió Adelia, perdiendo el control—. ¿Y te atreves a preguntarme eso? ¡Que el diablo te lleve, Travis Grant, por hipócrita! Apenas minutos después de haberme dejado en la cama, te pones a hablar del divorcio con tu elegante amiguita. Conque dinero para comprarme, ¿eh? ¡Canalla vil y rastrero! ¡Preferiría morir antes que tocar un solo penique de tu dinero, serpiente sin escrúpulos!

—¿Por eso te marchaste, Dee? —inquirió Travis, zarandeándola mientras ella profería una retahíla de maldiciones en gaélico.

—Sí —los pequeños puños de Adelia golpearon inútilmente su pecho—. Quítame las manos de encima, bruto del infierno. No me quedaré para ver cómo intentas comprarme, como a una furcia barata.

Travis la alzó en vilo, sosteniéndola bajo el brazo como si fuera un balón de fútbol, y la llevó hasta la cama, haciendo caso omiso de sus puñetazos.

—Conque me llevas a la cama otra vez, ¿eh? No pienso acostarme nunca más con alguien como tú. ¡Maldito seas, Travis Grant!

—Cállate ya, pequeña estúpida.

Travis reclamó su boca, interrumpiendo sus insultos en gaélico, y la sostuvo hasta que su furioso forcejeo perdió fuerza.

—¿Creíste que te dejaría marchar, después de lo que me ha costado conseguirte? —Sofocó su

airada réplica con otro beso—. Ahora, mi pequeña fierecilla, cierra la boca y escucha. Margot se presentó esta mañana sin invitación. Ella sacó a colación el asunto del divorcio, no yo. Para empezar... ¡Estate quieta! —le advirtió al ver que empezaba a retorcerse—. O tendré que ponerme duro —demostró su afirmación cerrando la boca sobre la de ella, con fuerza, hasta que sus forcejeos cesaron—. Para empezar —prosiguió—, yo nunca pensé en casarme con ella; era su plan, no el mío. Sí, durante un tiempo tuvimos una relación de relativa compatibilidad... Adelia, quédate quieta. Vas a lastimarte tú sola.

Travis cambió de postura, le sujetó ambas muñecas con la mano y se las situó encima de la cabeza.

—Margot se empeñó en que debía casarme con ella y dejar mi trabajo aquí, con la absurda idea de que viajáramos por el mundo y viviéramos a lo grande. Le dije que había perdido el juicio, y se marchó a Europa, dándome a elegir entre ella o los caballos —sonrió burlón mientras contemplaba el rostro congestionado de Adelia—. Ganaron los caballos. A Margot se le metió en la cabeza que yo me había casado contigo para darle celos. De modo que, cuando apareció esta mañana, hablando del divorcio y demás, decidí dejarla desvariar a su gusto, curioso por ver cómo se ponía en ridículo.

Tomó la barbilla de Adelia con la mano libre y le alzó la cabeza.

—Pero si hubieras escuchado toda la conversación, me habrías oído decirle que no pienso divorciarme de mi esposa, a la que amo, ni ahora ni en los próximos mil años.

—¿Eso le dijiste? —Los forcejeos de Adelia cesaron por completo.

—Sí, o algo parecido. En cualquier caso, se lo dejé muy claro.

—Yo... Bueno, podrías haberle dicho a tu propia esposa que la amabas. Nos hubieras ahorrado muchos problemas.

—¿Cómo iba a decirle que la amaba, si siempre acababa gritándome y mirándome como si yo fuera un canalla? —Travis le apartó el cabello para besarle la tersa piel del cuello—. Así que me planteé tratarte con amabilidad, primero, para que pudieras llegar a soportarme y, a partir de ahí, ya se vería. ¿De verdad creías que te llevé a Nueva York y a Kentucky solo por Majesty? —exploró con los labios su suave piel—. No me atrevía a perderte de vista. Temía que alguien apareciera y te apartara de mi lado. Decidí conquistarte lentamente —empezó a besarle las mejillas lenta y prolongadamente—. Y me pareció hacer algunos avances, pero el infarto de Paddy lo cambió todo. Creí que lo mejor para ayudarlo sería asegurar tu bienestar, de modo que conseguí que te casaras conmigo con la promesa de una posible anulación. Por supuesto... —Inició nuevas exploraciones con la mano libre—, nunca pensé en concedértela.

—Suéltame las manos —exigió Adelia, y él alzó la cabeza e hizo un gesto negativo.

—No, aunque tenga que tenerte así, sujeta, durante los próximos veinte años.

—Idiota tontorrón, ¿acaso no te dabas cuenta de que me moría de amor por ti? Suéltame las manos, maldito seas, y bésame.

Adelia atrajo la cabeza de él hacia sí con ambas manos y enterró el rostro en la poderosa columna de su cuello.

—Al parecer —murmuró Travis inhalando el aroma de su cabello—, hemos perdido un montón de tiempo.

—Te veía siempre tan distante. Durante semanas y semanas, ni siquiera me tocaste, y anoche no me dijiste que me querías.

—No me atrevía a tocarte. Te deseaba tanto, que estaba volviéndome loco. Si anoche te hubiera dicho que te amaba. ¡Y no sabes cuánto lo deseaba!, podrías haber pensado que lo decía para retenerte en la cama, conmigo.

—Jamás pensaré tal cosa, Travis. Quiero oírtelo decir. Llevo muchísimo tiempo necesítándolo.

Él la complació, diciéndole que la amaba una y otra vez, hasta que buscó sus labios y se lo dijo también en silencio.

—Travis —susurró finalmente Adelia en su oído—, ¿puedes hacer que estalle otra tormenta...?



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirlas. Así nació su primer libro: *Fuego irlandés*. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de *Mystery Writers of America* y del *Crime League of America*. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista *Kirkus Reviews*, «la novela romántica con suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora solo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.